

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SAN ANTONIO MARÍA CLARET, APÓSTOL Y MISIONERO

Lamento
por Europa

San Antonio María
Claret brilla con
excelsa virtud

El padre Claret,
un apasionado
catequista

La Ucrania
católica
en torno
al Rosario

Los «hermanos»
de Jesús



«La devoción a María Santísima es otra de nuestras principales obligaciones. Es la Madre de Dios y la Madre de los hombres; sobre estos dos puntos cardinales gira toda la devoción. Como Madre de Dios lo puede todo; como Madre de los hombres, nos amparará y nos concederá todas las gracias».

SAN ANTONIO MARÍA CLARET

Sumario

Homilía de Benedicto XVI al inaugurar el Sínodo de Obispos (5 de octubre de 2008)	3
Lamento por Europa <i>Anselmo Navarrete, OSB</i>	6
Homilía de Pío XII en la canonización de san Antonio María Claret (7 de mayo de 1950)	12
San Antonio María Claret, apóstol y misionero de la tierra catalana <i>Fra Valentí Serra de Manresa, OFMCap.</i>	14
Enseñanzas de san Antonio María Claret <i>Dr. Juan Antonio Mateo García, pbro.</i>	17
El padre Claret, un apasionado catequista <i>Gerardo Manresa Presas</i>	19
El padre Claret en el nombramiento de los obispos españoles	23
El «vigatanismo» explicado por Jaime Brossa <i>Manuel Brunet</i>	27
La Ucrania católica en torno al Rosario <i>Nicolás Echave</i>	30
Contemplando la vida de Cristo. Los «hermanos» de Jesús <i>Ramón Gelpí</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	34
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	35
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	37
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
Hace 60 años	42

RAZÓN DEL NÚMERO

CUANDO el lector reciba este ejemplar se habrá cerrado el «Año Claret», dedicado a celebrar y conmemorar la vida y las obras de uno de los santos más grandes que ha tenido Cataluña. Hace doscientos años, exactamente el 23 de diciembre de 1807, nacía en Sallent (Barcelona) Antonio María Claret, destinado a formar parte de aquella pléyade de almas venerables, de santos fundadores y misioneros que constituyen un caso único en la historia de la Iglesia moderna. El historiador Vicens Vives pudo escribir que nunca como entonces –el siglo XIX– hubo tantos santos en Cataluña; fue «el pas dels sants», el paso de los santos: san Antonio María Claret, santa Joaquina de Vedruna, san Francisco Coll, san Enrique de Ossó, beato Manuel Domingo i Sol, san José Mañanet... En esta gloria de Bernini san Antonio María Claret brilla como un faro potente: favorecido con gracias especialísimas, fue incansable misionero por tierras catalanas y españolas –más de ciento cincuenta poblaciones de Cataluña y más de cien del resto de España habían escuchado sus predicaciones–; prolífico publicista –publicó más de cien obras, su *Camí dret i segur per arribar al cel* conoció 185 ediciones, y su *Catecismo*, en versión catalana y en versión castellana, alcanzó en pocos años una tirada de 128.000 ejemplares–; celoso obispo en Cuba; confesor de la reina Isabel II, para bien de la Iglesia en España; fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María y del Instituto de las Religiosas de María Inmaculada... Su austeridad, su pobreza, su mansedumbre, su caridad, se unían a un incansable dinamismo, puesto siempre al servicio de la gloria de Dios y del bien de las almas. El celo por el bien supremo de sus semejantes –su salvación– le consumía. Pidamos a Dios sacerdotes, obispos, religiosos santos y sabios como san Antonio María Claret, apóstoles celosos y audaces como él.

El pasado 5 de octubre Su Santidad Benedicto XVI inauguraba el Sínodo de Obispos reunido en Roma para tratar del tema «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». En su homilía, el Papa lamentaba la pérdida de la identidad cristiana de muchas naciones bajo la influencia deletérea y destructiva de una cierta cultura moderna. «Hay quien, habiendo decidido que “Dios ha muerto”, se declara a sí mismo “dios”, considerándose el único agente de su propio destino, el propietario absoluto del mundo», decía el Papa, sin duda pensando en nuestro mundo occidental. Con otras palabras lo recuerda en estas páginas el padre Navarrete: «Estamos ante la proclamación del nuevo evangelio de Europa: un evangelio apócrifo. Con él se la ha rebautizado en el nombre de otra trinidad: la Razón, la Libertad, el Progreso. Estas divinidades estaban ahí desde hace mucho tiempo, pero no habían ascendido todavía al altar, del que se está haciendo descender el Nombre de Dios, su Ley, su Evangelio, su Iglesia, su Cruz: todo lo que había animado el alma de Europa». Por eso resulta sugerente leer aquel lamento desgarrador que escribió Giovanni Papini en 1946 en aquellas cartas apócrifas de un supuesto papa Celestino VI, una de las cuales se reproduce en nuestra sección «Hace 60 años».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

«Naciones que en un tiempo tenían una gran riqueza de fe y vocaciones ahora están perdiendo su identidad, bajo la influencia deletérea y destructiva de una cierta cultura moderna»

Homilía de Benedicto XVI al inaugurar el Sínodo de Obispos

(5 de octubre de 2008)

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,

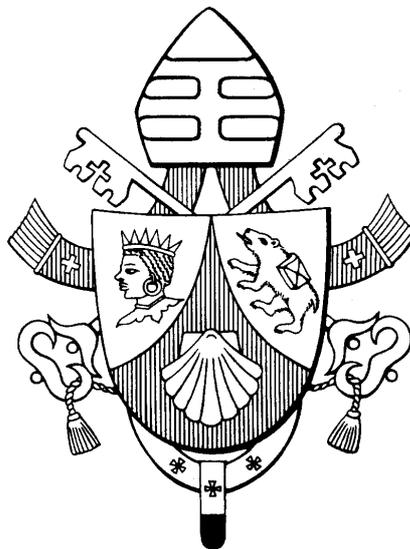
queridos hermanos y hermanas:

La primera lectura, tomada del libro del profeta Isaías, así como la página del Evangelio según Mateo, han propuesto a nuestra asamblea litúrgica una sugerente imagen alegórica de la Sagrada Escritura: la imagen de la viña, de la que hemos ya escuchado hablar en los domingos precedentes. La perícopa inicial de la narración evangélica hace referencia al «cántico de la viña», que encontramos en Isaías. Se trata de un canto situado en el contexto otoñal de la vendimia: una pequeña obra maestra de la poesía judía, que debía resultar sumamente familiar a quienes escuchaban a Jesús, y de la que –como en otras referencias de los profetas (cf. Oseas 10,1; Jeremías 2,21; Ezequiel 17,3-10; 19,10-14; Salmo 79,9-17)– se comprendía que la viña hacía referencia a Israel.

Dios dedica a su viña, al pueblo que ha escogido, los mismos cuidados que un esposo fiel ofrece a su esposa (cf. Ezequiel 16,1-14; Efesios 5,25-33).

La imagen de la viña, junto a la de las bodas, describe por tanto el proyecto divino de la salvación, y se presenta como una conmovedora alegoría de la alianza de Dios con su pueblo. En el Evangelio, Jesús retoma el cántico de Isaías, pero lo adapta a quienes le escuchan y a la nueva hora de la historia de la salvación. No se fija tanto en la viña, sino más bien en los viñadores, a quienes los «servidores» del dueño piden, en su nombre, el arrendamiento. Los servidores son maltratados e incluso asesinados. ¿Cómo no pensar en las vicisitudes del pueblo elegido y en la suerte reservada a los profetas enviados por Dios? Al final, el propietario de la viña hace un último intento: manda a su propio hijo, convencido de que al menos a él le escucharán. Sin

embargo, sucede lo contrario: los viñadores le matan porque es su hijo, es decir, el heredero, convencidos de apoderarse fácilmente de la viña. Nos encontramos, por tanto, ante un salto de calidad frente a la acusación de violación de la justicia social, como se puede ver en el cántico de Isaías. Aquí vemos con claridad cómo el desprecio por la orden impartida por el dueño se convierte en desprecio de él: no es simple desobediencia a un precepto divino, es un verdadero rechazo de Dios: aparece el misterio de la Cruz.



La denuncia de esta página evangélica interpela a nuestra manera de pensar y actuar. No habla sólo de la «hora» de Cristo, del misterio de la Cruz en aquel momento, sino de la presencia de la Cruz en todos los tiempos. Interpe-la, de manera especial, a los pueblos que han recibido el anuncio del Evangelio. Si contemplamos la historia, nos vemos obligados a constatar con frecuencia la frialdad y la rebelión de cristianos incoherentes. Como consecuencia, Dios, si bien nunca abandona su promesa de salvación, ha tenido que recurrir al castigo. En este contexto, el pensamiento se dirige espontáneamente al primer anuncio del Evangelio del que surgieron comunidades cristianas, en un primer momento florecientes, que después desaparecieron y que hoy sólo son recordadas por los libros de historia. ¿No podría suceder lo mismo en nuestra época? Naciones que en un tiempo tenían una gran riqueza de fe y vocaciones ahora están perdiendo su identidad, bajo la influencia deletérea y destructiva de una cierta cultura moderna. Hay quien, habiendo decidido que «Dios ha muerto», se declara a sí mismo «dios», considerándose el único agente de su propio destino, el propietario absoluto del mundo.

Desembarazándose de Dios, al no esperar de Él la salvación, el hombre cree que puede hacer lo que

quiere y ponerse como la única medida de sí mismo y de su acción. Pero cuando el hombre elimina a Dios de su horizonte, cuando declara que Dios ha «muerto», ¿es verdaderamente feliz? ¿Se hace verdaderamente más libre? Cuando los hombres se proclaman propietarios absolutos de sí mismos y únicos dueños de la creación, ¿pueden verdaderamente construir una sociedad en la que reinen la libertad, la justicia y la paz? ¿O no sucede más bien –como lo demuestran cotidianamente las crónicas– que se difunden el poder arbitrario, los intereses egoístas, la injusticia y el abuso, la violencia en todas sus expresiones? Al final el hombre se encuentra más solo y la sociedad más dividida y confundida.

Pero en las palabras de Jesús hay una promesa: la viña no será destruida. Mientras abandona a su destino a los viñadores infieles, el dueño no abandona a su viña y la confía a otros servidores fieles. Esto indica que, si bien en algunas regiones la fe se debilita hasta extinguirse, siempre habrá otros pueblos dispuestos a acogerla. Precisamente por este motivo Jesús, citando el salmo 117 [118] –«*La piedra que desecharon los arquitectos es ahora piedra angular*» (versículo 22)–, asegura que su muerte no será la derrota de Dios. Tras su muerte, no permanecerá en la tumba, es más, precisamente lo que parecerá un fracaso total, será el inicio de una victoria definitiva. A su dolorosa pasión y muerte le seguirá la gloria de la resurrección. La viña seguirá entonces dando uva y será arrendada por el dueño «a otros labradores que le paguen los frutos a su tiempo» (Mateo 21,41).

La imagen de la viña, con sus implicaciones morales, doctrinales y espirituales, volverá en el discurso de la Última Cena, cuando al despedirse de los apóstoles, el Señor dirá: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto» (Juan 15,1-2). A partir del acontecimiento pascual, la historia de la salvación experimentará, por tanto, un giro decisivo, y los protagonistas serán esos «nuevos labradores» que, injertados como brotes en Cristo, verdadera vid, llevará frutos abundantes de vida eterna (cf. Colecta de la liturgia de este domingo). Entre estos «labradores» nos encontramos también nosotros, injertados en Cristo, quien quiso convertirse Él mismo en la «verdadera vid». Pidamos al Señor, quien nos entrega su sangre, a sí mismo, en la Eucaristía, que nos ayude a «dar fruto» para la vida eterna y para nuestro tiempo.

El consolador mensaje que recogemos de estos textos bíblicos es la certeza de que el mal y la muerte no tienen la última palabra, sino que al final Cristo vence. ¡Siempre! La Iglesia no se cansa de proclamar esta Buena Nueva, como sucede también hoy,

en esta basílica dedicada al Apóstol de las Gentes, quien se convirtió en el primero en difundir el Evangelio en grandes regiones de Asia Menor y Europa. Renovaremos significativamente este anuncio durante la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos que tiene por tema: «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». Quisiera saludaros con afecto cordial a todos vosotros, venerados padres sinodales, y a quienes participáis en este encuentro como expertos, auditores e invitados especiales. Acojo también con alegría a los delegados fraternos de otras iglesias y comunidades eclesiales. Al secretario general del Sínodo de los Obispos y a sus colaboradores les expreso el reconocimiento de todos por el comprometedor trabajo que han realizado en estos meses y por el cansancio que les espera en las próximas semanas.

Cuando Dios habla, siempre exige una respuesta; su acción de salvación exige la cooperación humana; su amor espera ser correspondido. Que no suceda nunca, queridos hermanos y hermanas, lo que narra el texto bíblico sobre la viña: «Esperó que diese uvas, pero dio agraces» (cf. Isaías 5,2). Sólo la Palabra de Dios puede cambiar profundamente el corazón del hombre, por eso es importante que entremos en una intimidad cada vez mayor con ella tanto cada uno de los creyentes como las comunidades. La asamblea sinodal dirigirá su atención a esta verdad fundamental para la vida y la misión de la Iglesia. Alimentarse de la Palabra de Dios es para ella su primera y fundamental tarea. De hecho, si el anuncio del Evangelio constituye su razón de ser y su misión, es indispensable que la Iglesia conozca y viva lo que anuncia, para que su predicación sea creíble, a pesar de las debilidades y las pobreza de los hombres que la conforman. Sabemos, además, que el anuncio de la Palabra, siguiendo a Cristo, tiene como contenido el Reino de Dios (cf. Marcos 1,14-15), pero el Reino de Dios es la misma persona de Jesús, que con sus palabras y obras ofrece la salvación a los hombres de todas las épocas. En este sentido es interesante la consideración de san Jerónimo: «Quien no conoce las Escrituras, no conoce la potencia de Dios ni su sabiduría. Ignorar las Escrituras significa ignorar a Cristo» (*Prólogo al comentario del profeta Isaías*: PL 24,17).

En este Año Paulino escucharemos resonar con particular urgencia el grito del Apóstol de las Gentes: «¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Corintios 9,16); grito que para cada cristiano se convierte en una invitación insistente a ponerse al servicio de Cristo. «La mies es mucha» (Mateo 9,37), repite también hoy el Maestro divino: muchos todavía no le han encontrado y están en espera del primer anuncio de su Evangelio; otros, a pesar de que han recibido una formación cristiana, han perdido

el entusiasmo y sólo mantienen un contacto superficial con la Palabra de Dios; otros se han alejado de la práctica de la fe y tienen necesidad de una nueva evangelización. No faltan, además, personas de recta conciencia que se plantean preguntas esenciales sobre el sentido de la vida y de la muerte, preguntas a las que sólo Cristo puede ofrecer respuestas convincentes. Se hace entonces indispensable el que los cristianos de todo continente estén dispuestos a responder a quien pida razón de la esperanza que habita en ellos (cf. 1 Pedro 3,15), anunciando con alegría la Palabra de Dios y viviendo sin componendas el Evangelio.

Venerados y queridos hermanos: que el Señor nos ayude a plantearnos juntos, durante las próximas semanas de las sesiones sinodales, cómo hacer cada vez más eficaz el anuncio del Evangelio en nuestro mundo. Todos experimentamos la necesidad de poner en el centro de nuestra vida la Palabra de Dios, de acoger a Cristo como nuestro único Redentor, como Reino de Dios en persona, para hacer que su luz ilumine a todos los ámbitos de la humanidad: desde la familia hasta la escuela, desde la cultura hasta el trabajo, desde el tiempo libre hasta los demás sectores de la sociedad y de nuestra vida. Al participar en la celebración eucarística, experimentamos cada vez más el íntimo lazo que se da entre el

anuncio de la Palabra de Dios y el Sacrificio eucarístico: es el mismo Misterio que se ofrece a nuestra contemplación. Por este motivo «la Iglesia –como subraya el Concilio Vaticano II– ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia» (*Dei Verbum*, 21).

Con razón el Concilio concluye: «Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la Palabra de Dios que “permanece para siempre”» (*Dei Verbum*, 26).

Que el Señor nos permita acercarnos con fe a la doble mesa de la Palabra y del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Que nos alcance este don María Santísima, quien «guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lucas 2,19). Que ella nos enseñe a escuchar las Escrituras y a meditarlas en un proceso interior de maduración, que nunca separe la inteligencia del corazón. Que nos ayuden también los santos, en particular el apóstol Pablo, a quien estamos descubriendo cada vez más este año como intrépido testigo y heraldo de la Palabra de Dios. ¡Amén!



Lamento por Europa

ANSELMO NAVARRETE, OSB

No abordo este tema ni desde la perspectiva política ni como historiador. Invoco ante todo mi condición de monje, pues son conocidos los vínculos muy estrechos que tenemos con Europa. Si me permiten esa libertad: Europa es cosa nuestra desde su cuna: conocemos la criatura de la que, en buena medida, hemos sido progenitores, a la que hemos educado y conducido hasta su mayoría de edad. Después hemos acompañado sus pasos y sus aventuras –y desventuras–. Hoy estamos un poco perplejos ante esta criatura, como seguramente les ocurre también a muchos de ustedes.

La actuación de la Iglesia y de los monjes desde la primera hora, dio a la configuración europea un signo cristiano y teológico muy perceptible, representado en Cristo, el Evangelio, la fe, la gracia y la Cristiandad.

Por eso me acerco al tema a partir de algunas consideraciones inspiradas en la teología de la historia, que viene a ser el saber más certero acerca de las profundidades del acontecer humano. En realidad, sólo quien conoce a Dios conoce al hombre: en Él, en cuanto origen de todos los seres, está el arquetipo primordial de todos ellos, y en particular el de quien lleva su misma imagen. Por eso, es imprescindible mirar a Dios para reconocer al hombre.

Este hecho sigue siendo determinante a la hora de comprender más exhaustivamente los acontecimientos humanos y sus protagonistas, y es desde luego clave para discernir muchos de los factores esenciales que intervienen en la crisis actual de Europa. Se va a tratar, por tanto, de una evaluación hecha desde los presupuestos y valores que ella misma se dio como marco de referencias fundamentales, y que han permanecido vigentes, en el conjunto de la sociedad europea, hasta tiempos todavía muy próximos. Ello hará que algunas de las valoraciones que siguen puedan resultar inusuales, y desde luego políticamente incorrectas. Me permito sugerirles que, en este punto (como en otros), se atrevan a practicar esta incorrección como muestra de una buena salud intelectual.

¿Por qué hablar de desintegración cuando Europa está viviendo desde hace más de cincuenta años la euforia de su unión y está recorriendo tantas etapas en ese camino? En realidad, son dos las sendas que Europa tiene abiertas ante sí: las institucionales, que marcan los pasos de la unión política, jurídica y económica; por otra parte, las que señalan el cam-

bio de signo de la conciencia europea. Es aquí donde se encuentra el fermento de esa deconstrucción a que el hombre europeo parece cada vez más fervientemente entregado. Se trata de la cuestión que ha centrado la reflexión de tantos observadores de la realidad europea desde la perspectiva de su crisis espiritual. Empezando por escritores rusos como Dostoiesky, Berdiaev y Solzenytsin, o los occidentales contemporáneos como Thierry Molnar, Giovanni Reale, Remy Brague, George Weigel y, en otro nivel, Juan Pablo II (carta apostólica *Iglesia en Europa*, 2003), Benedicto XVI (uno de cuyos libros *Europa, grandeza histórica y moral*, se a va a comentar próximamente aquí), y los documentos de las conferencias episcopales europeas.

¿Qué ha sucedido en este orden de cosas?, ¿cuál ha sido el desencadenante de esta desintegración en curso? Como causa fundamental parece que hay que señalar la disolución del núcleo a partir del cual tomó cuerpo y sobre el que se mantuvo compacta la realidad histórica europea: su universo metafísico, espiritual y humanista. O más exactamente, el alejamiento respecto a ese núcleo, ya que la naturaleza suprahistórica del mismo asegura su integridad por encima de los vaivenes humanos.

La inestabilidad fundamental que recorre el espacio humano europeo proviene, en efecto, de la separación de ese núcleo; todo lo que se separa del centro se desintegra, como se desintegra el cuerpo separado del alma. La subversión del mismo ha trastornado sustancialmente la figura y el espíritu del hombre europeo, y ha desarticulado su contextura interior. Ha sido un fenómeno de larga gestación en el que han intervenido diversas concausas: la acción de las filosofías iluministas y de las ideologías materialistas, el agotamiento de las ideas e impulsos históricos, el debilitamiento de la fe en los valores trascendentes, la decisión deliberada de poner fin a un ciclo histórico multiseccular aunque no se dispusiera de un modelo de recambio, como sucedió con la declaración del fin de la modernidad, para la que no hubo ninguna propuesta alternativa.

En todo caso, la desintegración de Europa tiene el sentido y el efecto de una desvertebración de la misma, consiguiente al empeño de renunciar a sus genes, aun a sabiendas de que no es posible anular o transmutar los genes sin que el organismo perezca. De hecho, la construcción política del continente se está levantando sobre las ruinas de la vieja casa eu-

ropea, mediante una acción deliberada que proyecta el nuevo edificio con materiales y diseños que son extraños a su estructura fundamental, aunque algunos de ellos vengan siendo ensayados desde hace tiempo.

Un pueblo, o una comunidad de pueblos, no es sólo una geografía, unas fronteras o una población; ni siquiera es el resultado de la existencia de un Estado, de un sistema político o de una constitución. Todo eso forma también parte de la configuración de los pueblos, pero es sólo su infraestructura. Con esos elementos en cualquier momento y lugar puede hacer aparición casi de la nada una nueva nación, como sucedió en Oriente Medio después de la primera y segunda guerras mundiales, o en el África descolonizada.

Los elementos esenciales de un pueblo vienen determinados por el espíritu, la tradición, la historia, los valores espirituales y morales, la cultura, la lengua, las instituciones naturales como la familia y la sociedad. Ellos son los que definen su identidad, «su alma», y su eclipse provoca su decadencia o su ruina, aunque persista una fachada.

La Constitución europea

EN nuestro continente la expresión tópica de esta situación ha culminado, hasta ahora, en el preámbulo de la Constitución Europea, mantenido intacto en el Tratado de Lisboa. En él se consume la ruptura con ese núcleo que en el lenguaje religioso universal, especialmente en el monoteísta, se llama o se sintetiza en Dios.

Situada en el proyecto general del Nuevo Orden Mundial, del que ya es sólo un apéndice, la Europa unida debe sustituir las señas de identidad particulares de cada uno de sus pueblos por las definiciones comunes que la Constitución única y los sucesivos instrumentos que la expliciten vayan elaborando. Lo cual ha tenido una primera expresión en el campo religioso del que, como se sabe, se ha hecho desaparecer la mención del nombre de Dios y las referencias al cristianismo. Ello representa uno de los objetivos básicos de este documento, cuyo desarrollo será considerado primordial cuando llegue el momento previsto, dando así la oportunidad de implantar un modelo racionalista y profano a escala del continente. La intención de vaciar a Europa de Dios se extenderá, con toda probabilidad, a todo lo que lleve el signo de Dios. Así está previsto y escrito en algún sitio.

En todo caso, la referencia a lo divino y cristiano determinó, desde sus orígenes, la orientación de las realidades mayores de la Europa naciente: los conceptos del mundo y del hombre, la existencia perso-

nal y colectiva, las formas religiosas, el pensamiento, la cultura, el conjunto de su civilización. Más adelante ella fue difusora en el mundo de este Evangelio cristiano. La fractura religiosa del siglo XVI no alteró durante mucho tiempo lo esencial de estos datos, aunque sí propició un debilitamiento, que sería incrementado por las corrientes racionalistas de la Ilustración, por las ideologías materialistas de diverso signo, y finalmente por el relativismo de nuestro tiempo.

La figura sustancial de Europa fue moldeada por este contenido cristiano. Ciertamente en ella han actuado otros elementos: pensamiento hebreo, filosofía griega, derecho romano y algunos componentes de procedencia no islámica sino árabe, como las traducciones de autores griegos realizadas en la Siria cristiana (siglos IV-VIII). Pero su presencia debe ser considerada también, de manera muy significativa, como una contribución de la Cristiandad, que asumió la misión de conservar, investigar e incorporar ese legado a la herencia común europea. ¿Cuál habría sido el destino de ese patrimonio si las invasiones bárbaras e islámicas no hubieran sido detenidas o integradas en la civilización cristiana?

En ese preámbulo se ha sintetizado la nueva filosofía, excluyente de la herencia cristiana. Europa no pone, con esta Constitución, el cimiento de su futuro, sino que retira la «piedra angular». Quiere ser la declaración de un comienzo, pero es la proclamación de un final: el de Europa. La disolución de su elemento germinal y nucleador determina su extinción. Europa no va a ser una realidad nueva; sencillamente, va a dejar de ser Europa en la medida en que deje de ser ella misma. Porque las cosas no son porque tengan un nombre y una apariencia, sino porque poseen una entidad sustantiva. Pero Europa parece preferir despojarse de la suya, y las instituciones, recursos y proyectos de los que se está dotando sólo cumplen una función formal, como sillares de un edificio construido sobre arena.

Estamos ante la proclamación del nuevo evangelio de Europa: un evangelio apócrifo. Con él se la ha rebautizado en el nombre de otra trinidad: la Razón, la Libertad, el Progreso. Estas divinidades estaban ahí desde hace mucho tiempo, pero no habían ascendido todavía al altar, del que se está haciendo descender el Nombre de Dios, su Ley, su Evangelio, su Iglesia, su Cruz: todo lo que había animado el alma de Europa.

Este nuevo orden europeo se asienta sobre un desorden constitutivo, por cuanto los dinamismos a los que se confía: ética, poder, razón, ciencia, política o libertad, quedan, cada vez más, fuera de la ley, de la razón y del orden primordiales. Es como si la tierra decidiera dejar de girar alrededor del sol para hacerlo en torno a sí misma.

Hemos establecido la contradicción entre Dios y el hombre, entre lo espiritual y lo temporal, entre religión y política. Pero ya no nos entretenemos, como en el pasado, en analizar la dialéctica de estas oposiciones, sino que pasamos a declarar caduco el primero de esos elementos. Por consiguiente, no hay lugar para ellos en la esfera pública. Ahora bien, suponer que Dios no cabe en una constitución equivale a decir que Dios queda fuera de la razón, del orden humano, de la sabiduría y del progreso del hombre.

La nueva democracia europea no tiene pasaporte para Dios, a quien hemos puesto fuera de la ley. Lo tiene para cualquier civilización, religión o cultura que llame a sus puertas, por muy extraña o enemiga que haya sido de Europa, pero no para quien es el más antiguo de sus habitantes, para quien ha marcado más profundamente su pensamiento y su vida.

Ahora bien, dejar a Dios fuera de Europa es anunciar su disolución, no la de Dios sino la de Europa: todos saben que Él ha sido su verdadera y permanente constitución interna. No siempre la de sus estados, instituciones y leyes, pero sí, casi siempre, la de sus pueblos hasta tiempos cercanos a los nuestros, bajo cristiandades católicas, protestantes u ortodoxas. ¿Creemos que el proyecto de la nueva Europa está mejor diseñado y va a ser más eficaz y resistente que el de la Europa tutelada por una modernidad que finalmente hubo de ser declarada concluida por estéril?

La intención del preámbulo no es la de certificar un hecho sino la de establecerlo: dar por terminada la era cristiana en Europa. La ausencia de Dios no es un dato ni histórico ni sociológico general, pero debe llegar a serlo, y cabe pensar –así lo piensan muchos– que su eliminación de la Constitución es la advertencia de su expulsión efectiva, más o menos cercana, de todos los niveles fundamentales de la vida real.

Se trata, en efecto, de una decisión gratuita que no encuentra ningún argumento válido ni en la razón, ni en la experiencia; una decisión que no proviene de una opción de la sociedad, como no lo han sido nunca las iniciativas ideológicas o políticas contra Dios. Desalojar a Dios antes de haberle encontrado un sustitutivo adecuado, o bien creer que ese sucedáneo existe, o que se puede vivir sin ambos, sólo se produce en situación de irracionalidad obsesiva, en contra de la experiencia humana acumulada desde los orígenes. Las culturas más desarrolladas, etapa en la que creemos encontrarnos, no son las que cultivan más habilidosamente la ciencia y el progreso, o las que hablan más clamorosamente de libertad, sino las que poseen un conocimiento superior del hombre, las que, por tanto, permiten desarrollar las dimensiones huma-

nas más profundas, que parten y transitan por la cercanía de Dios.

Sucedirá que este preámbulo será considerado un monumento a la perpetua memoria de la incongruencia humana: «¿por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean un fracaso?» (Sal 2, 1). Europa no cree en Dios pero sí en Nietzsche, de quien ha escuchado que «Dios ha muerto», y pasa consiguientemente a eliminarlo de su porvenir. Pero el resultado no es la aparición del superhombre, europeo o universal, sino el que él mismo había previsto: muerte de la cultura, nihilismo, vaciamiento espiritual, es decir, secularización de la filosofía, abolición de la metafísica, positivismo de las ciencias humanas, agnosticismo, relativismo existencial y moral. Tras ello sólo queda una frágil ética, o más bien una voluntariosa política destinada a la construcción de la Europa civil.

Autoafirmación del hombre y negación de Dios

DECÍA el cardenal Ratzinger en la Conferencia de Subiaco, el 1 de abril de 2005, dos días antes del fallecimiento de Juan Pablo II: «Las motivaciones por las que la Constitución europea no contempla al cristianismo entre los fundamentos de Europa presuponen la idea de que sólo la cultura ilustrada radical podría ser constitutiva de la identidad europea». Y añadía: «La coexistencia en ella de diferentes culturas religiosas es admitida en la medida en que respeten y se subordinen a los criterios de la cultura ilustrada, que mide todas las cosas por el único criterio de la libertad». Ahora bien, la libertad genuinamente humana es la que se reconoce inseparable de la verdad, la que es indagadora y creadora de obras verdaderas, humanas.

La nueva etapa, presidida también ahora por la esfinge de la libertad, quiere situarnos en el postcristianismo. El cristianismo, nos aseguran, ha sido superado. Al dogma sobre Dios sucede ahora la afirmación del hombre, el credo que sostiene la hegemonía definitiva del hombre y de su obra. Por eso debe desaparecer la presencia de lo cristiano como algo que la modernidad ha desacreditado con la fuerza de su verdad y de sus obras. Da igual –se sostiene– que muchos europeos se sientan todavía cristianos, o que los vestigios de la vieja cultura pueblen aún casi todos los rincones del continente. Unos y otros representan el pasado, ya extinguido como representación válida del nuevo orden humano.

Dicho orden, continúa afirmando el nuevo dogmatismo, debe ser desde ahora total y exclusivamente humano: moldeado enteramente por el hombre, al margen de Dios, de la conciencia o de la Iglesia. Es una decisión –y un progreso– ya irrenuncia-



San Benito, patrón de Europa

ble, que forma parte del nuevo sueño y de la nueva imagen que el hombre tiene acerca de sí mismo. El hombre es ya depositario de la verdad, el que señala la trayectoria a seguir, por tanto el que impone las reglas del juego. Caminar en la dirección contraria es declararse incompatible con él y con el sentido común. Tenemos ya nuestra propia ley, fundada en la razón; poseemos la ciencia, la libertad, el bienestar, el poder y el placer. Ellos son la nueva fuente de salvación y felicidad. Tal es nuestra nueva propuesta para la creación del reino de este mundo.

Europa cree en el fin de la historia: la que ha tenido por eje a Dios; ahora emerge el tiempo del hombre. Pero se trata, como diría Hegel, de una «frivolidad metafísica», de palabras insensatas de un hombre alucinado que quiere dar por concluida la aventura humana hacia Dios, pero que en realidad obstruye todos los caminos del hombre. La autoafirmación frente a Dios reproduce el gesto de Lucifer y el de Adán, y anuncia su mismo destino.

En este punto parecen necesarias algunas reflexiones a la luz de ese análisis teológico. Sus premisas nos dicen que el posicionamiento del hombre ante Dios es decisivo para el resultado de su obra personal y colectiva. Así lo insinúa el primero de los actos humanos del que tenemos noticia: el que tuvo lugar a la sombra del árbol del paraíso. Allí el hombre decidió hacer su propia elección en sentido opuesto a la que Dios le había sugerido: probó el fruto vedado, con secuelas que desviaron el signo

de la historia y que exigieron la intervención reparadora del propio Hijo de Dios. Entonces se evidenció que plantear la acción y el progreso humanos al margen de Dios sólo conduce al destierro: del paraíso y de sí mismo.

De hecho, cuando la historia evacua a Dios se vacía de sí misma. Él sustenta toda realidad humana positiva, en todo su devenir y en la totalidad de sus expresiones. Al margen de Dios la naturaleza humana se eclipsa, porque ha ingresado en ella a partir de su creación por Dios y de la participación en su ser. Dejar su vestido divino significa para el hombre desnudarse de sí mismo, porque toda su realidad proviene de su semejanza con Dios. Desprendido de ella se encuentra a solas con su perfil inicial, cuando era todavía una figura informe de polvo y barro, antes de que sobre él viniera el soplo del espíritu de Dios.

Separarnos de aquel que es, como Dios se define a sí mismo, implica para nosotros dejar de ser e instalarnos en la nada. No podemos evitar que al situarnos fuera de Él nos expatriemos de la realidad, ni que lo que se construya al margen de Él sea un espejismo. Fuera de Dios no hay tiempo, ni realidad, ni verdad. No podemos evitar que sea así, como no podemos impedir que DIOS SEA DIOS. Nada de lo que el hombre elija en su lugar puede suplir mínimamente lo que ha perdido. Pero los europeos, desasidos del espíritu y prendados de la materia y de la ciencia, han renunciado a la gracia y a lo real. Ahora bien, las cosas –la materia– ni sustituyen ni son la realidad. ¿Qué riqueza les queda entonces a los europeos, para sí y para los otros, ellos tan opulentos antes ante el mundo?

Ocurre, en efecto, que la frustración en el plano divino se traslada también al humano. Fracasado lo esencial, el resto se malogra. No hay éxitos a costa de Dios. Nada tiene futuro cuando escapa al ecosistema natural y divino en que el hombre ha nacido. Cuando sus actos no son acordes con la realidad humana integral, por tanto con la integridad de la verdad y del bien, pierden en la misma proporción su dimensión humana. Es lo que nos dicen los santos y místicos de nuestro tiempo: «nuestra libertad se ha convertido en nuestro infierno», «nuestras leyes humanas ya no tienen ninguna raíz». El profeta Isaías advertía: «¡ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas!» (Is 5, 20).

La memoria perdida de Dios deja al hombre sin la memoria de sí mismo, y su eclipse es el anuncio del fin: nada sobrevive a Dios. Nada puede subsistir después de haber dejado morir, en nuestra conciencia, al autor de la vida. Durante muchos siglos, y hasta ayer mismo, los europeos han leído en la Escritura y han creído convencidamente que «si el Se-

ñor no construye la casa en vano se cansan los que la edifican» (Sal 126, 1), que «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5), o como decía santa Teresa: «sin Dios no podemos ni torta»; habían creído que «la sabiduría, la prudencia y la sensatez proceden de Dios» (Ecl 11, 15). ¿Qué ha sucedido para que los europeos hayan olvidado estas evidencias elementales?

La voluntad de sofocar la memoria de Dios tiene, más bien, acentos de amenaza final, no sobre Él sino sobre nosotros. Tal eliminación, si es que tuviera alguna posibilidad de ser efectiva, nos dejaría sin el fundamento. Desechado éste, del edificio construido como monumento del orgullo no quedará piedra sobre piedra. Si la exclusión del cristianismo se consumara ello sería la certificación de que el universo humano, y en particular Europa, ha muerto como espacio de humanidad: donde no hay lugar para Dios ¿hasta cuándo lo habrá para el hombre?

Sin embargo, «estas cosas están ahora ocultas a sus ojos» (Lc 19, 42). Esos ojos que necesitaríamos para ver en la noche por la que atravesamos. Para ver y comprender que Dios es el máximo progreso alcanzado por el hombre, que sin Él quedan rotos todos los equilibrios morales, y aparcados los problemas cardinales: Dios, el hombre, el bien, la verdad, la libertad, el sentido, la muerte. De hecho, no han sido las luces de la razón las que han hecho vivible y comprensible, para la mayoría de los hombres, la existencia humana y sus preguntas básicas, sino las miradas que se han dirigido a Dios. Las luces y la ilustración indispensables no son las que nacen de la mente humana, sino las que ésta enciende en la Luz de Dios, en su Sabiduría y Verdad.

Pero la ausencia del Logos, de la fuente de racionalidad y sabiduría supremas que es el Verbo de Dios, abre la última puerta a un desorden que puede llevar al fin de la civilización. Habíamos afirmado, desde Aristóteles, que el hombre era la medida y la razón de todas las cosas, pero ahora ignoramos si hay alguna razón y medida para él, excepto la del poder o la ciencia. Es previsible un momento culminante para esta babel actual, que puede sobrevenir cuando de ella surja el Hombre de la Confusión, quien, pretendiendo ser la encarnación de la Luz y la Verdad, actuará como verdadero Leviatán, Príncipe del Caos.

Sucede que desde el comienzo de la historia alguien busca y alguien se prepara el nuevo trono y altar de la tierra. Pero como nos advierte la Escritura: «sus proyectos son engaño» (Sal 118): todos los proyectos urdidos contra «Dios y contra su Cristo», y que tienen un origen común en el que la misma Escritura llama «el adversario», «el jefe», «príncipe» (Jn 12, 31; 16, 11) y «dios de este mundo» (2 Cor 4,4), y describe como «la Bestia que sube del abismo» (Ap 11, 7).

Pero, como asegura el propio Cristo: «ahora Satanás es echado fuera» (Jn 12, 31). El reino de este mundo, del que él cree ser señor, está ahora a punto de desplomarse, precisamente cuando la «voluntad de poder» de Satán y sus prosélitos parece afirmarse definitivamente: «el trono de la bestia y su reino es ahora cubierto de tinieblas» (Ap 16, 10). Entretanto, escuchamos un rumor en los cielos: «todas las criaturas de la tierra, de los abismos y del mar abatieron sus coronas delante del trono y se prostraron delante del Cordero, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos» (Ap 5, 14).

Europa fuera de sí

DAR por definitivamente anulada la hipótesis de Dios significaría el máximo desatino del sentido común, para Europa y para la humanidad. El desafío a Dios se convierte en amenaza total para el hombre. Hasta ahora habíamos descrito con esta expresión hechos tales como la «guerra fría», el colapso atómico o la destrucción ecológica. Pero nada más amenazador que el exilio impuesto a Dios. Algo que para Él resulta una intimidación ociosa, pero en lo que hay para nosotros un ultimátum en el que se nos condena a un vacío metafísico y existencial, y tal vez a un desastre bastante más tangible. En todo caso, ahí tenemos al hombre que, aunque orgulloso de sus poderes científicos y técnicos y de su bienestar material, habita un mundo convertido en feria de vanidades. «Todo se tambalea y la tierra tiembla», pronosticaba el mismo Nietzsche ante la perspectiva de esa ausencia de Dios.

Despojada de su espíritu, Europa se desconoce y se niega a sí misma, ante sí misma y ante el mundo. Es el resultado, ya descrito, de toda negación de Dios. Ella ha cortado su cordón umbilical, no para iniciar una vida autónoma, sino para extirpar, al menos momentáneamente, el hilo de la vida. Europa se extingue cuando apaga su luz y su alma, y deja de ser para los demás pueblos el referente de cualquier valor humano y espiritual superiores.

Thierry Molnar escribió que «Europa se ha salido de la historia», lo que significa que ha perdido el pasado y no encuentra el futuro, si no es en la búsqueda del bienestar y de la ciencia. Aunque tal vez habría que decir que es el hombre el que se ha salido del hombre, el que ha abandonado su casa y su nombre, o más exactamente, que se ha salido de Dios, es decir, del alveolo en que ha sido engendrado. Entonces ha buscado otros progenitores y se ha convertido a otros maestros y a otros evangelios. ¿Qué bancarrota del pensamiento ha podido producirse para que, por ejemplo, las enseñanzas

de Marx, Nietzsche o Freud hayan sustituido, en tantas mentes, a las del Evangelio, hasta que también ellos han sido recluidos en las catacumbas de la posmodernidad?

Europa está incurriendo en una trágica irresponsabilidad por el hecho de mantener desprestigiado e hibernado el pensamiento más dinámico que ha conocido la historia y al que ella debe lo mejor de lo que ha sido. Sin embargo, tanto los pueblos como los individuos necesitan arraigos profundos y duraderos. Porque ¿cómo estar en la vida y en la historia sin conocer nuestra genealogía, sin saber de dónde venimos, ni quiénes somos, ni a dónde vamos? Sin ello no somos ni estamos en ningún sitio. Si no tenemos un punto de partida no podemos señalarnos ninguna meta. Empezamos a ser y a estar a partir de lo que somos originalmente: sin pasado no hay futuro, sin raíces no hay árbol: no se nace de la nada.

Pero Europa, y en general el mundo de cultura occidental, quieren ser hoy el fruto de la nada: una construcción imaginaria, asentada en la negación, en un no-ser. De ahí que en nuestro tiempo cada día nacemos de la nada, porque rechazamos el ayer. Pero sin ayer no hay hoy; por eso vamos de nada en nada, hacia la nada, porque esa nueva nada –la de cada día– se sostiene en nada. El cercenamiento de las raíces es un salto al vacío y al nihilismo.

De ahí que el peor presagio para el proyecto de Europa deriva de la situación de intrascendencia metafísica y espiritual en que al presente se halla asentada su cultura. Ello hace utópico el sueño europeo, con ésta o con cualquier constitución que parta de las mismas premisas. Algo que contrasta con lo que había sucedido hasta ahora: Europa había elegido siempre, para rejuvenecerse, la reivindicación de los orígenes; tal fue el caso del Renacimiento y de la Reforma, incluso si falsearon algunas de sus interpretaciones.

Había en ello una cierta reproducción de uno de los mitos más universales, con gran presencia en la Edad Media: el del Ave Fénix, renacida siempre igual a sí misma, que retorna siempre a su misma patria y a su mismo ser, y que después de inmolarse periódicamente, se rejuvenece recobrando de sus propias cenizas un ser nuevo, que no es alteración del anterior, sino idéntico a sí mismo. Sabe que una mutación podría desfigurarla y destruirla irremediablemente, y que allí acabaría su historia, aunque el sustituto que tomara su lugar adoptara su mismo nombre y forma. Por eso quería sobrevivir permaneciendo fiel a su identidad sustancial. ¿Qué otra es la lección de la naturaleza en su invariable renovación cíclica?

Ese es también el estilo de Dios: innovar restaurando. Como en el bautismo, que no crea en nosotros un ente nuevo, sino que nos restituye al estado

original. Como Cristo al volver a la vida, después de su aniquilación en la cruz y en el sepulcro: retorna su propia vida y su mismo cuerpo. El profeta Isaías había predicho del Mesías: «reconstruirás viejas ruinas, levantarás sobre cimientos de antaño; serás llamado reparador de brechas, restaurador de casas en ruinas». Todo esto formaba parte de nuestra tradición cultural y religiosa.

Pero hoy Europa se está vaciando del Espíritu, por tanto, de los dones que le acompañan. Está extinguiendo la fuente de la Luz y de la Vida. La construcción del futuro sobre el vacío de Dios y del humanismo espiritual, que ha sido, bajo diversas formas, la constante de la historia humana, de manera particular en Europa, augura al proyecto que estamos forjando un porvenir muy poco estable. Sobre esta subversión de nuestra identidad y sobre el desafío a la soberanía de Dios, no es posible levantar ningún proyecto viable. El futuro posible «sostenible» hay que esperarlo de Aquel que «ha hecho al hombre un poco inferior a los ángeles y lo ha coronado de gloria y dignidad» (Sal 8, 6).

Con esta nueva puesta en escena Europa corre el riesgo de sufrir el expolio de esa herencia en la que, a través de la fe cristiana, había recibido el don más espléndido. Ahora, sin Dios la nueva Europa va a ser condenada al infierno. En ella la suerte del hombre queda en manos de los hombres: sus leyes y gobernantes se convierten en los depositarios de la sabiduría y de la providencia que se niega a la divinidad. La Iglesia laica es ahora definidora del bien y del mal, intérprete y garante de los destinos del hombre.

Pero esta situación no nos lleva al fin de la «decadencia de Occidente», sino a su consumación. La Europa postcristiana será posteuropea, construida a la vez sobre los restos de la Cristiandad y sobre los escombros ideológicos de la modernidad. El vuelo libre que quiere emprender se trocará en caída libre hacia el irracionalismo, en forma, tal vez, de un paganismo y un totalitarismo desconocidos hasta ahora.

Europa será entonces una palabra sin contenido europeo, desprovista de un concepto propio, históricamente irreconocible, y condenada al ocaso por las mismas razones por las que la modernidad y las ideologías totalitarias se han colapsado: la expulsión de Dios y la asfixia espiritual.

En ese clima de depresión metafísica, Europa no estará ya habitada por el hombre europeo; será un continente poblado de sombras. El hombre es su sombra cuando se desprende de su figura interior; la externa es sólo un receptáculo, que puede quedar desocupado cuando hemos «extinguido el espíritu» (cf. 1 Tes 5, 19), que es siempre una participación del Espíritu del Dios vivo.

«Con qué excelsa virtud y con qué empeños de apostolado brilla san Antonio María Claret y cuán benéficos resultados de salvación de las almas produjo»

Homilía de Pío XII en la canonización de san Antonio María Claret

(7 de mayo de 1950)

Venerables hermanos y amados hijos:

Al recordar con atención la vida de san Antonio María Claret, no sabemos si admirar más el candor de su alma, que conservó sin mancha desde su edad más tierna, como un lirio entre las espinas, con sumo cuidado y suma diligencia, o el ardor de su caridad, impulsado por el cual se esforzó por aliviar todo género de miserias, o, finalmente, el ansia infatigable de su apostolado, movido por la cual día y noche, dirigiendo constantes oraciones a Dios por la salvación de sus prójimos, emprendidos innumerables viajes y con su palabra, que respiraba amor divino, tanto contribuyó a reformar en el espíritu evangélico las costumbres privadas y públicas.

Cuando, siendo joven, se iniciaba en el arte textil para obedecer la voluntad de su padre, aventajó de tal modo en el ejemplo de la virtud cristiana a los restantes obreros de la fábrica, que movía la admiración de todos; y apenas podía quedar libre del trabajo fabril y descansar de él, corría a la iglesia, y allí, junto al altar del Santísimo Sacramento o ante una imagen de la Virgen Madre de Dios, pasaba horas dulcísimas orando y contemplando. Porque la divina Providencia había previsto que antes de que ascendiera a más altas empresas diera también a los obreros preclaros ejemplos de honradez y santidad que imitaran. Después de algunos años pudo, finalmente, realizar lo que siempre había deseado; es decir, dedicarse totalmente a Dios, y lo hizo superando variadas dificultades con el auxilio de la divina gracia. Admitido en el seminario de su diócesis, se dedicó con intensidad y afición a la adquisición de la ciencia, obedeció diligentísimamente los estatutos y normas disciplinarias y, sobre todo, adornó su alma con los dones del cielo, tratando en las palabras y en las obras de formar en sí una viva imagen de Jesucristo. Así sucedió felizmente que, terminado el curso de sus estudios y adornado de las órdenes sagradas, salió como valiente soldado al campo abierto del apostolado, armado no de fuerzas humanas, sino de fuerzas divinas, y, desde el comienzo de su oficio sacerdotal, comenzó a rendir abundantísimos frutos de salvación. Y en el ejercicio de esta función sacerdotal se propuso de modo

peculiar algo que pensaba aptísimo para salir al paso de las necesidades de su tiempo. Es a saber: como viera que, por la ignorancia cada vez más difundida de los preceptos divinos, por cierto tedio de las cosas celestes que se había apoderado del ánimo de muchos, la piedad cristiana languidecía, los templos eran abandonados y las costumbres ciudadanas se agravaban con sumo detrimento, tomó la iniciativa oportunísima de emprender santas expediciones de esas que llaman misiones populares para predicar a la población en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, durante el espacio de unos cuantos días.

Al predicar estos sermones, su rostro irradiaba el amor divino en el cual hervía, y tan vehemente brotaba de su boca; y de su más profundo ánimo la palabra, que no rara vez movía a los circunstantes a las lágrimas, y lo que vale más, a adoptar de todo corazón y de una manera sincera el propósito de una vida mejor y más santa. Así se verificó una que más pudiera llamarse renovación que enmienda de las costumbres, que él confirmaba eficazmente con milagros hechos por el favor de Dios.

Extendida la fama de su santidad cada vez más ampliamente, se le juzgó digno de hacerse cargo de la archidiócesis de la isla de Cuba. En ella, aunque experimentó gravísimas dificultades y continuos impedimentos, no le detuvieron ni los trabajos más ásperos ni los peligros de todo género, y se empeñó en hacer, como pastor óptimo e intrépido, lo mismo que en España había hecho como buen soldado de Cristo.

Llamado de nuevo a su patria y habiendo sido nombrado confesor de la reina y consejero suyo, nada se propuso con más empeño que mirar del modo más oportuno por la salvación de su augusta penitente, por la defensa de los derechos de la Iglesia y por el avance de la religión católica.

Y aquel propósito salubérrimo que hacía tanto tiempo había acariciado: el de fundar una sociedad misionera dedicada al Inmaculado Corazón de la Virgen Madre de Dios, no sólo lo llevó finalmente a cabo, sino que lo confirmó y dotó de leyes tan sabias que, en el curso de los tiempos, llegó a propagarse dicha sociedad por España, por casi todas las restantes na-

ciones de Europa y por las lejanas tierras de América, África y Asia, con feliz éxito.

Estos son, venerables hermanos y amados hijos, los rasgos principales de este santo, descritos sumaria y brevemente. En ellos aparece con claridad con qué excelsa virtud y con qué empeños de apostolado brilla san Antonio María Claret y cuán benéficos resultados de salvación de las almas produjo.

Si miran hacia él los obreros, los sacerdotes, los obispos, la población cristiana toda, en fin, todos

tendrán en él preclaros ejemplos con que conmoverse y excitarse a la consecución de la perfección cristiana, cada uno según su estado, perfección de la que únicamente puede esperarse el oportuno remedio para las perturbadas condiciones de este mundo y brillar la esperanza de tiempos mejores.

Que sea esto lo que nos impetre del divino Redentor y de su Inmaculada Madre el nuevo santo, y sea éste el fruto deseadísimos de esta solemne celebración. Amén

Cronología de un santo

- | | |
|-----------------------|---|
| 23 diciembre 1807 | Nace en Sallent (Barcelona). |
| 1825 | Se traslada a Barcelona para dedicarse a la industria textil. |
| 1828 | En Barcelona, la Virgen le salva de morir ahogado en el mar. |
| 1829 | Entra en el seminario de Vic. |
| 13 junio 1835 | Es ordenado sacerdote en Solsona. |
| 21 junio 1835 | Celebra su primera misa en Sallent. |
| 6 octubre 1839 | Llega a Roma para inscribirse en Propaganda Fide para las Misiones de Infieles. |
| 2 noviembre 1839 | Entra en el noviciado de la Compañía de Jesús, de Roma. |
| 3 marzo 1840 | Sale del noviciado de la Compañía y regresa a España. |
| 1 marzo 1843 | Empieza su vida de misionero apostólico en Igualada. |
| 1843 | Publica <i>Avisos a las monjas</i> , y su célebre devocionario, <i>Camino derecho y seguro para ir al cielo</i> . |
| 1848 | Funda la Librería Religiosa de Barcelona. |
| marzo 1848 | Empieza las misiones en Canarias. |
| julio 1849 | Funda en Vic la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. |
| 6 octubre 1850 | Es consagrado obispo de Santiago de Cuba. |
| 26 mayo 1852 | Funda en Santiago de Cuba el Instituto de las Religiosas de María Inmaculada para la enseñanza. |
| 1 febrero 1856 | Sufre un atentado en Holguín (Cuba) |
| 22 marzo 1857 | Regresa a España. |
| 5 junio 1857 | Es nombrado confesor de Isabel II. |
| 26 agosto 1861 | El Señor le concede la gracia de la conservación de las especies sacramentales en su pecho, de una comunión a otra. |
| 8 diciembre 1864 | Funda las Bibliotecas Populares y Parroquiales. |
| 30 setiembre 1868 | Sale de España para el destierro. |
| 1869 | Interviene en el Concilio Vaticano I en favor de la infalibilidad pontificia. |
| 11 febrero 1870 | Se aprueban las Constituciones de los Misioneros. |
| julio 1870 | Llega a Prada de Conflent (Francia) para vivir con sus misioneros. |
| octubre de 1870 | Profesa en la Congregación de Misioneros. |
| 24 de octubre de 1870 | Muere en la abadía de Fontfroide. |
| 25 febrero 1934 | Es beatificado por S.S. Pío XI. |
| 7 mayo 1950 | Es canonizado por S.S. Pío XII. |

San Antonio María Claret, apóstol y misionero de la tierra catalana

FRA VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFMCAP.

LA familia claretiana, y con ella toda la Iglesia de Cataluña celebra, con agradecimiento, el bicentenario del nacimiento del famoso «padre Claret», acaecido el día 23 de diciembre de 1807, en Sallent, población cercana a la ciudad de Manresa. El futuro san Antonio María Claret, antes de cursar los estudios eclesiásticos en el seminario de Vic, trabajó durante siete años como tejedor en Sallent y en Barcelona, y posiblemente también en Igualada (años 1822-1829). En el otoño del año 1829 comenzó la carrera eclesiástica en Vic, que culminó con la ordenación presbiteral que recibió el día 13 de junio de 1835, justo en vísperas de la excomunión de los religiosos.

Una vez ordenado sacerdote, el joven Claret intentó, en Roma, formar parte de la Compañía de Jesús, pero no lo logró. De regreso a Cataluña, tuvo a su cargo la parroquia de Viladrau. Inflamado siempre su corazón sacerdotal por un inextinguible ardor apostólico, y contando con el título de «misionero apostólico», en 1841 el padre Claret se estableció en Vic para dedicarse plenamente a la predicación, en lengua catalana, del pueblo fiel de las comarcas de la Cataluña central, dado que los religiosos —especialmente jesuitas, paúles y capuchinos— que hasta aquel momento lo habían hecho a través de las misiones populares habían sido expulsados de sus conventos por los decretos anticlericales de Mendizábal.

La etapa más brillante de estas predicaciones y misiones del padre Claret se inicia en 1843, tras la caída del gobierno del general Espartero, cuando el celoso «misionero y apóstol de Cataluña» vio que podía atravesar todas las comarcas catalanas con bastante libertad y sin muchas interferencias. Lo hizo siempre como apóstol «caminando a pie y sin otro bagaje que un hatillo con una Biblia, unos calcetines, una camisa y un mapa de Cataluña», según la magnífica descripción del benemérito investigador claretiano, padre Manuel Casanoves.

El padre Claret es, sin duda, uno de los santos más populares y enraizados en la Cataluña contemporánea. Por ejemplo, mientras actuaba en su condición de «misionero apostólico» cuando predicaba un novenario de Ánimas en la Seo de Manresa, en el año 1843, fueron tan concurridos y alabados los sermones del joven misionero sallentino, que los

manresanos le asignaron las homilias cuaresmales del año siguiente, tal como lo puso de manifiesto el doctor Josep M. Gasol en su modélica monografía sobre el padre Claret que publicó en 1970.

En aquellos años de la Cataluña del siglo XIX, cuando nuestra tierra comenzaba su despertar nacional y su recuperación cultural, el padre Claret era conocido como «el apóstol catalán» por excelencia; un animoso sacerdote y experto propagador de devociones populares a través de devocionarios, opúsculos religiosos y hojas volantes que él mismo hacía editar y que repartía a miles por nuestra tierra. Por esto, y según la acertada opinión de mosén Jacinto Verdguer, Claret es «el primero, el más activo y el más popular propagandista que ha tenido la lengua catalana» en el siglo XIX.

Son muchos los lugares de Cataluña que se beneficiaron espiritualmente de los sermones doctrinales del padre Claret, y él mismo procuró asegurar sus frutos a través del *Catecisme explicat* (Barcelona, 1848), ilustrado con expresivas imágenes, y con el divulgadísimo devocionario titulado *Camí dret i segur per arribar al Cel*, publicado por primera vez en Vic en el año 1843, y editado 185 veces hasta tiempos muy recientes en los principales talleres tipográficos de Barcelona, Vic y Manresa, hasta el punto de ser el libro catalán más divulgado del siglo XIX. Este devocionario contiene una detallada explicación de los contenidos de la santa Misa dirigida a los sectores más sencillos del pueblo, y ofrece un «Modo pràctic de confessar-se» y las principales oraciones de la mañana y de la noche, llamadas, según la antigua tradición catalana, «Exercici del cristià». San Antonio María Claret presta una atención especial al «Modo de resar lo Rosari» y al «Sant exercici del Via-crucis», así como a la descripción del «Remey per la blasfèmia, que és pecat de dimonis». La última parte del *Camí dret* contiene algunas indicaciones sobre la forma de practicar la oración mental, los salmos de Completas, himnos, antifonas y salmos de las primeras y segundas Vísperas de las principales fiestas, con la intención de introducir al pueblo fiel en la vida litúrgica.

En 1848, el padre Claret, después de una exitosa y fecunda predicación popular por las comarcas catalanas, fue como «misionero apostólico» a las islas Canarias, donde se puso al servicio del nuevo obis-

po Buenaventura Codina, religioso paúl catalán. Allí permaneció hasta 1849, para regresar a Cataluña y poner en marcha la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, o «claretianos».

Los primeros claretianos formaron un conjunto de celosos sacerdotes, de profunda espiritualidad, plenamente entregados a la predicación popular que consiguieron una gran incidencia en el pueblo fiel catalán. Un año más tarde, poco tiempo después de la fundación de los claretianos, el padre Claret fue nombrado arzobispo de Santiago de Cuba. La consagración episcopal tuvo lugar en la catedral de Vic el 6 de octubre de 1850. Unos meses después, el 16 de febrero de 1851, llegaba a la isla de Cuba. Allí trabajó con gran dedicación y energía hasta el año 1857, cuando fue elegido como confesor de la reina Isabel II. En la diócesis de Santiago de Cuba el obispo Claret se esforzó por mejorar la formación del clero, a la vez que se esforzaba por impulsar la evangelización de la población antillana. Para tener éxito en esta empresa contó con la eficaz colaboración pastoral y la amistad del famoso predicador capuchino Esteban de Adoain (1808-1880), de quien se celebra también el segundo centenario de su nacimiento.

El padre Claret, desde su puesto de confesor de la reina Isabel II influyó directamente en el nombramiento de obispos de las sedes españolas, planificó el viaje real a Cataluña y orientó e impulsó la restauración material y espiritual del monasterio de El Escorial. La revolución de Septiembre de 1868, que destronó a Isabel II, sorprendió a Claret en el ejercicio de su ministerio y, junto con la familia real, tuvo que exiliarse a Francia. Con todo, pudo asistir a las sesiones del Concilio Vaticano I (1869-1870), y muy poco tiempo antes de su muerte aún predicó, en catalán, en la parroquia de Prada de Conflent.

Los religiosos claretianos, o «misioneros del In-

maculado Corazón de María», fundados durante la supresión de las órdenes religiosas (1849), mientras duraba el «calvario» y los exilios de su fundador se iban extendiendo y consolidando por las ciudades y pueblos de Cataluña donde, desde su fundación ejercían con gran fruto el ministerio de la predicación popular. Mosén Jacinto Verdaguer se entusiasmó con los sermones de los primeros misioneros claretianos

por «aquella predicación tan catalana y sencilla, ardiente e incisiva», y por eso, en agradecimiento, quiso dedicar a los claretianos el librito de cánticos misionales titulado *Veus del Bon Pastor*.

El padre Claret sigue siendo en nuestros días una figura destacada y gigantesca del rico patrimonio espiritual de la Iglesia catalana del siglo XIX; una figura muy atractiva y sugerente por su vida y sus actividades pastorales; una figura entrañablemente cálida y muy cercana a nosotros, porque habló, rezó y predicó en nuestra lengua catalana. Además, compartió nuestra devociones, visitó y rezó como peregrino en diversos santuarios (empezando por el de Fusimanya, cerca de Sallent) y hasta practicó el oficio de tejedor, tan frecuente en

la Cataluña de su tiempo.

El 24 de octubre de 1870 moría en el monasterio de Fontfreda (cerca de Narbona), extenuado por sus trabajos apostólicos. Las sesiones del Concilio Vaticano I se habían interrumpido el día 18 de julio de 1870 por la presencia de las tropas piemontesas cerca de Roma. Entretanto se acercaba la muerte de un gran santo; incluso el cielo parecía anunciarlo: el 24 y el 25 de octubre de 1870 se produjo una espectacular aurora boreal que los compañeros de san Antonio María Claret vieron como un prodigio sobrenatural que anunciaba la entrada en el cielo de su padre y fundador, el famoso confesor real que, de joven, había sido un humilde obrero textil; un «tejedor de santidad» a través de la predicación, plenamente reconocido por la Iglesia, culminando con su canonización en 1950.



Un fuego divino...

«Convencidísimo, pues, de la utilidad y necesidad del amor para ser un buen misionero, traté de buscar ese tesoro escondido, aunque fuera preciso venderlo todo para hacerme con él. Pensé con qué medios se adquiriría, y hallé que se consigue por estos medios: 1.º Guardando bien los mandamientos de la ley de Dios. 2.º Practicando los consejos evangélicos. 3.º Correspondiendo con fidelidad a las divinas inspiraciones. 4.º Haciendo bien la meditación. 5.º Pidiéndola y suplicándola continua e incesantemente y sin desfallecer ni cansarse jamás de pedir, por más que se tarde a alcanzar. Orar a Jesús y a María Santísima y pedir sobre todo a nuestro Padre que está en los cielos, por los méritos de Jesús y de María Santísima, y estar segurísimo que aquel buen Padre dará el divino Espíritu al que así lo pide. 6.º El sexto medio es tener hambre y sed de este amor, y así como el que tiene hambre y sed corporal siempre piensa cómo se podrá saciar y pide a todos los que conoce le podrán remediar, así determino de hacerlo con suspiros y deseos encendidos, me dirijo al Señor y le digo con todo mi corazón: ¡Oh, Señor mío, Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria, mi fin! ¡Oh, amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh, conservador mío! ¡Oh, gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh maestro mío! ¡Oh, Padre mío! ¡Oh, amor mío!

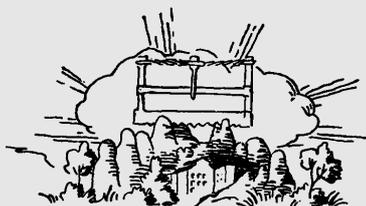
No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla, Señor, con toda perfección. Yo no quiero más que Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para mí sufficientísimo. Vos sois mi Padre, mi amigo, mi hermano, mi esposo, mi todo. Yo os amo, Padre mío, fortaleza mía, refugio mío y consuelo mío. Haced, Padre mío, que yo os ame como Vos me amáis y como queréis que yo os ame. ¡Oh, Padre mío! Bien conozco que no os amo cuanto debo

amaros; pero estoy bien seguro que vendrá el día en que yo os amaré cuanto deseo amaros, porque Vos me concederéis este amor que os pido por Jesús y por María. ¡Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío; os pido amor, amor, llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Un fuego divino. Un fuego sagrado enciéndame, árdame, derrítame al molde de la voluntad de Dios.

¡Oh, Madre mía María! ¡Madre del divino Amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor, concedédmelo, Madre mía! ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor, socorredme, saciadme! ¡Oh, corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!

¡Oh, prójimo mío!, yo te amo, yo te quiero por mil razones. Te amo porque Dios quiere que te ame. Te amo porque Dios me lo manda. Te amo porque Dios te ama. Te amo porque eres criado por Dios a su imagen y para el cielo. Te amo porque eres redimido por la sangre de Jesucristo. Te amo por lo mucho que Jesucristo ha hecho y sufrido por ti; y en prueba del amor que te tengo, haré y sufriré por ti todas las penas y trabajos, hasta la muerte, si es menester. Te amo porque eres amado de María Santísima, mi queridísima Madre. Te amo porque eres amado de los ángeles y santos del cielo. Te amo, y por amor te libraré de los pecados y de las penas del infierno. Te amo, y por amor te instruiré y enseñaré los males de que te has de apartar y las virtudes que has de practicar, y te acompañaré por los caminos de las obras buenas y del cielo.»

(Autobiografía de san Antonio María Claret. Vol I del Archivo Histórico de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, pág. 150)



Enseñanzas de san Antonio María Claret

DR. JUAN ANTONIO MATEO GARCÍA, Pbro.

COMO homenaje de reconocimiento y admiración a san Antonio María Claret ofrezco a los lectores una pequeña muestra de sus escritos y pensamientos.

El pensamiento de la eternidad ocupaba a menudo las reflexiones del jovencito Claret y se espantaba de lo que puede suponer una eternidad sin Dios.

«Pensar en la vida eterna (cuando era niño) me daba mucha lástima, porque, yo, naturalmente, soy muy compasivo. Esta idea de la eternidad de penas quedó en mí tan grabada, que ya sea por lo tierno que empezó en mí, ya sea por las muchas veces que pensaba en ella, lo cierto es que es lo que más tengo presente. Esta misma idea es la que más me ha hecho y me hace trabajar aún, y me hará trabajar mientras viva, por la conversión de los pecadores...».

Ya de sacerdote, Claret insistía en el celo para salvar las almas del infierno. Ciertamente que la salud es mucho más que la ausencia de la enfermedad, pero sin duda que la implica. Hoy, cuando para muchos parece que el infierno no existe o se reduce a algo tan simbólico que carece de consistencia, las reflexiones del Santo son muy pertinentes:

«Si yo viera que uno se cae en un pozo, en una hoguera, seguro que correría y gritaría para avisarle y preservarle de caer; ¿por qué no haré otro tanto para preservar de caer en el pozo y en la hoguera del infierno? Ni sé comprender cómo los otros sacerdotes que creen estas mismas verdades que yo creo, y todos debemos creer, no predicán ni exhortan para preservar a las gentes de caer en los infiernos».

La terrible posibilidad de condenarse urge al apóstol a advertir al que, por estar en pecado, corre hacia su condenación. La verdadera misericordia y compasión impelen a hablar. Callar, transigir, tolerar, comprender... sería delito:

«Cuando vosotros veis a un reo que va al suplicio, os da compasión. Si le pudierais librar, ¡cuánto no haríais! ¡Ay, hermanos míos! Cuando yo veo a uno que está en pecado mortal, veo a uno que cada paso que va dando, al suplicio del infierno se va acercando; y yo que veo al reo en tan infeliz estado, conozco el medio de librarle, que es el que se convierta a Dios, que le pida perdón y que haga una buena confesión. ¡Ay de mí si no lo hiciera!».

Buen conocedor de las artimañas del diablo, Claret nos enseña para nuestro combate espiritual:

«Así como el pescador procura encubrir el anzuelo con el cebo, con una comida agradable, y así coge al pescado, de la misma maña se vale Satanás: encubre el anzuelo de las desgracias con el cebo del placer, de la libertad, de la felicidad, porque el taimado tentador sabe y le consta que el hombre no puede aceptar una cosa mala sino bajo la apariencia del bien».

Los respetos humanos son incompatibles con la santa audacia de un discípulo y apóstol de Jesucristo. Así escribía Claret al gobernador de la provincia de Santiago de Cuba:

«Siento en el alma el tener que ponerme en pugna con el tesón y carácter de un prelado católico español que antes pierde la vida que retrocede un ápice de lo que juzga un deber de conciencia sostener, como en el caso presente, contra un amigo como usted a quien tanto amo...».

El temor, respeto, de Dios es principio de sabiduría. Claret se abandona a sus manos en todo y así enseña a hacerlo. Le escribía a la venerable María Antonia París: «El Señor es quien dispone de nosotros, dándonos salud y vida para su mayor honra y gloria y bien nuestro, o nos saca de este destierro y valle de lágrimas para darnos la eterna gloria. Y así no hay más que dejarnos en sus santísimas manos para que haga de nosotros lo que sea de su santísima voluntad y agrado. Y en esta disposición de la voluntad consiste principalmente la perfección, haciendo con prontitud, alegría y perseverancia las cosas que nos vaya exigiendo, por repugnantes que sean a nuestra naturaleza».

Esta sincera búsqueda de la voluntad de Dios por encima de todas las cosas le obtendrá a Claret la gracia de vivir una de las más preciosas enseñanzas del Evangelio: el amor a los enemigos. El Santo lo experimentó el año 1869:

«Día 12. A las once y media del día, el Señor me ha concedido el amor a los enemigos. Lo he sentido en mi corazón. El Señor lo ha asegurado con un prodigio».

San Antonio María Claret enseña igualmente en qué consiste amar al prójimo:

«Amar es querer bien; a nuestro prójimo le hemos de querer bien, hemos de sentir sus penas y nos hemos de alegrar de sus prosperidades, jamás envidiarlas; hemos de procurar remediar sus necesidades del mejor modo posible».

Una expresión del amor al prójimo es la corrección fraterna que muchos olvidan o practican equivocadamente. Las enseñanzas al respecto de san Antonio María Claret son verdaderamente preciosas:

«Nunca jamás trates mal de palabra ni de obra a tus feligreses, eligiendo antes penar que darles que sufrir; y, cuando tengas que reprender, mezclarás siempre la dulzura con la corrección, teniendo presente que se cogen más moscas con una gotita de miel que con un barril de vinagre...».

Y, para los superiores, que a menudo tienen el sagrado deber de corregir, el Santo les enseña a hacerlo para bien:

«En dos ocasiones hay que ejercitar principalmente la mansedumbre: al recibir injurias y al corregir. Algunas injurias es mejor tomarlas a risa. En las correcciones tener en cuenta la sentencia de san Lorenzo Justiniano: El Señor manda que se corrija al hermano blanda y dulcemente, ya que el ánimo del que ha faltado se mueve a compunción más bien con palabras suaves que con reprensiones duras... Dos cosas contribuyen mucho a que la corrección aproveche al súbdito. En primer lugar, el que éste tenga en buen concepto al superior como hombre equilibrado y en segundo lugar el que el súbdito esté persuadido de que el superior le aprecia. Si el superior se enfada, pierde el prestigio y la estima».

Y, cómo no, el amor a Dios es para Claret, como para todos los santos, el «principio y fundamento». Y el Santo nos enseña qué supone amar a Dios:

«Se ama a Dios con todo el corazón cuando no se ama cosa que sea ofensa de Dios, ni se dice ni se hace cosa prohibida por Dios. Se ama a Dios con todo el corazón cuando se le ama con todo el afecto, sin mezcla de otro amor, o, si se ama también otra cosa, es únicamente por Dios, ya sea porque Él mismo lo manda, ya sea porque aquello es un medio que nos conduce y ayuda a amar a Dios».

La devoción eucarística de san Antonio María Claret es harto conocida. Ofrecemos ahora un texto sobre la Sagrada Comunión. Nos parece de gran actualidad y oportunidad:

«El cuerpo que está sano y robusto come con frecuencia y bien, el enfermo come poco, y el muerto no come nada. Así, el cristiano que está espiritualmente sano y robusto, comulga con frecuencia y bien, esto es, con fervor y devoción; el

que está enfermo espiritualmente, comulga pocas veces, con desgana y tibieza, y el que habitualmente está en pecado mortal o muerto en la vida de la gracia, no comulga».

Y, junto a la vida eucarística, la vida de oración. San Antonio María Claret no duda en declarar que la oración es necesaria:

«La primera razón es porque Dios, que sabe lo que nos conviene, así lo ha dispuesto; la segunda es para que así el hombre sea humilde y no dé lugar a la soberbia, que es el principio de todo pecado; la tercera es para que con fe y confianza acuda a Dios como un tierno hijo que acude a su padre amoroso y cariñoso, que por eso le dice: *Padre nuestro que estás en los cielos* (Mt 6, 9). De ahí es que en la oración se ejercitan la humildad, la fe, la esperanza, la caridad, la religión y otras virtudes».

No puede faltar en un apóstol como Claret la constante exhortación al sacramento de la penitencia que tantas maravillas obró en las misiones apostólicas del Santo:

«Creo que para alcanzar el perdón debo recibir, o desear recibir, en caso de necesidad, el sacramento de la penitencia, que Vos instituisteis para salvación de los pecadores. Creo y digo, Jesús mío, que el que no recibe el sacramento de la penitencia pudiendo, cuando está en pecado, o lo manda la Iglesia, os desprecia con la más fea ingratitude y por su soberbia y omisión criminal, da a entender que más quiere ser esclavo del diablo y condenarse que no hijo vuestro y salvarse».

Finalmente, la devoción y el servicio a María, en Claret y en su obra, son elementos constitutivos y fundamentales:

«La devoción a María Santísima es otra de nuestras principales obligaciones. Es la Madre de Dios y la Madre de los hombres; sobre estos dos puntos cardinales gira toda la devoción. Como Madre de Dios lo puede todo; como Madre de los hombres, nos amparará y nos concederá todas las gracias».

Entre los medios que dispone la divina Providencia, san Antonio María Claret nunca olvida la devoción a los ángeles:

«Nunca jamás me olvidaba de invocar al glorioso san Miguel y a los ángeles custodios, singularmente al de mi guarda, al del Reino, al de la provincia, al de la población en que predicaba, y de cada persona en particular».

Que Dios nos conceda sacerdotes, obispos, religiosos santos y sabios como san Antonio María Claret, apóstoles celosos y audaces como él.

El padre Claret, un apasionado catequista

GERARDO MANRESA PRESAS

LA primera cosa que procuraba (en una misión) era la instrucción de los niños en la doctrina cristiana, ya por afición que siempre he tenido a esta clase de enseñanza, ya también porque conocía que es lo más principal.»¹

San Antonio M^a Claret, desde joven, siempre tuvo mucho interés y dedicación en la instrucción y formación de los niños. Le impulsaba a ello el ejemplo del mismo Jesucristo y también de los Apóstoles, los doctores y escritores de la Iglesia. Así escribe en su autobiografía: «Jesucristo dice: “Dejad que vengan a mí los niños y no lo estorbéis, porque de los que se asemejan a ellos es el reino de los cielos” (Mc 10,14). Y, estrechándolos entre sus brazos y poniendo sobre ellos sus manos, los bendecía. Tan cierto es que un niño conservado en la inocencia por una buena educación es, a los ojos de Dios, un tesoro más precioso que todos los reinos del mundo.

»San Jerónimo, al propio tiempo que era consultado de todas partes como oráculo del universo, no se desdeñaba de ser el catequista de los niños, empleando en esta humilde ocupación el resto de sus días, que tan útilmente había empleado al servicio de la Iglesia. “Enviadme a vuestros hijos”, decía el santo a una viuda; “yo balbucearé con ellos; tendré menos gloria delante de los hombres, pero seré más glorioso delante de Dios”. San Gregorio Magno sobrepujó en esto el celo de san Jerónimo, y Roma, la capital del mundo y el centro de la Religión, vio con asombro que aquel gran papa, ya muy achacoso, dedicaba el tiempo que podía a la instrucción de la juventud. Después de haber dado un manjar sólido a los fuertes, no se desdeñaba de dar leche a los niños.

»El célebre canciller de París, Juan Gerson, se dedicaba continuamente a catequizar a los niños. Algunos le criticaban esto y él les contestaba, diciendo: “que no podía ocuparse en cosa mayor que en apartar esas almas del dragón infernal y en regar estas tiernas plantas del huerto de la Iglesia”.

»El venerable maestro Juan de Ávila, apóstol de Andalucía, se dedicaba a la instrucción de los niños.

»En vista de estos y otros ejemplos, me sentía poderosamente incitado en la misma inclinación que siempre he tenido de catequizar a los niños y niñas, y siempre he practicado, ya cuando era estudiante,

ya cuando sacerdote, siendo teniente cura, después ecónomo, cuando misionero y aún después siendo arzobispo».²

En muchas de sus cartas habla de ello. Veamos un fragmento de la que escribe desde Cornudella, pueblo de la provincia de Tarragona, a mosén Josep Caixal, gran amigo y colaborador suyo, que estaba al frente de la Librería Religiosa, librería fundada por el mismo padre Claret para editar libros católicos: «En todas las poblaciones reúno a los niños, hago para ellos algún sermoncito y les doy una estampa a cada uno, y conozco que así se hace mucho bien a chicos y a grandes, a padres y a hijos».

Al padre Soler le comenta lo que les explica a los niños en sus misiones: «En cuanto a los niños le debo decir que, hasta ahora, en todos los lugares a donde he ido les hacía reunir en la iglesia con pretexto de confesarlos, y, antes y después, los he catequizado en la guarda de los mandamientos, en la obediencia a los padres, reverencia en la iglesia, huída de malas compañías, en no hablar ni obrar como malos, no hacer cosas feas, la presencia de Dios, el temor del infierno, la esperanza del cielo, la devoción a la Stma. Virgen, valiéndome de los términos más claros y sencillos, de comparaciones caseras y algunos ejemplos.»

La catequesis en las misiones

Los procedimientos de que se servía no eran menos eficaces y acomodados y estaban basados en unos principios que el santo tenía muy claros: «Los niños sólo están atentos cuando ellos hablan o cuando se les cuentan ejemplos: y así, antes de terminar el catecismo, se les referirá alguno referente a la materia o a su edad y costumbres. El catequista debe tener método; de otra manera, bien poco adelantarán.» El padre Claret antes de comenzar las instrucciones dividía a los niños en tantas secciones como catequistas, teniendo por norma que cuanto menor resultase el número de alumnos, mayor sería su aprovechamiento, porque cada uno de ellos podría hablar más. Los grupos eran, por lo menos, tres: los que comenzaban, los que ya iban aprendiendo el catecismo y los que ya se sabían el texto de memoria. Los niños no podían pasar de una

1. San Antonio M^a Claret, *Autobiografía*.

2. San Antonio M^a Claret, *Autobiografía*.

CATECISME
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

EXPLICAT Y ADAPTAT
Á LA CAPACITAT DELS NOYS Y NOYAS,

Y AORNAT AB MOLTAS ESTAMPAS

PER LO

IL·LM. D. ANTON CLARET,
Arquebisbe de Cuba.

DÉCIMA EDICIÓ
corregida per lo mateix autor.



Ab aprobació del Ordinari.

BARCELONA. — 1855.

LLIBRERÍA RELIGIOSA,
ESTAMPA DE PAU RIERA.

sección a otra hasta que conocían bien su materia respectiva. Al igual que san Luis M.^a Grignon de Montfort en sus misiones, el padre Claret creía que los niños debían estar colocados de forma que vieran todos al catequista, ya fuera en semicírculo o en varias filas escalonadas y una vez colocados, «el catequista y los catequizados se signan y santiguan con pausa y devoción, y después rezan tres Avemarías a la Stma. Virgen y un Padrenuestro y Avemaría a los ángeles custodios».

Era muy importante para el santo que todos los niños aprendieran el catecismo de la diócesis que correspondía,³ de memoria y no podía dejar pasar a ningún niño a un grupo superior sin que lo supiera:

«Se empieza por la primera pregunta: ésta se hace al que conoce que la sabe, y, si no la sabe, el catequista le ayudará palabra por palabra. Esta misma pregunta la hará a otros. A veces sale muy bien que una misma cosa se diga por todos juntos a la vez, y después, preguntarla uno a uno: y no se pasará a la segunda pregunta sin que se sepa bien la primera...

»Cuando los niños saben la letra del catecismo de memoria, el catequista variará las expresiones, y preguntará las mismas cosas, para ver si las entienden.

3. Por aquellos años cada diócesis o grupos de diócesis distribuía el catecismo que consideraba más adecuado.

También añadirá algunas preguntas a la misma, pero esto no se hará hasta que se sepa bien el librito.

»Antes de concluir se hace un discursito de pocos minutos con términos claros y sencillos, que tendrá cinco partes: la 1^a será de proposición, que servirá de introducción, la 2^a, la amplificación; la 3^a, el ejemplo; la 4^a, la moralidad y 5^a, la moción.»

Las misiones de los pequeños, después de bien adoctrinados y preparados con la recepción de los sacramentos, los que por edad podían, concluían con la renovación de las promesas del bautismo. Esta ceremonia en presencia de los padres era muy emotiva y el misionero quería con ella comprometer a los padres para que ellos «prolongaran» la misión en sus casas.

El «*Catecismo explicado*»

PERO una cosa le preocupaba al padre Claret: ¿qué queda después de la misión? ¿Cómo pueden acabar de aprender el catecismo todos estos niños? Esta pregunta se la hacía el padre Claret siempre que daba una serie de meditaciones, conferencias y en algunos casos se le había ocurrido dejar escritos de sus charlas o meditaciones a la comunidad a la que había predicado, y así pensó que podía dejar para los niños de sus misiones un catecismo que fuera fácil de explicar y de comprender para catequistas y catequizados. Así aprovechando un período en el que sus misiones en la provincia de Tarragona fueron suspendidas por intransigencias políticas y exacerbaciones de la guerra, se dedicó a hacer no un catecismo, sino tres catecismos.

Para la confección del *Catecismo menor* y el *Compendio o Breve explicación de la doctrina cristiana*, utilizó los catecismos más conocidos y más utilizados en aquellas épocas en las distintas diócesis de Cataluña, principalmente el catecismo de Smandía,⁴ y en pocos meses los publicó, pero en el que trabajó más fue en el famoso *Catecismo explicado*.

Este *Catecismo explicado* está ilustrado por cuarenta y seis láminas, en las que se representan varias imágenes y escenas que hacen más fácil comprender los puntos tratados en el capítulo. De allí pueden extraerse las explicaciones que deben hacer los maestros, o los padres en casa, o incluso, los sacerdotes para hacer sus exhortaciones.

El catecismo está dividido en cuatro partes, y todas ellas constan de una lámina, una explicación de la lámina y a continuación las preguntas y respuestas que el catequizado se ha de saber de memoria.

4. Catecismo compuesto por D. Francisco Mateu i Smandia, rector de San Pedro de Bigas, que se utilizaba en el obispado de Barcelona y otras diócesis de Cataluña.

Hacer un catecismo muy completo desde el punto de vista de doctrina era una de sus preocupaciones y así se lo explica a Josep Caixal: «Envié a Barcelona el catecismo de Smandia, o del obispado de Barcelona, que es el mejor que he visto y el más seguido en Cataluña, del que los escolapios y jesuitas se sirven para enseñar a los niños; pero en algunos puntos es demasiado breve, y he pensado suplir esta deficiencia con algunas preguntas tomadas de otros catecismos, como el de Tarragona, Seo, Gerona, Vic, Ripalda, Astete, etc., hasta he consultado los de otros países para arreglar éste (que estoy haciendo) bien: y aunque no he puesto sino aquellas preguntas que me han parecido indispensables y dignas de saberse, siempre resulta un poco más abultado de lo que algunos quisieran; pero este mal creo que podrá subsanarse, indicando con una manecilla o alguna otra señal las más interesantes preguntas de cada tratado; y así el que no tenga tiempo, capacidad o paciencia para aprender tanto, distinguirá a lo menos lo que principalmente debe saber y los otros no se verán privados de lo restante. Es que veo que el catecismo de Bigas⁵ es muy breve en materias de importancia».⁶

Previo al Catecismo propiamente dicho hay como un preámbulo, que se llama «Primer Catecismo que se enseñará a los niños desde que empiecen a hablar». Con ello da a entender que los padres tienen la obligación de dar alimento espiritual y formativo a los hijos desde su más tierna infancia.

Dice el padre Claret, en el prólogo del Catecismo:

«De aquí es que siempre he procurado grabar en vuestros corazones el santo temor y amor de Dios, al mismo tiempo que inspiraros horror y odio al pecado, demostrándoos su gran fealdad y sus efectos fatales; porque estoy convencido de que los niños y niñas pecan más bien por ignorancia que por malicia, no quedándome duda alguna de que si supiesen lo que hacen y dicen cuando cometen ciertas maldades o hablan mal, desde luego se corregirían (...) ¡Ay de vosotros si no os instruís!, os habitaréis al mal desde vuestra más tierna edad; ¿y qué sucederá después? Que cuando, siendo ya mayores, conozcáis tal vez que aquello es peor que lo que pensabais antes, no por eso cuidaréis de enmendarlo, porque la corriente de aquellos vicios habrá formado ya un profundo cauce en vuestra naturaleza, y será sumamente difícil darle después otra dirección. Además, como desde la infancia os habréis habituado al vicio, os causará muy poca impresión, y lo miraréis con la mayor indiferencia y frescura; como sucede en las cosas naturales, por

5. Catecismo de Smandia.

6. Carta del padre Claret a mosén Caixal, del 22 de junio de 1849.

haberlas visto siempre, ningún caso hacemos de ellas.

»Ved aquí, pues, queridos niños, cuánto os interesa que ya desde la infancia os acostumbéis a practicar la virtud y huir del vicio. Por tanto os diré con el real Profeta: “Venid, hijos y escuchadme; yo os enseñaré el temor del Señor”.»⁷

De la ilustración del Catecismo, dice el mismo santo: «sabiendo que os gustan las estampas, lo he adornado con ellas; y como lo que se come con gusto es lo que nutre, como dice el adagio, deseando yo nutrir vuestras almas con el alimento de esta expresión de la doctrina cristiana, la he compuesto de modo que os sea agradable.» Las láminas fueron dibujadas por el mismo santo que, desde niño, era muy aficionado al dibujo y a la pintura, pero las estampas o láminas, dice el padre Claret, «no las he puesto precisamente para los niños, sí que también para los mayores, y con especialidad para vosotros, padres de familia; pues me he propuesto lo de Josué.⁸ (...) A ejemplo de este caudillo del pueblo de Dios, pongo yo estas estampas con su explicación, aunque sucinta; para que cuando vuestros hijos os preguntaren ¿qué significan estas figuras? les respondáis explicándoles por medio de ellas la religión cristiana, que tenéis la obligación vosotros de enseñarles, y ellos de aprenderla.»

Pero el padre Claret pretendía al mismo tiempo que el catecismo penetrara en aquellos niños y jóvenes por todos los poros de su piel y con todos los medios que tenían entonces, cosa a la que el Concilio de Trento ya había exhortado en su momento, pero no se había cumplido. «También pongo estas estampas para cumplir lo que me manda el sagrado Concilio de Trento, que dice: “Enseñen con esmero los obispos, que por medio de las historias de nuestra redención, expresadas en pinturas u otras semejanzas, se instruye y confirma el pueblo recordándole los artículos de la fe, y recapacitándole continuamente en ellos: además que se saca mucho fruto de todas las sagradas imágenes, no sólo porque recuerdan al pueblo los beneficios y dones que Cristo le ha concedido, sino también porque se exponen a los ojos de los fieles los saludables ejemplos de los santos; y así también para que se exciten a adorar y amar a Dios, y practicar la piedad”».⁹

La necesidad de saber la doctrina cristiana obli-

7. Sal 33,12.

8. Cita el texto de Josué, 6,6-7, donde Josué manda a doce hombres, uno de cada tribu, a recoger doce piedras, del sitio donde estaba el Arca de la Alianza, mientras el pueblo pasaba el Jordán a pie enjuto, y las llevaran al campamento de Gálgala, y así estas piedras recordaran a las futuras generaciones de Israel aquel paso del río Jordán a pie enjuto.

9. Conc. Trento, sesión XXV.

ga, dice el santo, a saberse de memoria todos los diálogos, preguntas y respuestas, que él pone, y el principalísimo papel de los padres lo refleja al final del prólogo suplicándoles «por las entrañas de Jesucristo, que procuréis que así lo aprendan vuestros hijos y domésticos; con lo que, además de cumplir con un deber, alcanzaréis muchas gracias y bendiciones, y finalmente la gloria eterna.»

Este catecismo ilustrado fue el primero que apareció, en 1849, y sólo años más tarde apareció otro en Francia, *Le catéchisme en images*, publicado en París en 1862. Fue el primer libro impreso en la *Librería Religiosa* fundada por el mismo padre Claret para publicar sus escritos. Gran ayuda para la publicación de este *Catecismo explicado* fue la de su amigo Caixal.¹⁰ El éxito de dicho *Catecismo explicado* fue muy grande, pues en pocos años se hicieron 17 ediciones, entre catalán y castellano, alcanzando 128.000 ejemplares.

El catecismo en el Concilio Vaticano I

EL padre Claret durante toda su vida tuvo la enseñanza de la doctrina cristiana como una de las cosas más importantes en su labor pastoral y pensaba que, como recomendó el Concilio de Trento y san Pío V hizo, toda la Iglesia debía enseñar el mismo catecismo y así escribe en la *Advertencia* del *Catecismo explicado*: «A todos es notorio que nuestros mayores pensaron sabiamente que se debía observar una regla constante y común en enseñar y aprender la doctrina cristiana; la cual acarrearía grandísimo provecho a la acertada instrucción del pueblo cristiano y, particularmente, de los niños.(...) En efecto, por medio de ella todos los que han sido llamados a la unidad de la fe, siendo de un mismo sentir y diciendo una misma cosa, serán con más facilidad perfectos en un mismo ánimo y en un mismo parecer. Los Sumos Pontífices, por otra parte, muchas veces han exhortado, y recomendado con el mayor encarecimiento, que observasen todos el mismo e idéntico modo de proponer y enseñar la doctrina cristiana».¹¹

Esta propuesta de un mismo Catecismo para toda la Cristiandad fue presentada por el santo al papa Pío IX cuatro años antes del inicio del Concilio Vaticano I, pero viendo, en aquel momento, la dificultad para imponerlo en toda la Iglesia propuso hacerlo, en principio, para la Iglesia de España. Pocos años después en el Concilio Vaticano I, los padres

10. Josep Caixal sería, años más tarde, obispo de Urgel.

11. S. Antonio M^a Claret, *Advertencia, Catecismo explicado*.



Ilustración del «Catecismo de la doctrina cristiana», realizada por el propio san Antonio M^a Claret

conciliares propusieron, con la misma idea, el esquema *De parvo cathecismo* para discutir la conveniencia y viabilidad de imponer en la Iglesia católica un catecismo único para el primer aprendizaje de la doctrina. Después de discrepancias, principalmente debido a la oposición galicana, fue aprobado el esquema el 30 de abril de 1870, al que los obispos españoles se adhirieron con una abrumadora mayoría a su favor.

El brusco final del Concilio con la invasión italiana de la ciudad de Roma por Vittorio Emmanuel I, impidió que esta constitución conciliar pudiera llevarse a cabo y el mundo cristiano pudiera saborear uno de los frutos más sabrosos del Concilio.

No fue hasta años más tarde con san Pío X, que se llevó a cabo la redacción del Catecismo para toda la Iglesia y, más recientemente, como fruto del Concilio Vaticano II, que se ha vuelto a renovar este Catecismo de la Iglesia católica.

Nadie puede dudar de la importancia del Catecismo en la educación de la niñez y muchas personas de una cierta edad, que tuvieron la suerte de aprender de memoria el catecismo en la escuela o en la catequesis parroquial, recuerdan aún muchos de los puntos de la doctrina católica que aprendieron y lo han llevado a la práctica a lo largo de su vida. ¡Quiera Dios que vuelvan a haber muchos padres Claret entre nosotros y florezca de nuevo la catequesis infantil en las próximas generaciones!

El padre Claret en el nombramiento de los obispos españoles*

Es conocida de todos la actitud unánime y resuelta del episcopado español en el Concilio Vaticano, luchando en las avanzadas más ortodoxas de los problemas que se discutían. Antes del Concilio entrevió Pío IX esta actuación, cuando decía a Mons. Marcial Ávila, decano de la Rota Romana:

«Ya vienen tus obispos paisanos... ¡Qué obispos tan grandes los españoles. Pero, sobre todo, Claret: es un hombre de Dios: es un santo: pero no lo canonicemos ahora, que otro lo hará».¹

Justísima resultaba la asociación que hacía Pío IX del arzobispo Claret al cuerpo del episcopado español no solamente por su acusado relieve, sino por ser obra netamente claretiana aquella falange de obispos que por su piedad, ciencia y valor, fueron la admiración del mundo. De varios modos contribuyó el Arzobispo a moldear este espíritu, no siendo el más despreciable su obrera Apuntes... destinada para ellos y delicadamente distribuida entre ellos por vía de consulta. Pero lo decisivo fue la intervención claretiana en la selección y nombramiento de casi todos los obispos españoles, que en el Concilio Vaticano intervinieron. Más que estudiar y exponer los casos particulares, tarea enojosa, difícil y larga, convendrá insinuar, en general, la parte que el arzobispo Claret, alma de todo negocio y empresa religiosa en España, tenía especialmente en este asunto.

Por su posición en la Corte, por el afecto y veneración insuperables que la Reina le profesaba, y por la amistad y confianza con que siempre le distinguieron los nuncios de la Santa Sede, vino a ser el confesor de Isabel II, si no el árbitro, el más influyente y decisivo proveedor de prelados para las iglesias que iban quedando vacantes: él mismo apunta modestamente esta su intervención acentuando, más que su labor personal, la escrupulosa diligencia con que procedía la Reina en este importante negocio.

«En cuanto a la provisión de obispos, escribe, es

* Extractado de *El beato padre Antonio María Claret. Historia documentada de su vida y empresas*, por el R.P. Cristóbal Fernández, C.M.F., Madrid, Cocusa, 1946, vol. II.

1. *Anales de la Congregación de Misioneros*, año 1925, pág. 373.

en lo que más me he ocupado por instancias de S. M. y diré cómo ha andado hasta aquí el negocio este. El ministro de Gracia y Justicia pide de vez en cuando a los obispos y a cada uno en particular que le diga si en su diócesis tiene algún sacerdote que reúna las cualidades para ser obispo cuando convenga, y el obispo le contesta sí o no. Si tiene alguno, da las noticias que puede, su edad, carrera, virtud, ejercicio y demás prendas... El Ministro recoge y guarda estas noticias, y cuando hay alguna vacante se sacan estos cartapacios y se entregan a S. M.; y la Señora las lee y escucha la inspiración interior que pide a Dios para conocer a quién debe escoger, y después se hace formar la terna, se informa de los sujetos de la terna y se encomienda y se hace encomendar a Dios, y finalmente escoge sin mirar otra cosa que la mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia. Y yo puedo asegurar que si alguna vez algún sacerdote le ha hecho alguna indicación para esto, ha sido aquello más que suficiente para que jamás sea nombrado para obispo; y me decía una vez: «Malo será cuando pide y procura ser obispo. Quizá en ninguna cosa en España se proceda con más equidad y justicia que en los nombramientos de obispos, pero en ninguna cosa lleva más acierto».²

Por su parte, el Ilmo. Aguilar, contemporáneo y amigo del padre Claret y bien informado para escribir la primera valentísima biografía del Arzobispo, notaba a este propósito:

«No habiendo ahora inconveniente en decir lo que algún tiempo antes habría sido preciso callar, nos quedaría algún remordimiento si no manifestáramos la tramitación oficiosa y, digámoslo así, extralegal que se había establecido para este trascendental asunto. A veces los ministros consultaban directamente al señor Claret que por sus frecuentes relaciones con todos los prelados tenía conocimiento de los eclesiásticos más distinguidos, quién fuese el más a propósito para gobernar la diócesis vacante. Si se preguntaba al señor Nuncio, éste solía informarse también con el señor Claret. Otras veces el ministro presentaba una terna a S. M. contentándose con sus propios informes: y en ese caso la Reina acostumbraba quedarse la nota y la enviaba inmediatamente a su

2. *Autobiografía*, Madrid, Archivo Histórico de la Congregación de Misioneros, 1916, pág. 207.

confesor para que designase al que de los tres merecía ser elegido, y siempre daba la preferencia al designado, aunque no ocupase el primer lugar en la terna del ministro».³

Los textos de la correspondencia claretiana confirman plenamente en casos particulares estas apreciaciones de conjunto: el padre Claret, asesorado por el Nuncio a propuesta del mismo, trabajaba siempre las candidaturas, sin que en esta preparación fuese parte alguna la amistad ni cualquiera otra mira interesada de la tierra. La provisión de las diferentes diócesis sería edificante, si pudiera referirse con los debidos pormenores. Vacante la de Vic, escribió el Arzobispo al padre Xifré a 2 de junio de 1865:

«Con el señor Nuncio vamos pensando sobre el sujeto para que haga un buen prelado en Vich. No tenemos ninguna otra mira. No será ningún traslado, será nuevo. Se hacen las indicaciones sobre el sujeto Dr. de Lérida: no sé qué resultado dará.

»Hoy el señor Nuncio me indica que le han escrito sobre D. José Sanmartí, V. Gl.

»También me han escrito a mí lo mismo. ¿Qué le parece a usted? Si sabe algunos, tenga la bondad de indicármelos para informarnos.»

Con referencia a la de Tortosa, decía al mismo destinatario en 20 de abril de 1861:

«Muy señor mío y estimado amigo: tres cartas tengo para contestar a usted y no lo he hecho para poderle dar una respuesta exacta singularmente respecto del obispo de Tortosa ni ahora se la puedo dar; hay proyectos relativos a Vilamitjana, Puigllat, etc., etc.; pero esperamos que pase por este Real Sitio el señor Nuncio, a fin de quedar de acuerdo».

Tres años hacía que esta diócesis de Tortosa le venía preocupando, por circunstancias que no son del caso referir: el 10 de abril de 1859 escribía:

«He propuesto para Cuba al doctor don Manuel Noguera, Penitenciario de Valladolid; para Tortosa el doctor don Miguel Pratmans, rector del Seminario de Solsona, que usted conocerá. Todas las diócesis están provistas, menos Calahorra, que por ahora no conviene».

Según puede apreciarse, ante el padre Claret la mayor autoridad y el mejor asesoramiento para estos difíciles asuntos estaba siempre en el Nuncio de

3. Ilmo. Francisco de Asís Aguilar, *Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret, misionero apostólico, arzobispo de Cuba y después de Trajanópolis*, Madrid, 1871, pág. 360.



Su Santidad, cuyas indicaciones secundaba con absoluto rendimiento: son varias las cartas que pudieran comprobarlo: vayan para muestra, las siguientes donde se tocan diferentes negocios y se insinúan lo bastante las armónicas relaciones entre estas dos autoridades de la Iglesia.

«J. M. J.-Excmo. e Ilmo. señor Nuncio Apostólico.

Gijón, 12 de agosto de 1858.

Muy señor mío de toda mi veneración y aprecio: Recibí su muy apreciada y luego di cumplimiento a lo que se dignó encargarme: hablé a S.M. y le recordé la carta para Su Santidad y me agradeció tal recuerdo. Hablamos de las diócesis que se han provisto, la de Astorga, en el Magistral de Oviedo (éste es y debe ser y no otro) y la de Calahorra, en el Deán de Orense.

Le hablé de la de Tortosa y me preguntó quién presentaría: yo le dije uno de la lista y me dijo que miraría la tal lista, y, en caso de que se hubiese extraviado, bueno sería que usted se sirviese enviarme la lista de aquellos eclesiásticos escogidos.

Me ha dicho el Ministro de Estado que por parte telegráfico sabía de Roma que el Santo Padre aceptaba mi renuncia y me daría un título *in partibus*. Veamos, pues, ahora cómo se nombra un sucesor. Yo desearía saber si don Ramón Pallarola a quien yo había propuesto, según me habían informado que era el más a propósito N, ahora me están diciendo que no es lo que me habían dicho, ha renunciado, y, en este caso de haber renunciado, aceptar la re-

nuncia y luego proponer otro; si usted lo sabe tenga la bondad de decírmelo si usted conoce alguno; tal vez don Fermín de la Cruz conocerá alguno; yo le oí hablar de un sacerdote muy celoso, que promueve ejercicios, rector de un seminario, me parece que se llama Saturnino Castro; también de un Monzón, Magistral de Toledo. Yo desearía muchísimo saber de alguno para decirle a S. M., que me lo está diciendo.

Al otro día me descuidé de felicitarle en los días de su santo Patrón, usted me dispensará y mande lo de su gusto a su affmo. servidor y capellán q. s. m. b.,
Antonio María, Arzobispo.»

Alúdese claramente en la precedente carta a una lista que el nuncio de Su Santidad había formado entre los más prestigiosos miembros del Clero español, posibles candidatos al episcopado: remítala al Arzobispo para su definitivo arreglo, rogándole la presentase a la Reina como elaborada conjuntamente por ambos porque no se le ocultaba el peso que esta sencilla insinuación había de tener en el ánimo real. Véanse los siguientes fragmentos de dos autógrafos de monseñor Barili correspondientes a 20 de mayo y 14 de julio:

«Muy señor mío y mi querido hermano: He tomado nota de los sujetos aptos al episcopado, nuestros hermanos de Segorbe, Cádiz, Cartagena y Osma, cuyas cartas devuelvo a V. E. Creo que son dignos de incluirse en la nota convenida, a la cual quisiera fuesen añadidos los que indico en el adjunto papel.

Cuando V. E. haya redactado toda la nota le ruego me envíe una copia y diga a S. M. que la aludida nota se presenta de común acuerdo recomendando mucho que no se acepte ningún otro eclesiástico, cuando positivamente no se cuente con la anuencia del Representante del Santo Padre.

Adjunto a la presente la nota de los eclesiásticos y alguna línea que sabe V. E. como ya le dije ayer. V. E. puede hacer indicaciones especiales, o sea, el P. Félix para Tenerife y los primeros de la nota para las sedes actualmente vacantes...

Ruego a V. E. no olvide lo que ayer le indiqué, cuando tenga el honor de ver a S. M.; créame siempre suyo affmo. respetuoso Hermano».

Esta armonía del Nuncio de Su Santidad y del Confesor de la Reina en el delicado asunto de nombramientos episcopales puede verse más explícita aún en otras dos cartas, reflejo bastante exacto de las decisivas intervenciones de ambos prelados que mutuamente se completaban:

Monseñor Barili escribía al arzobispo Claret el 17 de mayo de 1861:

«Muy señor mío y querido hermano: Ayer tarde me ha dicho el señor ministro de Gracia y Justicia que están preparados para presentar a la firma de la Reina los decretos para nombrar obispo de Tortosa al Canónigo que usted ha indicado y los obispos de Calahorra y de Osma, eclesiásticos Monescillo y Tetamancy, que mencioné a S. M. Esto está bien: pero ha añadido que estaba pensando sustraer a la firma Real los decretos para los nombramientos de Huesca y Teruel. Ahora bien, para Huesca, animado por la comisión que benignamente me había confiado S. M., indiqué al señor don Basilio Bueno, benemérito y egregio vicario capitular de Barbastro; y en cuanto a Teruel, habíamos quedado en esperar un poco para pensar en una persona ciertamente digna de la mitra. Sentiría que inopinadamente se substituyese algún otro no bien conocido del señor Basilio Bueno, y que por otra parte se nombrase un desconocido para Teruel.

Por consiguiente, ruego a usted suplique a la Reina se tome un poco de tiempo, tanto para Teruel como para Huesca, dado caso que no juzgue nombrar el sobredicho Bueno. Yo reflexionaré prontamente y consultaré a usted, yendo si es necesario, a esa, para hablar con mayor comodidad y detención.

Me encomiendo a sus oraciones.»

Y el padre Claret el 11 de agosto del mismo año a Mons. Barili:

«Muy señor y de todo mi aprecio: Con la presente debo decirle que el Ministro de Gracia y Justicia llegó a ésta y luego salió para los baños y en la entrevista que tuvo con S. M. se olvidó ésta de hablar de los nombramientos de los obispos, no obstante de habérselo yo tanto encargado; hasta en la Granja no le veremos y entonces le volveré a recordar.

El mismo Ministro dejó en manos de S. M. una lista de sujetos para obispos, la que habiéndome entregado S. M. la he mandado copiar para enviarla a usted para que tenga de ellos conocimiento y se pueda informar entretanto.

También he hablado con S. M. del señor Gutiérrez y del que le podría suceder, según me dice usted en su apreciada del 8 y me ha dicho que ya lo tendría presente.

Consérvese bueno y mande de su affmo. servidor y capellán, q. s. m. b.,

El Arzobispo de Trajanópolis.»

Y no se crea que fuesen la política o la diplomacia las inspiradoras de estas actitudes de benevolencia y confianza del representante de la Santa Sede con el confesor de S. M.: eran ellas sinceras y cordiales como fácilmente se transparentará en la



Imagen que representa a san Antonio María Claret en audiencia ante Pío IX

tramitación de otros negocios y aparece también en el siguiente fragmento epistolar de monseñor Barili a Puigllat nombrado obispo por gestiones del padre Claret, aunque el agraciado esperaba y pedía de su antiguo discípulo en el Seminario vicense muy distintas intervenciones de éstas que tanto le apenaban.

«Muy señor mío, le escribía: Si el señor Claret se ha vuelto sordo y desinteresado de V. E. I. como me dice en su apreciada del 27 de diciembre, sus motivos habrá tenido y muy grandes, por ventura, porque dicho piadosísimo Prelado, de no ser así, habría hecho todas las diligencias por la interesantísima comisión que le había confiado... Pero sea cual fuere la intervención de Mons. Claret, que de antiguo tanto aprecia a V. E. I., no le queda a V. E. I. otra resolución que someterse a la carga episcopal ya que a la designación de la Reina se ha añadido la preconización del Santo Padre».

Aunque ya pude traslucirse por las cartas apun-
tadas, bueno será consignar expresamente que, se-

gún afirma un testigo, eclesiástico que tuvo con padre Claret frecuentes e íntimas relaciones, mientras éste permaneció en Madrid al lado de la Corte, intervino en todos los nombramientos de obispos en España, menos en el de uno, que también resultó el menos acertado.⁴

Así fueron nombrados, entre otros, entre casi la totalidad de los obispos españoles, Arenzana para Calahorra en 1865; Argüelles y Miranda para Astorga en 1858; Barrio y Fernández para Valencia en 1861; Blanco para Ávila en 1857; Bonet para Gerona en 1862; Arredondo para Guádix en 1866; Fleix y Solans para Tarragona en 1864; García Gil para Zaragoza en 1868; La Cuesta para Orense en 1866; Martínez para La Habana en 1865; Monescillo para Calahorra y Jaén en 1861 y 1865; Montserrat y Navarro para Badajoz en 1862; Monzón para Granada en 1866; Moreno para Valladolid en 1863; Payá y Rico para Cuenca en 1858; Puigllat para Lérida en 1862; Sanz y Forés para Oviedo en 1868; Urquinaona para Canarias en 1868; Vilamitjana para Tortosa en 1861, etc.

Así se fue formando aquel episcopado prestigioso, modelo de fortaleza y de prudencia, dechado de ortodoxia y adicto como ninguno a la Silla de Pedro según pudo demostrar muy pronto en el Concilio Vaticano, donde actuó, en expresión de historiadores, como escolta personal del Sumo Pontífice. Bien lo conocía Pío IX, quien, hablando en una solemnidad largamente de las malas doctrinas que cundían, incluso en el santuario, y de la corrupción de costumbres que parecía amenazar al mundo con un diluvio de perdición, repentinamente, volviéndose a uno de los personajes españoles que le escuchaban, prosiguió en castellano: «Allí es donde no entran las malas doctrinas, porque los obispos todos sin excepción están en el buen terreno... No hay entre todos los que conozco quien se aparte de la verdadera doctrina».⁵

En España mismo tampoco se explicaba nadie el fenómeno que contemplaban de la elección de excelentes obispos, dentro de ambiente político tan venal o poco religioso en la mayoría de los casos. «Muchísimas veces, dice el ilustrísimo Aguilar, oímos exclamar a diferentes personas: ¡Qué obispos tan buenos nombra el gobierno, parece un milagro lo que sucede en estos nombramientos! Dios mira con cuidado especial, sin duda, en la presentación de preladados».⁶ Y es que había pocos que estuviesen en el secreto de las intervenciones claretianas en este delicadísimo y trascendental asunto.

4. Ilmo. Aguilar, pág. 360.

5. *Razón y fe*, t. I (1906), pág. 477.

6. Ilmo. Aguilar, pág. 360.

El «vigatanismo», explicado por Jaime Brossa

MANUEL BRUNET*



Jaime Balmes



San Antonio María Claret

NUESTRA joven generación probablemente no tiene ni idea de lo que es el llamado «vigatanismo». No trataré de definirlo porque abarca muchos aspectos que no tengo ahora ocasión de dilucidar.

El vigatanismo fue uno de los temas, casi un tópico, de don Jaime Brossa. Conocí al señor Brossa en 1917, en el Ateneo Barcelonés, en la célebre peña del doctor Joaquín Borralleras. Brossa era entonces director de «El Diluvio».

Era Jaime Brossa la amabilidad personificada. A pesar de que entre su ideología anarquista y la mía existía un verdadero abismo sin la posibilidad, comprobada por ambas partes, de tender puentes ni palancas de ninguna especie, nuestras discusiones sobre multitud de temas nunca dejaban mal sabor de boca. Creo ver aún al amigo Brossa. Alto, flaco, entre su negra cabellera y su barba, ya entonces un poco gris, y sobre el rosado un poco sospechoso de sus pómulos chispeaban unos ojos de una gran movilidad, negros y fulgurantes. Con tanta elocuencia como sus ojos hablaban sus manos. En actitud de descanso, durante una conversación plácida, esas manos giraban una alrededor de otra infatigablemente, como si

tuviera frío. Pero cuando disertaba –porque Brossa disertaba ampulosamente, como su prosa– esas manos se abrían en un gesto grandioso. Una risotada de Brossa venía generalmente seguida por una tos lúgubre que no parecía el eco de aquella risa que tanto tenía de infantil. Anarquista convencido, Brossa era un romántico. Hacía grandes frases que él aspiraba a que fueran volterianas, pero que resultaban victorhuguescas. Con Brossa aprendí yo muchas cosas. Fue mi primer maestro en lo que podríamos llamar la asignatura del izquierdismo. Probablemente era masón, pero nunca se lo pregunté, porque me bastaba constatar que tenía mentalidad masónica y hablaba un lenguaje masónico muy untuoso y con una gran cautela en no cometer errores doctrinales.

Mis conversaciones con Brossa tuvieron lugar en el restaurante del Ateneo, en donde habíamos comido muchas veces, o en la «sala de inglés», en el segundo piso. Con frecuencia, al encontrarnos en la peña por la tarde, yo desaparecía antes que él para tomar posesión de la sala de inglés. En aquel sitio que algunos años después, hasta la madrugada del 19 julio de 1936, fue el ámbito de la «caverna», la peña nocturna de mi amigo Manuel Sagnier, pude contemplar innumerables veces a Brossa redactando el editorial para «El Diluvio». Fue en esa sala de inglés donde sostuve con Brossa amplios debates sobre el vigatanismo. La más importante de esas conversaciones va unida a un detalle inolvidable. Llegó aquel día Brossa muy eufórico diciendo que el artículo que iba a escribir se titularía «La Virgen de Agosto». Estábamos pues en 14 de agosto, aunque no recuerdo el año. Por cierto

* En la sección «Cristiandad hace 60 años» de este número se justifica la reproducción de textos de autores «que no nos pertenecen» pero cuya doctrina «encierra una parte de aquella verdad que es nuestro patrimonio». Con este espíritu traemos a estas páginas dedicadas a san Antonio María Claret este artículo de Manuel Brunet, que apareció en el semanario *Destino* el 31 de marzo de 1951.

que aquel editorial lo escribió en poco más de treinta minutos. Yo sólo había visto escribir con esa velocidad al canónigo don Jaime Collell.

Terminado el artículo me lo leyó, como hacía siempre. El tema del artículo y mis observaciones sobre aquella, «Virgen de Agosto» laica y patrona de los entoldados le llevaron a hablarme con más extensión que, otras veces, del vigatanismo. «¡Oh, sí; el vigatanismo es una cosa muy seria, y lo digo en serio!» —repetió como otras muchas veces. Pero en aquel 14 de agosto, Jaime Brossa, el yerno de Ferrer Guardia —si no ando equivocado, porque no hablamos nunca de Ferrer y de su familia— hizo un verdadero discurso sobre el vigatanismo.

No me sería difícil imitar el estilo ampuloso del discurso de Brossa, pero ese decorado no sería auténtico. Considerando como un documento la disertación de Brossa me limitaré a trasladar aquí su substancia.

Empezó preguntándome si tenía idea de cuáles habían sido las columnas del vigatanismo. Él mismo respondió que esas columnas eran cuatro: Balmes, el P. Claret, Verdaguer y Torras y Bages. Ya sé —dijo— que el P. Claret y Torras y Bages no son de la comarca de Vich, pero en Vich estudiaron, descubrieron en Vich su vocación y tenían el espíritu del vigatanismo y esas cuatro columnas —decía Brossa— son cuatro eclesiásticos, y entre ellos dos obispos. Esos cuatro hombres influyen poderosamente en el desarrollo del pensamiento de su patria. «¡Cuatro clérigos, entre ellos dos obispos!». Mercancía no averiada —decía Brossa— ortodoxia pura. «Los cuatro salen de Vich y escriben más que los cuatro evangelistas». Esos cuatro hombres llenan un siglo. «He aquí las cuatro columnas del vigatanismo». «El vigatanismo —siempre te repetiré lo mismo —añadía Brossa— es una cosa muy seria, y lo digo en serio». Luego, como deseando hacerme un obsequio, dijo que iba a formular una definición del vigatanismo: «es el baluarte de la reacción más poderoso e ilustrado que he conocido en mi país». «¿A ver si repites exactamente mi definición?». «Ciudad de curas, libros, canarios y longanizas». Brossa conocía la historia contemporánea del «baluarte» perfectamente. Al empezar el siglo XIX —decía— tenía una Biblioteca Episcopal, una de las primeras bibliotecas públicas particulares de España. Esa Biblioteca pública fue el nido de donde salieron aquellas cuatro columnas del vigatanismo. Más tarde fúndase en Vich un casino que, en lugar de ser una casa de juego era un caserón lleno de libros con incunables y manuscritos, y ese casino se llamó «Círculo Literario». En sus salones el casino fundó un museo con frontales románicos y retablos góticos. Las actividades del casino eran tan ortodoxas que su museo fue la primera piedra del museo eclesiástico. El obispo Morgades quiso también hacer su colección, pero diplomático como era, en lugar de hacer la competencia a los del casino prefirió pactar con ellos. Y nació el actual Museo Episcopal, el museo eclesiástico más impor-



Josep Torras i Bages

tante de España, padre —decía Brossa— del Museo de Cataluña y del coleccionismo barcelonés. «Ese Museo, como aquella biblioteca, eran como un ensanche del baluarte de la reacción ilustrada, fundada sobre la ortodoxia, la tradición y la arqueología».

Pero todo eso, bastante bien resumido, sólo fue el exordio de la disertación de Brossa. De repente me hizo una pregunta que abrió un nuevo cauce a su discurso. Me preguntó cual era, en mi opinión, el personaje más importante entre aquellas cuatro columnas, el que mayor influencia había ejercido. Vacilé un instante, más atento a ajustarme a su pensamiento que al mío. Insinué que el vigatanismo tiene varios aspectos. Me sacó Brossa de dudas, afirmando con gran energía que el personaje que ejerció más influencia, «el que más odiamos nosotros, es el P. Claret. De no haber existido el P. Claret, Cataluña habría comprendido el mensaje de la Revolución». «El vigatanismo torció el destino de Cataluña». Con sus millares de sermones, «de una extraordinaria calidad popular», el P. Claret, hombre prodigiosamente activo, recristianizó a toda Cataluña. Antes de la aparición del P. Claret —son palabras de Jaime Brossa—, Cataluña estaba madura para el indiferentismo religioso. Opinaba mi amigo que tal vez en la historia contemporánea de la Iglesia no existe otro milagro de la palabra como el del P. Claret. Sus libros —decía— fueron conservados y leídos en muchas casas durante largos años y todavía van reimprimiéndose. «Nosotros no hemos sabido hacer ningún “Camí dret”».

Brossa estaba inspirado aquel día, pero no había dicho aún lo más interesante. Si me fuera lícito hablar vuestro lenguaje —añadió— te diría que la trayectoria de la vida del P. Claret fue providencial. Después de cambiar radicalmente el aspecto religioso de Cataluña hizo la misma obra en Canarias y poco después en Cuba, país en que el catolicismo estaba en plena quiebra. Pero no fue esto lo «peor», en opinión de Brossa. Su residencia en Madrid, cuando fue nombrado confesor de la reina Isabel II fue —según palabras de Brossa—, una verdadera catástrofe para el movimiento revolucionario español.

La «ofensiva del vigatanismo» en Madrid maravillaba a mi amigo. Insistiendo en lo que sus adversarios calificaríamos de providencial, hacía resaltar que cuando el P. Claret –permítasenos llamar así a san Antonio María Claret– llegó a Madrid había pasado ya por la capital de España otro gran espíritu del vigatanismo: Balmes. Con el P. Claret –decía Brossa– el vigatanismo enviaba su segundo mensaje a la capital de España. Balmes había sido, en Madrid, el precursor del P. Claret. La misión política de Balmes abrió el camino para la misión religiosa del P. Claret. Ambos mensajeros –coincidencia que Brossa señalaba– trabajaron contra el espíritu de la Revolución, cuyo poder y propósitos ni el uno ni el otro ignoraron. Los dos –y mi amigo insistió particularmente sobre este detalle– aparecen en Madrid con una oportunidad pasmosa: primero el periodista y apologista del catolicismo, después el apóstol. «¡Apúntate esto!», decía Brossa: los dos ejes de la contrarrevolución fueron dos productos del vigatanismo. Balmes y el P. Claret, que como por casualidad o providencialmente –como diríais vosotros– trabajaban sobre el mismo terreno, en Madrid, el uno sucediendo al otro.

Hice entonces observar a mi amigo que, años atrás, en la Biblioteca Episcopal de Vich presencié una apasionada disputa entre el canónigo Collell y otro publicista eclesiástico, el Dr. Cayetano Soler. Contemplando desde un balcón de la Biblioteca el sepulcro de Balmes, en el claustro de la Catedral, el Dr. Soler empezó a hablar de Balmes. Dijo que en sus campañas periodísticas había cometido el error de ignorar a la masonería. El canónigo Collell soltó entonces una solemne carcajada. Y respondió que entre líneas de muchos artículos políticos de Balmes las logias masónicas se hallan aludidas manifiestamente y que sus razones tendría Balmes para emplear esa táctica. Hizo constar el canónigo Collell que la historia del siglo XIX español y de la masonería española eran una especialidad suya y que jamás adoptaría el punto de vista de su amigo.

Escuchó Jaime Brossa con gran atención mi relato y replicó que el Dr. Soler no debía comprender ni una palabra del revolucionarismo español. «Fíjate bien –dijo–: Balmes escribe como si nos hubiera estando observando desde el reinado de Carlos III». Y añadió: «Conozco a los míos mejor que vosotros». Cuando Balmes hablaba de la Revolución señalaba concretamente a las logias masónicas. «Jugaba tan fuerte que no era preciso señalar a su adversario». «Además –añadió– en aquella época había, en Madrid, una logia en cada esquina». Pretender que Balmes las ignorara sería absurdo. Insistió en que la labor de Balmes en el terreno político había sido una magnífica preparación estratégica de la del P. Claret, pero que la influencia del misionero fue mucho más decisiva, precisamente «porque no hizo política».

Por sorprendente que parezca, contestó que, a pe-



Mossèn Cinto Verdaguer

sar de que toda la propaganda religiosa tiene consecuencias políticas, estaba convencido de que el P. Claret no hizo «baja política». Limitóse a recordar a la Reina sus deberes cada vez que la política rozaba un problema religioso. «Como era su deber –dijo– el P. Claret defendió a Pío IX con igual energía que Balmes. Pero ese P. Claret intrigante lo inventó el espíritu de la Revolución, porque realmente el misionero nos había causado inmenso daño».

No olvides –dijo Brossa– que el P. Claret entró en la Compañía de Jesús y que poco después creyó que su misión era muy distinta de lo que había imaginado. No exageraréis –añadió– afirmando que fue éste el gran golpe de la Providencia. El caso es que el general de los Jesuitas –y Brossa daba mucha importancia a este episodio– le empujó cariñosamente a que trabajara por su cuenta, señalándole que su campo de acción no estaba en las misiones en tierras de infieles sino en España. «El general de los Jesuitas –dijo Brossa– disparó así su catapulta contra España». Brossa aludía al P. Rothaan.

Al felicitar yo a mi amigo por su admirable conocimiento de la biografía del P. Claret, insistió en su punto de vista, según el cual un día Balmes y después el P. Claret, habían sido los ejes de la contrarrevolución y que al estudiar la historia del movimiento revolucionario español era preciso tener muy en cuenta a esas dos columnas del vigatanismo.

Después de esta conversación con Brossa comprendí lo que quería decir mi amigo cuando en las discusiones de la Peña o en sus artículos en «El Diluvio» se refería al vigatanismo.

Siempre he considerado que mi conversación con Brossa en aquella tarde del 14 de agosto constituye una de las mejores piezas del archivo de mi memoria. Al entrecomillar en este artículo ciertas frases de mi amigo, claro está que no pretendo reproducirlas literalmente sino hacer constar que su contenido es substancialmente exacto. Alguna de ellas, por haber sido repetidas en varias ocasiones, he podido recordarla fielmente. Por ejemplo, ésta: «el vigatanismo es una cosa muy seria, y lo digo en serio».

La Ucrania católica en torno al Rosario

NICOLÁS ECHAVE

Fieles a Roma

Ucrania recibió la fe cristiana por medio de misioneros bizantinos, y sus iglesias dependieron originariamente del patriarcado de Constantinopla. En 988 el príncipe de Kiev, Vladimiro Sviatoslavych, proclamó la religión cristiana como religión oficial en todas las tierras del territorio ucraniano, llamado entonces Rus de Kiev. Ese mismo año, el pueblo fue bautizado a orillas del río Dnieper, el Jordán ruso, según el rito bizantino.

En 1054, cuando se produce el cisma entre Roma y Constantinopla, los bizantinos rompen su comunión eclesial con Roma, pero los cristianos de Kiev permanecen en unión con ella. Desde entonces, existieron cristianos de rito oriental, igual que el rito de los ortodoxos, pero manteniendo su unión con el Papa. Los ortodoxos denominaron a esta Iglesia despectivamente «*uniata*».

Hambre, muerte y destrucción

La persecución se agravó terriblemente a partir de la revolución comunista de 1917, primero bajo la dictadura proletaria de Lenin y después bajo la feroz tiranía de Stalin, que se extendió de 1929 a 1953. Ucrania, que había sido conquistada por la Rusia zarista en el siglo XVIII, obtuvo su independencia en 1918, pero en 1922 Lenin ordenó su conquista, lanzando sobre ella al cruel y despiadado Ejército Rojo.

La era de Stalin trajo las grandes hambrunas y matanzas, la primera en 1924 y la segunda entre 1932 y 1933, siniestra etapa de la historia ucraniana conocida por el nombre de Holodomor, el Apocalipsis del hambre. Todo el grano, toda la producción y todo el ganado fue retirado por el gobierno ruso, sumiendo al país, conocido como «*el granero de Europa*», en la inanición más espantosa.

Cerca de ocho millones de campesinos ucranianos fueron masacrados para imponer la Reforma Agraria, cifras que otros analistas elevan a diez millones. Primero se confiscaron las tierras, después la propiedad, luego los animales y, finalmente, la producción.

Pueblos diezmados, poblaciones aniquiladas

La multitud agonizaba; pueblos enteros morían y la gente, desesperada, llegó a comer cortezas de árboles, arbustos y cuero. El genocidio más espantoso del que se tenga memoria y del que nadie habla, hundía a la región más rica del continente en el infierno más despiadado. Según palabras de un campesino: «Los rusos iban de casa en casa llevándose toda la comida que encontraban. Empezaban por el grano, la harina, la remolacha, o habas que la gente guardaba en sus casas o sótanos. Sin confiar en los habitantes, registraban todo, cavaban en el piso, hurtaban en las paredes y en los hornos, destrozándolos a menudo. Así corrían de casa en casa quitándonos todo lo que pudiera ser comestible».

Desesperados por salvar a sus hijos, los padres los obligaban a abandonar el hogar; las madres los arrojaban dentro de los trenes que partían hacia la capital, y en las calles de las ciudades aparecían cadáveres de campesinos que intentaban encontrar alimentos.

Situación extrema

Como era de esperar, la gente, desesperada, recurrió al canibalismo. En vista de lo que ocurría, el Partido Comunista ucraniano reaccionó solicitando a Moscú alimentos, pero Stalin, enfurecido, contestó que estaban intentando boicotear el éxito del plan quinquenal.

Por último, el mismo Pavel Postyshev, secretario general del Partido Comunista ucraniano, hasta ese momento incondicional de la política de Stalin, fue destituido, (bajo la acusación de que en su gabinete participaba un trotskista) arrestado y posteriormente fusilado.

Se recrudece la persecución contra la Iglesia

A partir de 1939, la persecución comunista contra la Iglesia fiel a Roma se hizo mucho más sangrienta. Entre 1940 y 1941 y en 1946 una parodia de sínodo devastó a la Iglesia católica ucraniana con la

supresión de obispos y sacerdotes. A partir de aquel último año, hasta 1956, religiosos y laicos fueron forzados a abjurar de su fe para pasarse a la ortodoxia rusa. Los templos se cerraron y con ellos, escuelas y demás instituciones. Los religiosos fueron a prisión o enviados a campos de concentración en Siberia y a otros se los destinó a trabajos forzados en Kazajstán.

Entre los primeros estuvo el célebre cardenal Josyf Slipyj que pasó dieciocho años prisionero en campos de concentración de Siberia. Sufrió allí todo tipo de torturas, pero su indomable integridad fue un ejemplo para los católicos resistentes a la barbarie comunista. Al fallecer, el 7 de septiembre de 1984, el pueblo ucraniano lo reconoció como su gran héroe nacional.

La Iglesia del Silencio

Con el martirio de los obispos comenzaron los tiempos de la Iglesia del Silencio y de las catacumbas, especialmente en Galitzia, de la que es capital la ciudad de Lvov, el área más castigada por los rusos, con un 95 % de población católica. Los sacerdotes comenzaron a ser ordenados y consagrados en secreto por el cardenal Slipyj y el obispo monseñor Volotender Stervilk, que vivió años escondido en diversas aldeas. Esos religiosos ejercieron su ministerio desde la clandestinidad, socorriendo a los afligidos, administrando los sacramentos, confesando y celebrando Misa en casas particulares. Ni siquiera podían estar presentes en los entierros porque toda ceremonia pública estaba prohibida.

En torno al Rosario

Al no poderse encontrar textos religiosos o la Sagrada Escritura, ni asistir públicamente a la celebración de la Misa o entonar cantos religiosos, sólo el Rosario servía para saciar la sed espiritual. Siendo los funerales la única manifestación religiosa to-

lerada por la autoridad comunista, por considerarla «inofensiva», era este el momento en que los fieles recitaban públicamente el Rosario.

Los ancianos enseñaban a sus hijos y nietos a recitar esta bendita oración. El Rosario lo era «todo». Su recitación fortalecía y suscitaba el heroísmo de la fe. En los años cincuenta, Genowefa Pszonak, de la parroquia de Mostyska, fue condenada a dos años de trabajos forzados por haber enseñado a los niños catequesis y oraciones.

En la parroquia de Chargorod

Markijan Trofimiak, obispo de Lutsk, narra el siguiente hecho: en 1961 las autoridades decidieron clausurar una iglesia. Durante tres días y tres noches, los fieles permanecieron en pie en torno a la iglesia negándose a entregar las llaves. Entretanto rezaban el Rosario. Finalmente la iglesia fue rodeada por la milicia comunista. Un anciano de pelo blanco, veterano de guerra, Petro Yaynetskyj, salió de entre la multitud. Tenía en su mano el rosario. Se dirigió al comandante: «Hijo mío, he combatido durante toda la guerra y he sobrevivido. Bien, ¿si quieres, dispara!». La milicia se retiró.

«No puedo imaginar a mi madre, sigue contando el obispo Markijan, sin el rosario entre las manos, no puedo imaginarme a los fieles de aquella época tan difícil del siglo xx, sin el rezo del Rosario, fieles que llegaban a recorrer centenares de kilómetros para estar presentes, por lo menos durante una hora, en la Santa Liturgia.

»El Señor, en su amor extraordinario, nos ha concedido la posibilidad de contemplar el renacimiento milagroso de la Iglesia en Ucrania, ¡hasta haber podido saludar al Santo Padre Juan Pablo II en Ucrania en junio de 2001!»

Lo había advertido Nuestra Señora de Fátima en 1917: el nefasto régimen surgido en Rusia perseguiría implacablemente a la Iglesia, pero aseguraba asimismo que su Inmaculado Corazón acabaría por triunfar.



Los «hermanos» de Jesús

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

Mt 12, 46-50 (Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21)

46 Todavía estaba hablando a las muchedumbres, cuando llegaron su Madre y sus hermanos, que se quedaron fuera, y deseaban hablar con Él, [(Lc 8) y no podían llegar hasta Él, a causa del gentío. (Mc 3) La muchedumbre se había acomodado alrededor.]⁴⁷ Alguien le dijo: Mira, tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablar contigo.⁴⁸ Él respondió al que se lo había anunciado: ¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos [(Mc 3) y mirando a los que hacían corro a su alrededor], dijo: Éstos son mi madre y mis hermanos.⁴⁹ Porque mi madre y mis hermanos son aquellos que hacen la voluntad de mi Padre, que está en los cielos.

La Madre de Jesús, María Santísima, aparece aquí entre las santas mujeres que acompañan a Cristo. No será la única vez. La Virgen María debió acompañar a Jesús en su misión, al menos en gran parte de ella. Pero aquí, lo que aparece con mucha claridad, y por primera vez es el término *hermanos de Jesús*, que vamos a comentar.

Gente mal intencionada y con escaso conocimiento, ha querido utilizar este término (que saldrá repetidamente) con la pretensión de negar la virginidad de María y la filiación divina de Jesús. Esto fue así ya desde el siglo IV (Helvidio) y fue combatido por san Jerónimo en su tratado *De perpetua Virginitate Mariae adversus Helvidium* y por otros Padres de la Iglesia. También en los tiempos actuales, en los que renacen frecuentemente las viejas herejías se pueden ver y oír tales errores, que la magnificación de los medios de comunicación acaba convirtiendo en auténticas blasfemias.

Los antiguos Padres de la Iglesia griega, especialmente los llamados «Padres Capadocios» (Epifanio, Gregorio Niceno y Cirilo de Alejandría), salvaguardando la virginidad de María, explicaban este problema suponiendo a estos «hermanos», hijos de un primer matrimonio de san José, anterior a su desposorio con la Virgen María. Este error, que también fue refutado por san Jerónimo, es el que dio pie a la idea, difundida por todo el Oriente cristiano, de que san José fue elegido para esposo de María por ser viudo y de avanzada edad. Esta idea,

tan extendida como equivocada, viene también reflejada en los evangelios apócrifos denominados «de la infancia».

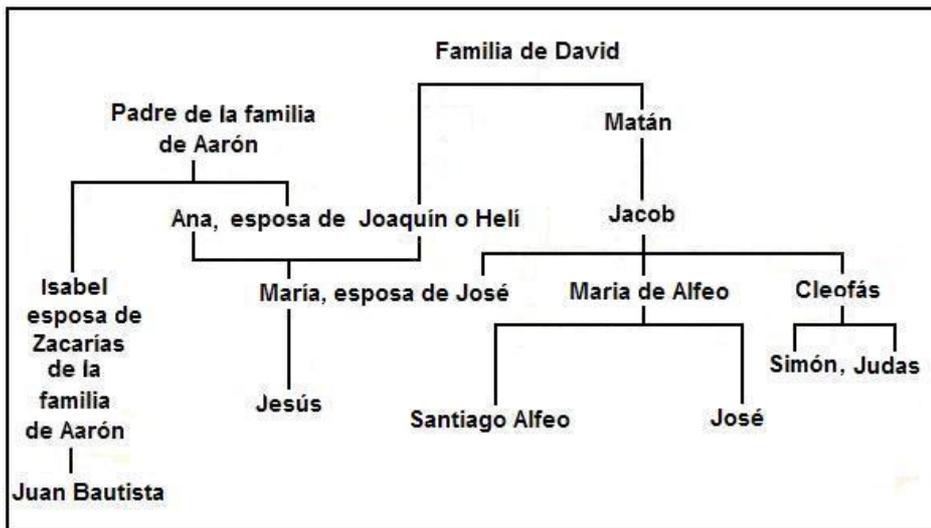
Los parientes de Jesús

La verdad de la cuestión está en el uso de la palabra *hermano* que se debe al origen arameo de los evangelios. Hay que tener en cuenta, que aun siendo escritos en lengua griega, sus autores los «pensaban» en su lengua materna. No en vano procedían de la enseñanza oral. Pues bien, la expresión «primos» no existe en lengua aramea y se asimila al término «hermanos».

Esto es así, sin ningún género de duda, y una de las pruebas más evidentes está en el Nuevo Testamento, en el inicio de la epístola de san Judas y en Mt 13, 55. En efecto, san Judas se dice hermano de Santiago (el Menor) mientras san Mateo dice en el Evangelio «¿No es éste el hijo del artesano, no es María su madre, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?». Como se ve en el cuadro, la madre de Santiago y José es María de Alfeo, hermana de san José, mientras que Simón y Judas son hijos de Cleofás. Por tanto, Jesús, primo de todos ellos, y Santiago y Judas, primos entre sí. De los cuatro nombres citados, el segundo (José), no aparece en el relato evangélico, y se desconoce si se contaba entre los seguidores de Jesús; los otros tres pertenecen, como sabemos, al Colegio Apostólico.

Es evidente que se usa indistintamente el término; pero, además, no sólo designa lo que llamamos primos carnales: la expresión se usaba en una forma mucho más amplia. Por esto es perfectamente correcto traducir *fratres* de la Vulgata, por «parientes». Más adelante san Juan llamará «hermana» de la Madre de Jesús, a María de Alfeo, (Jn 19, 25) que como se puede observar era su cuñada según nuestra forma de hablar.

Hay que notar que la mayoría de los comentaristas unifican Alfeo con Cleofás, es decir, los consideran a ambos como la misma persona, hermano de san José, eso sí. Sin embargo, analizando con cuidado todos los lugares en que son citados por los evangelios, se distinguen perfectamente como dis-



tintas personas; y teniendo en cuenta que cuando se trata de hermanos de sangre, rara vez se les llama así sino con referencia a sus padres («... los hijos de Zebedeo ...», «... la madre de los hijos de Zebedeo ...», «... Santiago de Alfeo ...» etc.) cabe afirmar que la expresión «hermanos» no significa lo que habitualmente entendemos.



El parentesco entre los Apóstoles

Es muy llamativo comprobar cómo, entre los discípulos de Jesús, había muchos emparentados entre sí; y esto ocurría también, como vemos, con el propio Jesús. Sorprende, no obstante, que según expresa san Juan, no todos los parientes de Jesús le creían: «... Se acercaba la fiesta judía de los Tabernáculos; Sus hermanos —parientes— le rogaron: Sal de aquí y vete a Judea, para que también aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces, porque nadie que pretende darse a conocer realiza estas obras en privado. Puesto que haces tales cosas, date a conocer al mundo. Ni sus hermanos creían en Él ...» (Jn 7, 2-5). Por esto, tampoco debe extrañarnos que el tal José, hijo de Alfeo, no figure entre los Apóstoles; pudo ser

discípulo, pero pudo también ser de éstos de los que dice san Juan: «... Ni sus hermanos creían en Él ...»

Así pues, entre los Apóstoles, sabemos que Judas Tadeo y Simón eran primos de Jesús y hermanos entre sí, y Santiago el menor primo de todos ellos, que Santiago el Mayor y Juan eran hermanos (hijos de Zebedeo) y que Simón Pedro y Andrés, que son denominados «hermanos» en los evangelios, al no ser mencionados sus padres

podrían ser primos. También es notable la amistad previa entre Felipe y Bartolomé. Es digno de ser contemplada esta «base familiar» que Jesús mismo escogió de entre los que le seguían, para formar el Colegio Apostólico. En ellos, los naturales «lazos de sangre» que Dios bendice y promueve como base del crecimiento humano, son sublimados por la gracia y, tras la acción del Espíritu Santo en Pentecostés, serán la base de la definitiva familia que ha de formar la Iglesia.

Conviene mencionar aquí una tradición, aunque de poca consistencia, según la cual, la madre de los Zebedeo también sería familia de la Virgen María, a través de dos sucesivos matrimonios de santa Ana, después de la muerte de san Joaquín. Esta tradición nace del siglo xv, fruto de una visión mística de una monja de Gante, santa Coleta. Algunos comentaristas de la época la daban por cierta, pero se observa que en esta visión no se distingue la dualidad entre Alfeo y Cleofás que hemos mencionado, y se fuerza mucho la explicación de los llamados «hermanos de Jesús», es decir, sus primos.

No vamos a desarrollar todo este árbol genealógico, bastante complejo por cierto, porque no parecen probables las repetidas nupcias de santa Ana. Lo cierto es que, después del Concilio de Trento, que desautorizó las tradiciones legendarias paralelas a las Sagradas Escrituras, esta genealogía fue desestimada. Centrémonos, por tanto, en lo que sabemos por los evangelios, que es materia cierta, y sirvan para ello los dos cuadros genealógicos que hemos aportado. Esto será la base de lo que se puede contemplar respecto a los parientes de Jesús, y el parentesco de los Apóstoles.





Pequeñas lecciones de historia

El perdón llevado al extremo

GERARDO MANRESA

EL día 4 de octubre de 1849, después de muchos intentos de renuncia, el padre Claret es nombrado arzobispo de Santiago de Cuba; tenía cuarenta y dos años. Su resistencia a la aceptación fue grande y transcurrió todavía un año hasta su consagración episcopal (octubre de 1850).

El padre Claret era un incansable misionero que iba a pie a todas partes, con sólo un mapa de hule y sin un céntimo en el bolsillo. Continuó de la misma manera en su nueva labor episcopal. Estaba tan acostumbrado a misionar que, en su trayecto marítimo desde Barcelona hasta Cuba aprovechó el tiempo haciendo una misión a bordo del navío para el pasaje, la tripulación y la oficialidad.

Llegado a Santiago empezó su labor misional, como había hecho en Cataluña y Canarias, consiguiendo que la gente sencilla de la isla, especialmente los nativos, volvieran a llenar las iglesias. Paralelamente a esto, en las parroquias fundó instituciones religiosas y sociales para los niños y las mujeres. En la isla, donde los concubinatos, la discriminación racial, la esclavitud y las diferencias sociales eran muy considerables, luchó contra todo ello, llegando a quitar el látigo de las manos de muchos capataces. Fundó asilos, escuelas técnicas agrarias, incluso Cajas de Ahorros para la población sencilla. En seis años que estuvo en Santiago de Cuba recorrió cuatro veces a pie o a caballo toda la isla, visitando ciudades, pueblos y ranchos.

Todo ello le trajo, como ya le ocurría también en España, el odio de todos los que no pueden aceptar el bien que hace la Iglesia en su acción social, principalmente en aquel siglo, la masonería, y sufrió un grave atentado que pudo costarle la vida.

El 31 de enero de 1856 desembarcó el santo arzobispo en la población de Gibara, para iniciar la visita pastoral en la ciudad de Holguín. Al anochecer, después de rezado el Rosario, el santo predicó a los asistentes. Finalizado el acto, se retiró a su residencia. El cura párroco salió algo más tarde y cuando lo hizo se presentó un hombre delante de la puerta de la iglesia preguntándole si el prelado ya había salido. Al contestarle afirmativamente, este hombre empezó a dar voces desentonadas y llenas de coraje que sorprendieron a la gente.

Al día siguiente el prelado montó a caballo con destino a Holguín. Durante todo el trayecto el prelado iba acompañado por gente y pelotones de guardia, y también le seguía aquel hombre que la noche anterior se exclamó por no encontrarlo. Él creyó que a lo largo del camino podría encontrar al Arzobispo sin compañía, pero la gente y la guardia no le abandonaron. Al llegar a Holguín se hospedó el prelado en casa del capellán

castrense. Su perseguidor se cercioró de ello y ya no abandonó la vista de la casa.

Por la tarde, después del rezo, el Arzobispo salió a visitar los hospitales y el cementerio; al anochecer el Prelado fue a la parroquia de San Isidoro, donde predicó y anunció el objeto de la visita.

Como era la víspera de la Purificación de la Santísima Virgen, el mismo Arzobispo, en su autobiografía, explica «que predicó sobre este adorable misterio (...); yo bajé del púlpito fervorosísimo». Finalizado el sermón y después de haber cantado algunos cantos, el Prelado salió de la iglesia acompañado del vicario foráneo y del capellán para dirigirse a su morada. La calle estaba bastante oscura y un sacerdote llevaba un farolillo para hacer lumbre en el camino. Apenas había andado cincuenta metros, cuando un hombre de baja talla y delgado hizo el ademán de besarle el anillo y de pronto «alargó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con toda su fuerza; pero como llevaba la cabeza inclinada y con el pañuelo que tenía en la mano derecha me tapaba la boca, en lugar de cortarme el pescuezo me rajó la cara desde la frente a la oreja hasta la punta de la barba, y de escape me cogió e hirió el brazo».¹

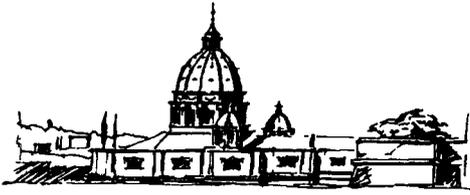
Si no hubiera sido por un guardia, que detuvo al hombre, le hubiera asestado un segundo navajazo, que se pudo evitar. Este hombre se llamaba Antonio Abad Torres, apodado, *el Isleño*, por ser natural de Canarias.

Meses más tarde, el agresor fue juzgado y condenado a muerte, pero el santo Prelado pidió para él el indulto. Ante el temor del gobernador de que si este hombre salía a la calle sería agredido y muerto por la gente de cualquier pueblo de la diócesis, el Prelado le ofreció pagarle el pasaje para que se volviera a Canarias, cosa que aceptó el gobernador. A los pocos días el agresor fue liberado y reenviado a Canarias.

Debe destacarse que Antonio Abad, *el Isleño*, estando en la cárcel en Canarias, en el año 1848, se había beneficiado de un indulto solicitado por el padre Claret, entonces misionero en la isla.

Años más tarde, estando Antonio Abad en la cárcel de Ceuta, en un rasgo de agradecimiento, escribió al padre Claret ofreciéndose a descubrir el vasto plan de los conjurados en el atentado de Holguín. El padre Claret le disuadió de ello, y, como si lo previera, le invitó a prepararse para bien morir, suceso que ocurrió a los pocos meses y de forma tan extraña que hace pensar en las venganzas que la masonería se toma para mantener su seguridad.

1. San Antonio M^a Claret, *Autobiografía*.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Beatificación de un sacerdote asesinado por Tito

EL pasado 4 de octubre fue beatificado en la catedral de San Justo de Trieste el sacerdote istriano Francesco Giovanni Bonifacio, asesinado por odio a la fe por los milicianos del comunista Josip Broz, *Tito*, en 1946.

La celebración eucarística fue presidida por el cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, que definió al presbítero mártir como «ministro de la gracia divina y ejemplo de caridad sin límites». Siguiendo el ejemplo de Cristo, el nuevo beato se inmoló «en sacrificio de amor puro, un amor que es más fuerte que la muerte y que da la vida por los amigos». «Sembrador incansable de luz y esperanza en un momento de grave sufrimiento y muerte», Bonifacio sufrió un «heroico martirio por amor de Cristo y de su Evangelio».

Al hilo del testimonio del padre Bonifacio, monseñor Amato subrayó la persecución que actualmente sufre la Iglesia, existiendo hoy en día «una verdadera y auténtica geografía del terror». En varios países –denunció– la libertad religiosa es «inexistente o muy limitada». Además, el Evangelio, «no se persigue sólo con violencia en otros lugares. También en nuestra sociedad existe a menudo una persecución anticristiana subterránea, hecha de burlas, de tergiversación de los hechos y de las palabras, de ofensas, de promulgación de leyes inicuas. (...) Muchos se ríen del Evangelio, de la ley del Señor, creador y padre de nuestras vidas. Los medios de comunicación social nos oprimen con ideas fatuas, superficiales y a menudo abiertamente anticristianas».

Frente a esta situación, los cristianos deben imitar el ejemplo del nuevo beato y «ser fuertes y perseverantes en el seguimiento de Jesús», verdaderos «testigos fieles de Cristo».

Colombia se consagra al Inmaculado Corazón de María

COMO cada año desde 1902 y coincidiendo con la fiesta de la Virgen del Pilar, Colombia ha vuelto a renovar su consagración al Sagrado Corazón de Jesús. Sin embargo, el impulso de los cerca de cuatro mil grupos marianos existentes

en el país, ha conseguido que la ceremonia haya venido acompañada de un nuevo motivo de esperanza: la consagración del país al Inmaculado Corazón de María.

Durante la ceremonia, el cardenal Pedro Rubiano, arzobispo de Bogotá, puso en manos de la Virgen la liberación de todos los secuestrados por la guerrilla y confió que ella llame a su redil a los guerrilleros y demás grupos paramilitares que asolan el país. Además, pidió al Inmaculado Corazón de María que se encargue de acabar con la corrupción política y la violencia.

Aunque el presidente Álvaro Uribe no asistió al evento, envió saludos en una carta leída al comienzo de la homilía. Sí asistieron, en cambio, importantes políticos y altos mandos militares.

Refiriéndose a la crítica de algunos grupos liberales sobre la decisión de consagrar el país a los Sagrados Corazones, el cardenal Rubiano señaló que «aunque han querido desdibujar la consagración del país al Sagrado Corazón, eso no se borra de un plumazo. Además, la Iglesia es autónoma para tomar este tipo de decisiones y más en un país que es de mayoría católica».

Inaugurado el Sínodo de los Obispos sobre la Palabra

EL pasado 5 de octubre dio comienzo en la basílica de San Pablo Extramuros el Sínodo de los Obispos sobre «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia» con motivo de los dos mil años del nacimiento del Apóstol de las Gentes con el objetivo de potenciar un nuevo dinamismo misionero en las regiones del mundo en las que parece que Dios ha muerto.

En la Misa de inauguración del Sínodo Benedicto XVI celebró la Eucaristía con los padres sinodales y colaboradores: 52 cardenales, 14 miembros de las Iglesias orientales, 45 arzobispos, 130 obispos y 85 presbíteros (de los cuales 12 son padres sinodales, 5 oficiales de la Secretaría General, 30 auditores, 5 expertos, 4 encargados de prensa, 24 asistentes y 5 traductores).

Durante la homilía, el Papa se lamentó de que «naciones que en un tiempo tenían una gran riqueza de fe y vocaciones ahora están perdiendo su identidad, bajo la influencia deletérea y destructiva de una

cierta cultura moderna. (...) Hay quien, habiendo decidido que 'Dios ha muerto', se declara a sí mismo 'dios', considerándose el único agente de su propio destino, el propietario absoluto del mundo. Desembarazándose de Dios, al no esperar de Él la salvación, el hombre cree que puede hacer lo que quiere y ponerse como la única medida de sí mismo y de su acción. (...) Pero cuando el hombre elimina a Dios de su horizonte, cuando declara que Dios ha «muerto», ¿es verdaderamente feliz? ¿Se hace verdaderamente más libre? Cuando los hombres se proclaman propietarios absolutos de sí mismos y únicos dueños de la creación, ¿pueden verdaderamente construir una sociedad en la que reinen la libertad, la justicia y la paz?». El Papa respondió negativamente explicando que de este modo, «como lo demuestran cotidianamente las crónicas, se difunden el poder arbitrario, los intereses egoístas, la injusticia y el abuso, la violencia en todas sus expresiones. Al final el hombre se encuentra más solo y la sociedad más dividida y confundida.» Para acabar, Benedicto XVI alentó a todos los presentes con un grito de esperanza: «el mal y la muerte no tienen la última palabra, sino que al final Cristo vence. ¡Siempre!». La Iglesia no se cansa de proclamar esta Buena Nueva, como sucede también hoy, en esta basílica dedicada al Apóstol de las Gentes, quien se convirtió en el primero en difundir el Evangelio en grandes regiones de Asia Menor y Europa».

La «*Humanae vitae*», un sí a la belleza del amor

CON ocasión del congreso internacional «*Humanae vitae*: Actualidad y profecía de una encíclica» que se celebra desde el 3 de octubre en la Universidad Católica de Roma, S.S. Benedicto XVI dirigió a todos los participantes en el encuentro un mensaje en el que recalcó lo decisiva que ha sido esta encíclica de Pablo VI para comprender el gran «sí» que implica el amor conyugal.

El Papa quiso poner de manifiesto la importancia que sigue teniendo el mensaje central de la *Humanae vitae* hoy, al afrontar la cuestión del amor conyugal como don «sin reservas» de los esposos y de la vida humana como «don de Dios» y no como «objetivo del proyecto humano».

«La posibilidad de procrear una nueva vida humana está incluida en la donación integral de los cónyuges. Así no sólo se asemeja, sino que participa del amor de Dios, que quiere comunicarse llamando a la vida a las personas humanas. Excluir esta dimensión comunicativa mediante una acción dirigida a impedir la procreación significa negar la verdad íntima del amor sponsal, con la que se comu-

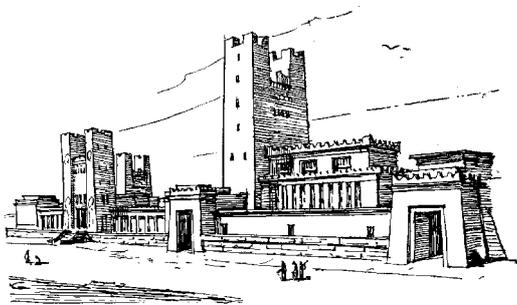
nica el don divino.» Por esta razón es imprescindible «reconocer límites insuperables a la posibilidad de dominio del hombre sobre su propio cuerpo» para evitar que el hijo «se convierta en un instrumento sujeto al arbitrio de los hombres».

«Este gran «sí» a la belleza del amor –continuó Benedicto XVI– comporta ciertamente la gratitud, tanto de los padres al recibir el don de un hijo como del hijo mismo al saber que su vida tiene origen en un amor tan grande y acogedor». Por otro lado, el Papa recordó que el recurso a los métodos naturales, permite a la pareja «administrar cuanto el Creador ha sabiamente inscrito en la naturaleza humana, sin turbar el significado íntegro de la donación sexual». Por este motivo, la Iglesia defiende el recurso a los métodos naturales de planificación familiar como los únicos acordes con la dignidad humana, pues requieren «una madurez en el amor, que no es inmediata, sino que necesita un diálogo y una escucha recíprocas y un singular dominio del impulso sexual en un camino de crecimiento en la virtud. Sólo los ojos del corazón llegan a captar las exigencias propias de un gran amor, capaz de abrazar la totalidad del ser humano».

Los carmelitas descalzos celebran sus cincuenta años en África

Los carmelitas descalzos de la delegación generalicia del Congo han celebrado recientemente el jubileo de oro de su presencia en África. A pesar de que la rama femenina de la Orden ha estado presente en África (en Kabwé) desde 1934, los padres carmelitas no llegaron al Congo belga hasta 1958. Los primeros fueron los padres Bonifacio y Villibrordo, dos carmelitas de la provincia de Flandes, que tocaron el suelo de Luluaburg (actual Kananga) el 15 de abril de dicho año, tras el fracaso de una fundación en Lumunbashi. La primitiva iglesia de la parroquia Padre Nuestro fue bendecida por monseñor Bakole, el 24 de noviembre de 1966. A los pioneros flamencos sucedieron miembros italianos de la Orden en 1968. Posteriormente, algunos de ellos pasaron el testigo a los carmelitas congoleños que han asegurado con coraje la supervivencia de la obra misionera, en un país que ha vivido y sufre todavía graves conflictos. La actual provincia, nacida de la primera implantación, cuenta actualmente con más de sesenta miembros, distribuidos en nueve casas.

Se preparan un folleto sobre la historia del Carmelo en el Congo, una exposición de fotos y de recuerdos de los primeros misioneros, conferencias y escuelas de oración para conmemorar los cincuenta años de presencia de los carmelitas descalzos en el Congo.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Persecución en la antigua joya del Imperio británico

EL antiguo Raj británico acabó en agosto de 1947, provocando una traumática partición que daría lugar a la aparición de la India y Paquistán, el país de los puros en lengua urdu (del que más tarde se desgajó la parte oriental, Bangla Desh); el primero de mayoría hindú, el segundo musulmana. Desde entonces, la situación de los cristianos, presentes desde los primeros tiempos apostólicos (fue el apóstol Tomás quien evangelizó por primera vez aquellas tierras) y luego confirmados en la fe por la predicación de san Francisco Javier y de multitud de misioneros, ha sido siempre precaria. Ahora las noticias que nos llegan desde el subcontinente son de recrudescimiento de la persecución, signo inequívoco de que la Cristiandad está creciendo y dando frutos.

El recrudescimiento de la violencia anticristiana en la India se inició el pasado mes de agosto en el estado de Orissa y se ha ido extendiendo a otros cuatro estados –Chhattisgarh, Madhya Pradesh, Karnataka y Kerala–, provocando al menos, según el *All India Christian Council* (AICC), la profanación y destrucción de 149 iglesias, el incendio intencionado de 4.640 casas y daños a 13 escuelas cristianas; al tiempo que ha dejado sin hogar a 53.000 cristianos, ha causado heridas a otros 18.000 y la muerte a más de sesenta cristianos.

Más de 50.000 desplazados de Orissa se esconden en estos momentos en la selva, en refugios y en casas de familiares y amigos. Otros aguantan en los focos de violencia, dispuestos a dar la vida. El religioso indio Anthony D'Souza pide oraciones en un mail que ha llegado a ordenadores de países occidentales y afirma: «Estamos dispuestos a morir como mártires». La hermana Mamta, misionera de la Caridad, declaró, tras recibir, junto a otras religiosas y cuatro niños, un ataque de un grupo hinduista, el pasado 5 de septiembre: «Si no hubiera sido por la intervención de la policía, nos hubieran quemado vivos».

Por su parte, en el Pakistán los vientos de islamización son cada vez más intensos y las explosiones de violencia más frecuentes. El wahabismo,

la versión puritana del islam suní nacida en la península arábiga, ha desplazado casi por completo al islam sufí local, con graves consecuencias para los cristianos. Esta deriva no es casual, sino el resultado de tres décadas de presión islamizadora estatal: la oración ritual es obligatoria en la administración, las flagelaciones son públicas, se han establecido penas para quienes no respetan el ayuno del Ramadán, los candidatos a un puesto universitario deben demostrar su conocimiento de las doctrinas islámicas. La Iglesia se ve empujada a las catacumbas, pero el Evangelio sigue siendo anunciado en tierras paquistaníes.

La creciente influencia ultraortodoxa

Los últimos acontecimientos que han sacudido la vida política israelí han reforzado la tendencia, constante a lo largo de toda la década, a una mayor influencia de los partidos judíos ultraortodoxos. Tzipi Livni, la nueva primer ministro, sabe que necesita el apoyo de, al menos, uno de los partidos *haredim*; además, en caso de nuevas elecciones, la disciplina de voto entre los miembros de las comunidades *haredim* es tan grande que en un escenario político revuelto, como suele ser el israelí, son una de las pocas opciones sólidas y estables.

Pero la influencia ultraortodoxa no se limita al campo de la política. Esta creciente influencia es muy evidente en Jerusalén, bastión de los *haredim*, donde son un tercio de la población no árabe. Además, gracias a sus altas tasas de natalidad y a la inmigración, constituyen la comunidad con un crecimiento más rápido. Una muestra de su poder se vio el pasado mes de junio con ocasión de la ceremonia de apertura de un nuevo puente. En el programa inicial se había previsto la actuación de un grupo de jóvenes bailarinas, pero poco antes de la ceremonia las presiones ultraortodoxas obligaron a cancelar dicha actuación. Una anécdota, sí, pero significativa. Como también lo es otra de las muestras de esta nueva situación: los cada vez más frecuentes incidentes con aquellos que no respetan estrictamente el *sabbath*, entre los que destacan el

apedreamiento de coches que circulan durante el día santo.

En una región donde la demografía es determinante, el futuro es de quienes tienen hijos: árabes y judíos ultraortodoxos. Y ese futuro está empezando a ser una realidad.

La Iglesia, forzada a abandonar las adopciones en el País de Gales

LA St David's Children's Society, que actúa en las tres diócesis galesas de Cardiff, Menevia y Wrexham, ha decidido desvincularse de la Iglesia para de este modo poder cumplir las exigencias de la Regulación de Orientación Sexual impuesta por el gobierno laborista. Se trata de la tercera mayor agencia de adopciones católicas en el Reino Unido y fue fundada en 1947 como agencia diocesana, y ahora se va a convertir en la quinta agencia católica que deja de serlo. Sus dirigentes afirman que el gobierno no les ofrece otra salida que cortar sus lazos con la Iglesia católica o desaparecer. En efecto, el Estado británico obliga a cumplir con una ley que impide denegar la adopción a parejas del mismo sexo, algo que la Iglesia católica ha afirmado rotundamente que no puede aceptar.

No todas las agencias de adopción católicas británicas están reaccionando del mismo modo. La Catholic Children's Society de la archidiócesis de Westminster ha decidido no cumplir la ley y llegar hasta los tribunales si fuese necesario. La Father Hudson's Society de la archidiócesis de Birmingham y la Nugent Care Society de la archidiócesis de Liverpool, la segunda mayor en todo el país, han decidido seguir el mismo camino y mantenerse fieles a la Iglesia antes que al gobierno.

Cristianos iraquíes: «¡Estamos muriendo!»

SEGÚN informa la agencia Zenit, la situación de la comunidad cristiana en Iraq es crítica. Una comunidad que se remonta a los primeros tiempos de expansión evangelizadora está desapareciendo, siguiendo así el triste camino de muchos cristianos en Oriente Medio. Sin duda, un signo de los tiempos. Reproducimos por su interés la información aparecida en Zenit:

«¡Estamos muriendo!» es el trágico llamamiento de los cristianos de Mosul (Iraq), que en las últimas semanas han vuelto a ser objetivo de una dramática ola de violencia.

El padre Amer Youkhanna, sacerdote del clero de Mosul que vive en Roma, ha explicado que las personas de la ciudad iraquí «han dicho que no tienen palabras para definir lo que está sucediendo, si no se trata de un exterminio».

«Nosotros estamos muriendo, me han dicho, y es necesario que nuestra voz sea escuchada».

Las familias que aún quedan en Mosul, denuncia, «no tienen dinero para huir, no sabrían adónde ir, y así se quedan encerradas en casa a esperar. Es una situación terrible; quizás nunca antes de ahora, la comunidad cristiana de Mosul ha vivido tal periodo de terror. Quien quiere instaurar el estado islámico en Iraq con capital en Mosul, quiere que la ciudad no tenga siquiera un cristiano entre sus habitantes».

Monseñor Philip Najim, procurador de la Iglesia caldea ante la Santa Sede, ha referido que «grupos armados penetran en el barrio donde viven los cristianos y asesinan a quienes encuentran en la misma calle.

»Son homicidios a sangre fría llevados a cabo a la luz del día y ante decenas de testigos, como si estos grupos quisieran demostrar que pueden obrar impunemente, controlar la ciudad», observó. «El objetivo es, claramente, sembrar el terror para completar la obra de vaciar a la ciudad de su antiquísima población cristiana, que comenzó hace ya años».

A estas violencias se añade la cancelación del artículo 50 de la ley que fija las reglas para las próximas elecciones de los consejos provinciales, que en su primera redacción garantizaban la representación de las minorías en estos consejos.

«¿Por qué, ésta es la pregunta que hacemos al mundo, los cristianos iraquíes deben sufrir estos ataques? –preguntó el prelado–. ¿Por qué nos matan y nos niegan nuestros derechos?».

Pedimos el respeto de estos últimos, sostiene monseñor Najim, «es un deber», porque los cristianos pertenecen a una minoría pero representan «una parte importante de la historia del país que siempre se ha caracterizado por la coexistencia entre los diversos componentes de su tejido social».

«No pedimos más que lo que nos toca –declaró–: los derechos que se nos deben garantizar naturalmente en cuanto ciudadanos iraquíes» porque «no hay paz sin respeto a la vida humana».

«El mundo nos está dejando solos», admitió con profunda desilusión monseñor Shlemon Warduni, obispo auxiliar de Bagdad. En esta situación, afirmó, los cristianos iraquíes pretenden «continuar haciendo escuchar nuestra voz esperando que nuestro llamamiento sea acogido, no sólo en Iraq sino en todo el mundo».

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

NIKOLAY BERDIAEV

El espíritu de Dostoyevski

Granada, Nuevo Inicio, 2008

Para conocer a Dostoyevski es preciso empatizar con él, nos dice Berdiaev, en su estudio sobre el autor ruso. Es más, sólo lo entienden aquellos que quedan profundamente afectados por él. En la vida de algunas personas, como es el caso del autor, haber leído a Dostoyevski supone un antes y un después. Quien se haya acercado atentamente a *Los hermanos Karamazov*, *Apuntes del subsuelo*, *Los demonios*, *Crimen y castigo*, o cualquier otra obra del genial autor, habrá experimentado algo parecido, aunque quizás con menor intensidad. Dostoyevski nos adentra, a través de sus personajes en lo íntimo humano y, muchas veces, nos revelan lo más nuclear del corazón.

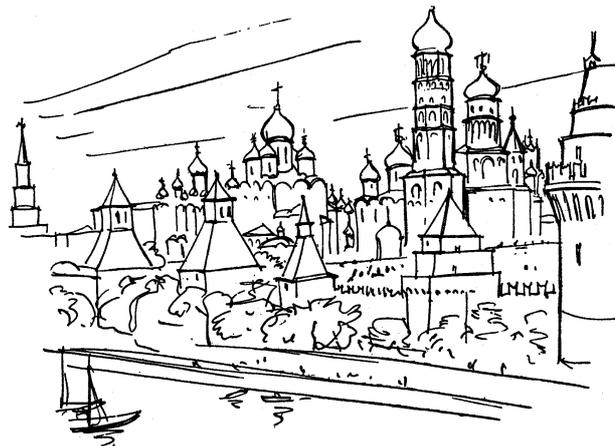
Apunta Berdiaev desde el inicio que su tratamiento es pneumatológico (del espíritu) y que no viene a hacer psicología. Aquí el espíritu señala lo más profundo del hombre, tema central en Dostoyevski, que busca saber cuál es su destino. Dostoyevski, dice Berdiaev, no hace teología, sino antropología, pero el tema del hombre va unido al de Dios y sólo se resuelve en Jesucristo.

En nuestro interior encontramos los sentimientos más contradictorios (capaces de ver la belleza en la Madonna y en Sodoma), porque estamos desdoblados. Pero toda pretensión de resolver analíticamente el enigma humano resulta insuficiente. Dostoyevski lo propone a través de una exposición en que lo novelado permite mostrar las contradicciones (imposibles en un sistema filosófico de cuño

racionalista), que harían inviable cualquier silogismo pero que son experiencia común en la vida. En el corazón del hombre se da la gran batalla entre Dios y el demonio por el hombre. Dostoyevski tiene la genialidad de dejar aflorar en sus personajes y novelas ese magma volcánico y nos recuerda que hay algo a lo que nunca se puede renunciar, que es la libertad. Por lo mismo nos recuerda que la salvación sólo se encuentra en Jesucristo y que el camino que conduce a ella transita por el sufrimiento. Todo eso lo concibe desde el centro espiritual del hombre, a menudo preterido por lo circunstancial y periférico de la psicología. Ahora bien, el espíritu es turbulento y como tal se revela.

En este gran comentario a la obra del genial novelista ruso, se hace también hincapié en su carácter profético, pues Dostoyevski previó las consecuencias del nihilismo revolucionario, pero sobre todo se incide en su defensa a ultranza de la libertad del hombre. Esa libertad puede entenderse sin límites, totalmente desarraigada, y entonces tiene consecuencias fatales, pero también puede existir la tentación de privar al hombre de ella para darle una felicidad que el hombre no elegiría. Esto es lo que Berdiaev entiende que nos enseña la «Leyenda del Gran Inquisidor».

Una vez más descubrimos la fecundidad de un gran autor comentado por otro gran autor. Se nos invita también a adentrarnos en ese diálogo en el que, lejos del humanismo que niega a Dios, se presenta al hombre como un camino para acceder a Él. Dostoyevski anticipó comportamientos y escenarios con los que nosotros nos encontramos ahora y sus intuiciones pueden ayudarnos a orientar nuestro juicio.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

En la muerte de Solzhenitsyn, volvamos a Harvard

Tras la muerte de uno de los últimos gigantes morales del siglo xx, Alexander Solzhenitsyn, muchos han sido quienes han glorificado su figura. Pero queremos aquí, tal y como hizo Alfa y Omega, dar voz al propio Solzhenitsyn con una serie de juicios extractados de su famoso discurso en la Universidad de Harvard el 8 de junio de 1978, un discurso que lejos de mostrarse complaciente con el Occidente que le había acogido advertía de algunos de sus males sin por ello dejar de censurar radicalmente el socialismo.

El declive de la valentía: «La merma de coraje puede ser la característica más sobresaliente que un observador imparcial nota en Occidente en nuestros días. El mundo occidental ha perdido en su vida civil el coraje, tanto global como individualmente, en cada país, en cada gobierno, cada partido político y por supuesto en las Naciones Unidas. Quedan mudos y paralizados cuando tienen que vérselas con gobiernos poderosos, fuerzas amenazadoras y terroristas internacionales. Desde la más remota antigüedad, la pérdida de coraje ha sido considerada siempre como el principio del fin».

Bienestar: «El progreso tecnológico y social ha permitido la realización del Estado del bienestar. En el proceso, sin embargo, ha sido pasado por alto que el constante deseo de poseer cada vez más cosas y un nivel de vida cada vez más alto ha impreso en muchos rostros occidentales rasgos

de ansiedad y hasta de depresión. Esta tensa y activa competencia no abre, en lo más mínimo, el camino hacia el libre desarrollo espiritual. Hoy, el bienestar en la vida de la sociedad occidental ha comenzado a revelar su máscara perniciosa».

Vida legalista: «La sociedad occidental ha elegido para sí misma la organización más adecuada, basada en la letra de la ley. Todo conflicto se resuelve de acuerdo a ella. Pero una sociedad sin otra escala que la legal no es completamente digna del hombre. Un código legal es algo demasiado frío y formal como para poder tener una influencia benéfica sobre la sociedad, y crea una atmósfera de mediocridad moral que paraliza los impulsos más nobles del hombre».

La orientación de la libertad: «Es hora, en Occidente, de defender no tanto los derechos humanos, cuanto las obligaciones humanas. La sociedad ha demostrado tener escasas defensas contra el abuso de la libertad que conduce a la violencia moral contra los jóvenes bajo la forma de pornografía, crimen y horror. Todo esto es considerado como parte integrante de la libertad, y se asume que está teóricamente equilibrado por el derecho de los jóvenes a no mirar y a no aceptar».

La orientación de la prensa: «Precipitación y superficialidad son la enfermedad psíquica del siglo xx, y esto se refleja en la prensa. La prensa se queda en fórmulas sensacionalistas. Existe una común tendencia de preferencias dentro de la generalidad de la

prensa occidental (el espíritu de la época), modelos de juicio generalmente aceptados, y hasta intereses corporativos comunes, con lo que el efecto resultante no es el de la competencia sino el de la unificación».

Socialismo: «Muchas personas que viven en Occidente están insatisfechas con su propia sociedad, y esto empuja a muchos a inclinarse por el socialismo, lo cual es una falsa y peligrosa tendencia: el socialismo, de cualquier tipo o matiz, conduce a la destrucción total del espíritu humano y a la nivelación de la humanidad en la muerte».

No es un modelo: «Si alguien me preguntara si yo propondría a Occidente, tal como es en la actualidad, como modelo para mi país, francamente respondería en forma negativa: *No*. No recomendaría vuestra sociedad como un ideal para la transformación de la nuestra. A través de profundos sufrimientos, las personas en nuestro país han tenido un desarrollo espiritual de tal intensidad que el sistema occidental, en su presente estado de agotamiento, ya no aparece como atractivo».

Por la ampliación del aborto hasta las 1560 semanas

Cuando la sinrazón es tan evidente y persistente como en el caso del aborto, uno tiene la tentación de guardar silencio: ¿qué más se puede decir sobre este crimen horrendo y banalizado? Pues tendremos que seguir repitiendo lo ya dicho, con motivo o sin, y de vez en cuando intentar nuevos

registros. Es lo que hace Pablo Molina en Libertad Digital, donde lleva la ideología abortista hasta sus últimas consecuencias... que son absurdas (o a lo mejor no, y lo que ahora nos parece cómico y disparatado será lo normal en un futuro no tan lejano).

Los expertos en ética progresista parecen haber llegado a un consenso en torno a la inminente ley de ampliación del aborto, según el cual el derecho de la madre a suprimir la vida del niño hijo debería ser total, al menos durante las primeras veinticuatro semanas de gestación.

En esa fase del embarazo el bebé tiene todos sus órganos perfectamente formados, es capaz de succionar (lo hace frecuentemente utilizando los pulgares), de reaccionar ante los estímulos externos y, por supuesto, de sentir dolor, sobre todo si el especialista en salud reproductiva le clava una aguja monstruosa o le destroza los miembros uno a uno para extraerlo del vientre de su madre con mayor facilidad. Cuando esto sucede, y mientras el celador tira a la basura los restos, la comunidad democrática se felicita a sí misma porque un derecho humano irrenunciable ha sido ejercitado.

Recuerden: ética es la ciencia que profesan estos pensadores de progreso.

En un capítulo de *South Park*, la madre de Cartman quería abortarlo cuando éste ya contaba siete años. En la clínica le advertían de que eso era imposible, porque el aborto sólo estaba permitido hasta los tres, por lo que se vio privada injustamente del derecho

a decidir sobre su maternidad. Tal vez sin saberlo, los guionistas de esa serie gamberra dieron en el clavo, pues si el argumento ético esgrimido por los partidarios del aborto libre es que nadie puede obligar a una mujer a mantener con vida a otro ser humano que depende de ella, tan dependiente es un bebé de veinticuatro semanas como uno de veinte meses, que también moriría si no recibiera los cuidados de aquélla.

Superado el debate sobre la condición humana del feto (desde la concepción hasta la muerte natural, se trata de un individuo único de la especie *Homo sapiens*, con sus cromosomas definitorios, diferentes de los de sus padres), el razonamiento de los partidarios del aborto va justamente por ahí: el derecho de la madre a decidir si mantiene con vida o no a un ser humano distinto de ella.

Precisamente por eso, los progresistas que intentan modificar la sociedad de forma irreversible (ZP dixit) deberían llevar el razonamiento hasta sus últimas consecuencias y permitir a los padres suprimir la vida de sus hijos mientras dependan de ellos para su subsistencia. Es muy común hoy en día que a los treinta años los jóvenes permanezcan en casa de sus padres a la sopa boba. ¿Tenemos derecho a obligar a las madres de esos zanguangos a mantenerlos? Se trata, por lo demás, de tiarrones que no saben lavarse los gayumbos o freírse un huevo, de tal forma que sin los cuidados de sus madres tendrían serios problemas para sobrevivir, así que el derecho a abortarlos estaría perfectamente justificado.

Como, además, el Gobierno socialista quiere implantar la eutanasia más o menos voluntaria,

podríamos asistir a interesantes conflictos éticos sustanciados en los tribunales. Así, un hijo podría solicitar permiso para *eutanasizar* a sus viejos, mientras estos últimos intentarían ver reconocido su derecho a abortar al chaval. En ambos casos tendrían a la ley de su lado, por lo que, aplicando la dialéctica hegeliana, con la resolución de estos embrollos la sociedad no haría sino avanzar más y más por la luminosa senda del derecho a matar al prójimo, en la que tanto se ha distinguido el socialismo a lo largo de su penosa historia.

Y a todo esto, ¿tiene algo que decir el partido al que votan mayoritariamente quienes están en contra del aborto? Pues sí. Con esa contundencia que exhibe cuando se cuestiona alguno de los valores de la tradición occidental que su adversario pretende demoler, el PP dice que lo de la ampliación del aborto es un debate extemporáneo, porque lo que verdaderamente importa a los ciudadanos es el precio de la barra de pan y la tasa del Euribor. Sus dirigentes ni siquiera tienen la gallardía de ser consecuentes con su actual filosofía y manifestar su total aprobación a todo lo que hieda a progresismo, incluido el asesinato de niños no nacidos.

En torno a cien mil veces al año se produce en nuestro país ese alarde de progreso y derechos cívicos llamado aborto. Cien mil seres humanos privados de su derecho a la vida en beneficio de ese otro invento progresista denominado «derecho de la mujer a decidir sobre su proceso reproductivo». Y mientras tanto, las parejas con problemas para concebir, viajando a lugares remotos para adoptar niños. Es lo que tiene el progreso.



«Copiandad»

Quien conoce, aunque sea superficialmente, la colección de Cristiandad sabe que una de sus características –que la hace única entre las publicaciones periódicas– es la frecuencia con que acude a la reproducción de textos ya publicados con anterioridad, de autores antiguos o modernos. No lo hace por comodidad o por desidia, ni porque, falta de ideas, se vea obligada a acudir a plumas ajenas. Ya en sus primeros años, alguien quizá sin ánimo crítico pero no exento de cierta ironía habló de «copiandad». El editorial de hace sesenta años, el 15 de octubre de 1948 –la revista tenía algo más de cuatro años de vida y habían aparecido 109 números– llevaba precisamente por título «Copiandad», no para quedar a la defensiva, sino como una declaración de principios sobre el método. Se decía en aquel editorial:

«CRISTIANDAD es, esencialmente, “Copiandad” –¿Cuándo lo comprenderán todos sus lectores?–, acopio de documentos pontificios, o de príncipes de la Iglesia, fragmentos de los clásicos del pensamiento católico e incluso –¿por qué no?– de autores que no nos pertenecen pero cuya doctrina o encierra una parte de aquella verdad que es nuestro patrimonio y que hay que reivindicar de ellos «como de poseedores injustos», o, al contrario, nos opone, en tesis tal vez bien estructuradas, un medio precioso para contrastar nuestras convicciones.

»CRISTIANDAD insistirá en su método: cada día será más “Copiandad”. No temerá repetirse, sobre todo cuando nos hablan los sumos pontífices. A los que alegasen fatiga, les respondería, afectuosamente: Lee de nuevo: medita, fíjate en quien te habla: no lo hace en vano, por hablar, por lucirse,

para arrancar de ti, subrepticamente, un apoyo a sus ambiciones. No es la novedad ni el mucho saber lo que satisface el ánimo, sino el gustar las cosas internamente».

Aquel número del 15 de octubre de 1948 era un ejemplo de este método, con el objetivo de iluminar la verdad de que fuera de Cristo no hay ni paz ni unidad ni salvación. Los documentos aportados eran un fragmento de la encíclica Ubi arcano Dei, de Pío XI; una conferencia del padre Felix, dominico que tuvo a su cargo las célebres conferencias de Notre Dame de París entre 1854 y 1870, sucediendo al padre Lacordaire; un fragmento de Las esperanzas de la Iglesia, del padre Ramière, un resumen de una conferencia pronunciada por el filósofo Maritain en Santander en 1934, y el texto que nos disponemos a reproducir. Se trata de un capítulo de Cartas del papa Celestino VI a los hombres, de Giovanni Papini. Papini (1881-1956) fue un escritor italiano converso, a veces heterodoxo, genial, de juicios incisivos, con un estilo contundente. Cartas del papa Celestino son un conjunto de cartas de un supuesto papa en las que juzga a los hombres contemporáneos desde la perspectiva trágica de un supremo pastor que los ve perdidos en el marasmo del odio, del materialismo y de la búsqueda del placer, pero a los que advierte: el mundo se hace cristiano o perece. Papini escribía impactado por el recuerdo de la segunda guerra mundial –el libro se publicó en 1946–, que él vivió muy de cerca, pero estremece comprobar que, ya lejos de aquella guerra, el texto sigue resonando –lúcido– con la fuerza de entonces.

Cartas del papa Celestino VI a los hombres

Hijos y hermanos míos:

He hablado a muchas clases de hombres, pero no he dicho todavía todo. Mi corazón, consumido por la tristeza, pero siempre repleto de amor y de esperanza no descansará hasta haber hecho sentir su latido humano a todas las criaturas de la humana familia. Quisiera tener, como los primeros apóstoles, el don de lenguas; querría tener palabras que fuesen espadas de amorosa verdad; quisiera poseer la po-

tencia del arte, la violencia avasalladora de la caridad, la omnipotencia del milagro, para que mi llamada, mi última llamada, supiese llegar a todos los oídos, pudiese transtornar todos los corazones. Aunque Pontífice, no quiero ser, hoy, sino un mendigo. Voy pidiendo a cada hombre una sola limosna: la de ser escuchado. Escuchadme, pues, no por amor mío, sino por amor vuestro, porque a todos os amo con ese amor que me abraza y me consume.

Escuchadme todos, de cualquier raza y país, hombres y mujeres, jóvenes que os asomáis ansiosos a las ventanas del porvenir, viejos que repartís ya vuestro tiempo entre sueños de vida y pensamientos de muerte, sea que estéis deslumbrados por los espejismos de un mañana imposible, sea que os demoreís entre las cenizas de un ayer irrevocable. Todos debéis escucharme, porque hablo de todos y de cada uno de vosotros.

No os recordaré los males que habéis sufrido y aquellos, quizá más horribles, que os amenazan. Demasiado los conocéis. Os traigo, en cambio, el alegre anuncio de una segura esperanza. Esos males podéis curarlos y evitarlos si queréis lo que os pido: una confesión total y una conversión radical os salvarán, así como a vuestros hijos, para siempre.

La catástrofe puede ser alejada; todavía no está todo perdido. Cuanto más grandes sean las adversidades, más debemos sobreponernos a ellas; cuanto más densa sea la obscuridad, más debemos resplandecer; cuanto más álgido sea el clima, más debemos sentirnos inflamados por ardorosa llama.

Es necesario, ante todo, reconocer tales cuales sois, arrancar máscaras y levantar viseras para mirarse humilde y audazmente en el espejo, que no deforma ni adula, que os pongo delante. Para curar las llagas hay que desvendarlas primero, aunque al principio duelan más.

No sois lo que decís ser, lo que creéis ser.

[...]

Los pueblos son arrollados y transtornados por torbellinos que nacen de ellos, pero que escapan muy pronto a su voluntad; los gobiernos son prisioneros y víctimas de fuerzas impetuosas y tempestuosas que no consiguen dominar por entero; los individuos aislados resultan dispersados, golpeados y quebrantados por las marejadas de la historia como briznas de hierba y granitos de polvo por los vórtices de un tifón arrebatador. Habéis conseguido someter algunas fuerzas de la naturaleza, pero las máquinas, instrumentos empleados para ese sometimiento, se han convertido en dueñas vuestras; habéis desencadenado las energías durmientes en la tierra y ahora, como otros tantos aprendices de brujo, no podéis sujetarlas y domarlas. Fuerte es vuestra voluntad, pero tan desordenada y sojuzgada en el laberinto de las pasiones, las ilusiones, las ambiciones, las razones y las intenciones, que ha terminado por engendrar monstruos indomables, ha deprimido y suprimido la punitiva libertad.

Sois, pues, bárbaros epicúreos e impotentes, esclavos de los instintos feroces, de los placeres engañosos, de los instrumentos en rebelión. Sois frenéticos que, por amor de la vida, andáis destruyendo las razones mismas de la vida, obsesos maniáticos que se hacen pedazos con sus propias manos.

Ahora, empobrecidos y horrorizados por tantos conflictos que han ocasionado tremendos horrores a

los vencidos, ataduras y gravámenes de nuevas responsabilidades a los victoriosos, deseáis e invocáis la paz. Pero no sabéis buscarla ni obtenerla porque os imagináis que la guerra está fuera de vosotros, en la rabia y la avidez de unos pocos, mientras que está en vosotros, en el alma de todos vosotros. Cada uno de vosotros está en perenne guerra contra alguien: con su clase, con su Gobierno, con su vecino, con su dueño, con su rival, con su propio padre, hijo o hermano, con los próximos y con los lejanos.

Cada uno de vosotros alberga y cultiva en sí las manías, las culpas, las concupiscencias que impulsan a las humanas criaturas a la guerra. El deseo de apropiarse por cualquier medio de los bienes ajenos, el deseo de aniquilar por cualquier medio al adversario, está agazapado, disimulado o no, en todas las almas. Los jueces, los alienistas, los confesores, los historiadores, saben bien cuán violentos y virulentos son, aun en las que llamamos «personas honradas», los estímulos de esas innumerables guerras clandestinas e intestinas que crean el clima propicio a las guerras civiles y exteriores. Esos deseos, frenados por el miedo, por la reflexión y por la prosperidad en tiempos tranquilos, se liberan de todo freno y se desfogan en tiempos de tumulto y confusión. ¿Qué de extraño tiene que los pueblos, formados todos por hombres rapaces y belicosos, se dejen inducir y conducir a las guerras, que no son sino empresas gigantescas y abiertamente confesadas de latrocinio y exterminio? ¿Cómo podrían resistir a las tentaciones que brinda la contienda los jefes que representan y dirigen a esas turbas de facinerosos airados y belicosos? Lleváis la guerra en la sangre y maldecís las guerras; lleváis en vosotros, cada día, todos los fermentos y los posos de las guerras personales y pretendéis la paz universal. Os sentís, cada uno por cuenta propia, inclinados a pillar y matar, y luego querríais que las naciones formadas por vosotros renunciase a ese latrocinio que es la conquista, a esa carnicería que es la guerra. Haced primero reinar la paz en vuestros ánimos y después, como efecto natural, la paz reinará sobre la tierra.

Pero vosotros no comprendéis esta perniciosa contradicción de vuestra naturaleza. Sois como corderos de corazón feroz que, ocultos tras la cerca, admirasen, temblando de miedo pero estremeciéndose de voluptuosidad, las hazañas de los leopardos y de los chacales, prontos a chillar apenas os sintáis asidos también por esas garras despiadadas. Aceptáis la idea de la guerra porque el instinto agonista está en vosotros, pero luego querríais rechazar sus consecuencias: las humillaciones de la derrota, los pesos y las responsabilidades de la victoria, la carestía, el hambre, las pestes, los motines.

Y ahora os diré, con todo el amor que nace de vuestro dolor, cuál es el verdadero y único secreto de la salvación: la unidad de todos los hombres formados de nuevo en Cristo. La separación es el ver-

dadero pecado contra la humanidad. La separación en castas, en clases, en razas, en facciones, en naciones, en religiones. Las guerras, con todos sus males, se deben a ese renegar de la fraternidad querida por el único Padre. Hay que rellenar las zanjas, nivelar los surcos, destruir los cercados, borrar las fronteras. Los hombres no tendrán paz mientras no se consiga la unidad total de todos los hijos de la tierra bajo el signo del Hijo del Hombre. Unidad espiritual, unidad política, unidad social. Estas dos últimas no serán ya posibles sin la primera, sin la unidad espiritual, y ésta sólo podrá ser obtenida mediante el cristianismo. Solamente la fe en Cristo y la práctica de su enseñanza podrán hacer una sola familia amorosa, porque solamente el cristianismo podrá transformar a los salvajes en civilizados, a los bárbaros en hermanos. La humanidad sólo puede ser salvada si se hace «católica», es decir, universal, en la verdad única de un Dios único.

Transformarse para unirse: éste es el lema de salvación. Desanimalizarse para deificarse. Obedecer todos a un Dios enterrado (encarnado) para hacer posible un hombre encielado (transfigurado). Empresa que, por su dificultad, parece rayana en lo imposible, pero no hay otro camino. Harán falta siglos para cumplirla, quizá milenios, pero hay que empezar: toda demora aumenta el peligro que amenaza y la distancia a salvar. Los hombres se han consagrado, desde hace demasiado tiempo, al dominio

de la materia; ha llegado el momento de que dirijan su atención a la transmutación, a la conversión, a la dominación del propio espíritu. De nada sirve cambiar sistemas y estructuras mientras el hombre siga siendo, en lo más íntimo de su ser, lobo vestido de pastor, hiena con disfraz humanitario, zorro con toga de abogado, gorila con traje de maestro. La *metanoia*, en el sentido evangélico, es la necesaria premisa de la unión salvadora.

Hasta tal punto queda esta unidad dentro de los designios de Dios, que los hombres la han preparado, y la preparan, casi inconscientemente, mediante las guerras que nacen de sus separaciones. De la familia pasaron al clan y a la tribu; de la tribu a la *polis*, a la ciudad guiada por tiranos o por leyes; de la ciudad, convertida en ambiciosa por la riqueza, al estado regional; del estado, al pueblo conquistador; del pueblo unido en nación, al imperio.

En los últimos tiempos hemos llegado a contar cuatro o cinco vastos imperios hegemónicos que tienen en sus manos, como si de colonias o vasallos se tratara, a los estados menores supervivientes, pero ya se entrevén las grandes unidades continentales. La unidad obtenida de tal forma ha requerido milenios y requerirá siglos; se ha obtenido a la fuerza de ruinas, de transtornos, de sacrificios, de opresiones, de conflictos. Cada peldaño superado costó tributos inmensos de sangre y desventura. Los hombres han tenido que pagar con la pérdida de la paz y

Pobreza apostólica

Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza, y así como lo conocí lo puse en obra. Nada tenía, nada quería y *todo lo rehusaba*. Con el vestido que llevaba y la comida que me daban, estaba contento. En un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme; nada más. Dinero, nunca llevaba, ni quería. Un día tuve una alarma. Me metí la mano en el zurrón del chaleco y creí hallar una moneda; me espanté, la saqué, la miré y con grande consuelo vi que no era una moneda, sino una medalla, que mucho tiempo antes me habían dado. Volví de la muerte a la vida. Tan grande era el horror que tenía al dinero.

No tenía dinero, pero tampoco lo necesitaba. No lo necesitaba para caballería, diligencia, ni ferrocarril, porque siempre andaba a pie, siendo así que tenía que hacer unos viajes muy largos, como diré en otro lugar. No lo necesitaba para comer, porque lo pedía de limosna adonde llegaba. No lo necesitaba tampoco para el vestido, porque Dios Nuestro Señor me conservaba la ropa y el calzado casi como a los hebreos en el desierto. Conocía claramente que era la voluntad de Dios que no tuviese dinero, ni aceptara cosa alguna, sino la precisa comida para el momento, sin recibir jamás provisión alguna para llevar de una a otra parte.

(*Autobiografía de San Antonio María Claret. Vol I del Archivo Histórico de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, pág. 447*)

de la vida esa imperfecta e inestable unidad que hubiesen podido conseguir, rápidamente y sin torturas, mediante el acuerdo espontáneo del amor. La humanidad, para superar el último estadio, ha de elegir entre los dos caminos: el camino largo y cruento o el camino breve e incruento. Si verdaderamente os amáis a vosotros mismos y queréis ahuyentar las últimas guerras, que prometen ser la destrucción y suicidio universales, debéis escoger la segunda.

Pero vuelvo a repetiros que ninguna unidad es posible sin la unidad espiritual. El mundo se hará cristiano o perecerá. Ha llegado el momento de la alternativa suprema. El hombre ha de escoger. O vuelve a la pura bestialidad subsiguiente a la caída o debe salir para siempre de ella. El estado actual es el peor de todos.

El hombre no experimenta la satisfacción animal del bruto y ha de soportar, en cambio, los arrepentimientos, los escrúpulos, los remordimientos que le ocasiona su destino divino, renegado pero no olvidado. Tenéis ante vosotros dos elecciones posibles, sólo dos: o bestias destinadas al suicidio o cristianos redimidos y redentores.

Habéis renegado, abiertamente y de hecho, del cristianismo. Pero no es posible sustraerse a la voluntad divina que lo rige, inspira y gobierna todo. Habéis creído escapar a la práctica de los preceptos del Evangelio y vuestros errores mismos os han obligado, por la fuerza misma de las cosas, a someteros a los más duros.

Os habéis reído de Cristo, que no tenía ni una piedra en que reclinar la cabeza, y habéis visto vuestras casas arrasadas, vuestras ciudades destruidas. Muchos de vosotros, como Él, han tenido que convertirse en nómadas fugitivos y perseguidos.

Habéis olvidado el consejo de renunciar a las riquezas, y muchísimos de vosotros han perdido y pierden todo lo que soñaban con poseer, lo que era vuestro amor y vuestro orgullo.

No habéis querido recibir el bautismo de fuego espiritual prometido por san Juan y habéis visto descender del cielo un muy distinto fuego, fuego de consternación y de espanto.

Habéis rechazado toda regla de abstinencia, os habéis ensangrentado las manos con la esperanza de llenar más copiosamente el vientre y ahora os encontráis reducidos a la penuria mendicante, a la sobriedad forzada, a la inanición.

Habéis preferido y adorado más de lo justo la vida del cuerpo y, ved por dónde, innumerables criaturas, que eran vuestro sostén y vuestro afecto, han perdido la vida de muertes atroces.

Habéis buscado las cosas de la materia más que las del espíritu, y ahora la codiciada materia os tiraniza y os empuja a nuevas carnicerías.

Os habéis rebelado contra Dios y habéis caído bajo las múltiples servidumbres de los poderes políticos, de quienes detentan y acaparan los bienes de

la tierra, de vuestras pasiones sin freno. Las verdades del Evangelio, que de ser acogidas espontáneamente, hubiesen sido libertad y felicidad, se han trocado, por culpa vuestra, en castigos. Del cristianismo no hay escapatoria, se quiera o no, porque no es lícito librarse de lo que libera. Incluso en el mundo espiritual, todas las defensas y ataques que habéis intentado para oponer al cristianismo nuevos credos y doctrinas no son sino fragmentos o imitaciones de ese mismo cristianismo. Todas las herejías filosóficas, todas las sectas e iglesias laicas, todas las teorías sociales y revolucionarias surgidas con profusión en los últimos siglos sólo son tentativas de tomar uno de los elementos de la síntesis cristiana, descuidando o negando los demás. Pero ese elemento, saludable y eficaz mientras permanece fundido y unido a la síntesis divina operada por Cristo, se convierte, en cuanto se le separa del conjunto y se adopta como principio único de verdad, en peligrosa causa de error. También en este caso la separación es pecado contra el espíritu. No se debe dividir lo que Dios quiso unir. Desarraigados de la unidad revelada, deformados con la pretensión de transformarlos en absolutos e independientes, estos principios se corrompen y pierden toda virtud regeneradora. La promesa del paraíso se hace ansia del país de Jauja; la obligación del trabajo se trueca en apropiación de los frutos del trabajo ajeno, la orden de caridad degenera en helada filantropía; el amor fraterno se convierte en solidaridad racional y convencional. Lo que a la luz sobrenatural de la síntesis cristiana era medicamento salvador resulta un veneno al pasarlo al orden humano y terrenal. El cristianismo debe ser acogido todo y por todos. Si no, no hay salvación alguna para la humanidad enemiga de sí misma. Un cristianismo mutilado es un cristianismo reseco o traicionado. La regeneración sustancial del alma humana sólo podrá ser alcanzada mediante esa vuelta del revés de los institutos y de los valores enseñada por el Hombre Dios. A las tablas de derechos bárbaricos han de sustituir las tablas de deberes evangélicos.

Hay sólo dos figuras de hombre frente a frente: el hombre económico, con todos sus apetitos; el hombre de Dios, con todas sus certidumbres. El primero reina en el presente y ha llevado al mundo humano hasta los bordes extremos que lindan con la anulación de la vida; el otro espera en el futuro su reino, reino de concordia y de sublimación, de alegría y de reconciliación. Todo lo que hasta hace poco tiempo disimulaba y atenuaba el antagonismo de estas dos clases de hombres —filosofía, teoría, burguesía— se ha deshecho o está derrumbándose. Después del infernal huracán, todos los planes y los velos han caído. Los dos extremos entre los cuales hay que escoger están bien a la vista, en su elemental desnudez. Por una parte, el bárbaro frenético y fratricida; por otra, el santo generoso y amoroso. Lo demás es

literatura. Estamos ante el último dilema: «Amor o muerte».

La llamada «civilización» de que van parlotando los profetas y los servidores de la materia sólo puede ofrecer a los hombres un ideal: un mediocre bienestar físico, mecánico e igualitario, es decir, servidumbre y nivelación. Sólo Cristo puede ofrecer plena felicidad en la libertad y en la unidad. Aunque las viejas culturas de Occidente, ya moribundas, sean arrolladas por el triunfo transitorio del hombre económico, no hay que entristecerse ni amedrentarse. La verdad cristiana, que es verdad divina y por tanto eterna, podrá quedar eclipsada durante una hora, durante algún tiempo, pero no destruida. Ni el dinero, ni la maquinaria, ni la igualdad material podrán apaciguar el alma inquieta de los hombres.

Éstos han experimentado ya, con lágrimas y sangre, los tormentos que engendran y cuestan esos mitos de niños sabihondos. Los grandes principios del Evangelio sobrevivirán a pesar de todos los extravíos de la adolescencia bárbara. Si la vanagloria de los triunfos humanos alejó de Cristo, las desventuras ocasionadas por esos infernales triunfos llevarán de nuevo hacia Cristo.

Fuisteis, hasta ahora, salvajes empavorecidos y torpes; sois ahora bárbaros ambiciosos y petulantes, pero siempre esclavos y asesinos. Tenéis aún que ascender hasta la civilización, que es humanidad y cristiandad. Os anuncio el comienzo de una nueva era, que deberá tener un nuevo aspecto, un nuevo nombre. Tras la Prehistoria vino la famosa Antigüedad; a ésta siguió el Medioevo y al Medioevo ha seguido la Edad Moderna, de que os mostráis tan orgullosos, pero que ha dado frutos de muerte y es palmaria vigilia de la ruina general. La época que yo aguardo y anuncio será una edad de unión y de paz, el reino de los cielos en la tierra, el imperio de Cristo en los corazones. Cuando los hombres formen una inmensa familia única, repuestos todos en su divina dignidad por su transfiguración en el Amor, cuando todos recen a un solo Dios, y no sólo con palabras, cuando todos reconozcan una sola ley, y no sólo por temor, entonces los mortales, reconciliados en Dios, habrán superado toda sentencia conminatoria de la muerte. Será la verdadera resurrección del hombre, simbolizada por la resurrección de Cristo. La milenaria y sanguinaria barbarie es nuestro sepulcro. Querría ser uno de los ángeles que dijeron a las mujeres, con la primera luz del alba: «No está aquí».

Si la plegaria de uno solo de nosotros, aun la del más humilde de corazón, tiene tanto poder sobre Aquel que se hizo hombre entre los hombres, ¿conseguís imaginar la potencia de nuestra oración cuando un himno de jubilosa gratitud se alce conjunto, en el mismo instante, con las mismas palabras, de todos los labios de los hombres? Los ángeles se conmoverán, el corazón humano de María temblará de

regocijo, el *sitio* de la Cruz tendrá su contestación, el firmamento no habrá oído nunca una invocación tan gozosa e imperiosa. Una suprema gracia, que mi infinita alegría apenas sabe entrever, será la respuesta del Eterno a la plegaria coral de los efímeros.

Diréis que todo esto es el sueño o el delirio de un anciano febril; pero aunque así fuese —y creo, por el contrario, que es anuncio de un desenlace necesario—, sería el delirio de una fiebre que debería arder en todos vosotros. Es fiebre que brota de mi dolor no desesperanzado, fiebre ardiente y feliz que nace del amor desmesurado que por vosotros siento. Si no os amase como os amo, no sufriría como sufro al pensar en vuestro sufrimiento, en la suerte horrenda que vosotros mismos andáis preparándoos. No me avergüenzo de soñar cuando la realidad aparece a todos, y no a mí solamente, vergonzosa y aterradora como nunca lo fue. Si la verdad de las cosas presentes no es sino presentimiento y aviso de abismos y de infiernos, hay que refugiarse en el sueño y aplicar todas nuestras fuerzas a encarnar el sueño en realidad.

Muchos, demasiados años he pasado en la tierra, pero mi corazón es joven todavía porque lo mantuve cercano a la inocencia y a la niñez de los discípulos de Cristo. Mi juventud llama a voces a la nueva juventud del mundo. El dolor mismo, aunque lacerante y punzante en todo momento, no ha debilitado mi alma, no ha apagado el incendio de mi juventud ni la estrella de mi esperanza.

Sólo soy ya una hoguera de amor y de dolor que llamea sobre este pináculo excelso que desafió al vano tropel de los milenios. Me consume sin matarme, es tortura y éxtasis a la vez. Desde las llamas de esa pira os dirijo este ruego que Dios mismo me dicta: uníos todos para formar en la tierra el cuerpo perfecto de su Hijo y estaréis a salvo para siempre. O hermanos resucitados en la fe del Resurgido o enemigos enlazados que se precipitarán juntos en la negra vorágine de la nada.

Dios sabe cuánto le he rogado y le ruego porque vuestra elección sea la que Él desea. Vivo sólo para esta esperanza, y moriré con esta esperanza en el alma. Y aun más allá de la vida os amaré como ahora os amo, porque yo también soy hombre y conozco vuestra miseria presente, anhelo vuestra felicidad futura.

Querría poder miraros a los ojos uno a uno, estrecharos las manos uno a uno; teneros, uno a uno, apoyados sobre mi pecho para que pudieseis sentir el fuego que me devora, el estremecido latir de mi corazón. Pero puesto que tal milagro no se concede a criatura tan excesivamente humana como yo, os ruego me perdonéis si mis palabras trucas apenas si os llevan un tenue reflejo de esa luz fulgurante que sobrehumanamente querría infundiros.

Celestino VI, Papa
Siervo de los siervos de Dios



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

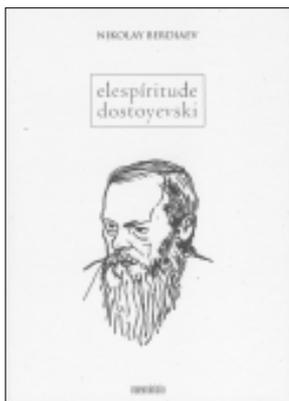
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

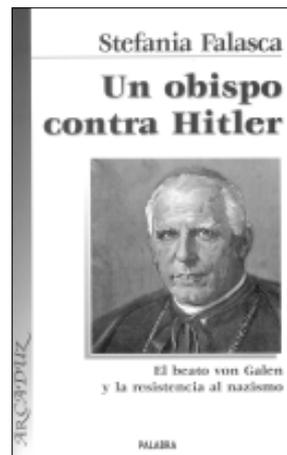


El espíritu de Dostoyevski

Autor: Nicolay Berdiaev
Editorial: Nuevo Inicio
Precio: 21,00 €

Este libro es el fruto de años de confrontación entre la obra de Dostoyevski y la experiencia vital de uno de los más interesantes pensadores cristianos del siglo xx. Un ensayo a partir de las conferencias que impartió Berdiaev en los años veinte del siglo pasado en la Moscú soviética. Un libro cuya desbordante actualidad se nutre de la impercedera verdad acerca de la naturaleza

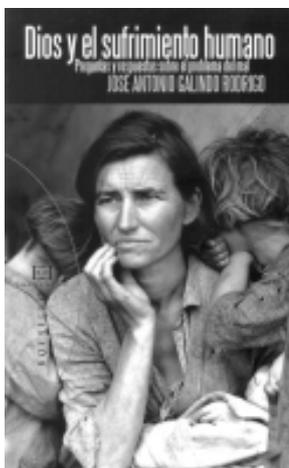
humana encarnada genialmente en los personajes de las obras de Dostoyevski y compartida por Berdiaev.



Un obispo contra Hitler

Autor: Stefania Falasca
Editorial: Palabra
Precio: 17,50 €

El beato Clemens August von Galen es un símbolo de la resistencia alemana a Hitler. Desafió abiertamente la violación de los derechos humanos, los crímenes y la barbarie del nazismo. Este libro reconstruye ese período histórico trágico e intenso, y presenta por primera vez el epistolario entre el obispo de Münster y Pío XII, que revela el esfuerzo común por enfrentarse a la locura nazi, muy lejos de las críticas recurrentes contra Pío XII.



Dios y el sufrimiento humano

Autor: José A. Galindo Rodrigo
Editorial: Encuentro
Precio: 10,00 €

Atendiendo más al pensamiento que a la erudición, pero a la vez fundamentando sus posiciones en la Palabra de Dios, la tradición teológica y la doctrina del Concilio Vaticano II, este libro ilumina la problemática del mal de la manera más eficaz. Escrito desde la razón y también desde la fe, quiere servir de ayuda para que los creyentes puedan responder ante sí mismos y ante los demás a las preguntas que sobre nuestro

Dios son inevitables dada la frecuente y muchas veces brutal presencia de los males físicos y morales en nuestras vidas y en nuestro mundo.



Un regalo del cielo. Alexia y su familia

Autor: Pedro Antonio Urbina
Editorial: Rialp
Precio: 16,00 €

Muchos jóvenes buscan un camino que dé sentido a sus vidas. Alexia lo encontró incluso en la muerte. Esta es la biografía de Alexia, una adolescente a quien el Señor llamó a sufrir para mostrar a otros el camino hacia Dios. Decimos que queremos cambiar todo, pero nos apartamos del Señor. Alexia no se apartó. Ella encontró el verdadero camino siguiendo a Cristo, que le dio fuerza, valor y amor. La muerte de Alexia no ha sido en vano. Su «sí» sin condiciones puede ayudarnos a descubrir que lo verdaderamente esencial es Dios.

CONTRAPORTADA

Consagración de la República de Colombia al Sagrado Corazón de Jesús

Jesús, Rey de Reyes y Señor de los Señores: aquí tenéis a vuestro pueblo, objeto de vuestra predilección y solicitud paternal, que lleno de gratitud por vuestras bondades y por la especial protección que le habéis dispensado viene en esta solemne ocasión a rendiros el homenaje de adoración y de amor que por tantos títulos os debe.

Dignaos aceptar, Corazón Santísimo, este voto nacional como homenaje de amor y gratitud de la nación colombiana. Acogedla bajo vuestra especial protección: sed el inspirador de sus leyes, el regulador de su política y el sostenedor de sus cristianas instituciones, para disfrutar del don precioso de la paz. No permitáis que nunca se separe de Vos ni deje de reconoceros oficialmente delante de los hombres, para tener derecho a que Vos la reconozcáis ante vuestro Padre que está en los cielos.

Benedicid a nuestro pueblo, a nuestra República y a sus mandatarios, a nuestra Iglesia y a sus pastores, a la Iglesia universal y a su Pastor Supremo, y acelerad el día de vuestro triunfo sobre todas las naciones, para gloria de vuestro divino Corazón. Amén.

Consagración de la República de Colombia al Inmaculado Corazón de María

Anunciado en las profecías de tu palabra, Oh Señor, sabemos, confiamos y creemos que el triunfo del Inmaculado Corazón de María está próximo a llegar.

Venimos, pues, a consagrarnos a Ti nosotros mismos, a consagrar nuestras familias y de manera especial consagrar nuestro país Colombia a vuestro Inmaculado Corazón, María, Madre de amor y de misericordia.

Nosotros creemos que consagrándote nuestro país, la espada no se levantará más sobre nuestra nación y que al fin cesará la guerra.

Creemos que consagrándote nuestro país, toda arrogancia y todo orgullo humano, toda impiedad y toda dureza de corazón desaparecerán, y todo el mal será reemplazado por el amor y la bondad.

Haz de nuestra nación la morada perfecta para tu Inmaculado Corazón y permanece en nosotros, a fin de que, a través del Amor de tu Corazón, encontremos la paz, la unidad y la conversión. Amén.

Consagración realizada el pasado 12 de octubre por el cardenal arzobispo de Bogotá en unión con todas las parroquias e instituciones de la Iglesia a nivel nacional